

49



casa palabras

REVISTA CULTURAL DE LA CCE

Distribución gratuita

ENRIQUE TÁBARA, in memoriam • SIRI HUSTVEDT, *Los ojos vendados*

GABRIELA VARGAS, Premio Internacional de Poesía Vicente Huidobro 2020

JUAN JOSÉ SAER, *La tardecita* • JOSUÉ NEGRETE, Premio Nacional de Poesía Ileana Espinel 2020



RADIO
Cultura FM

98 99 100 101 102

100.9

DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Hacia la construcción de una identidad amazónica

Hoy nosotros y la humanidad entera somos sorprendidos y golpeados por una pandemia.

El luto nos envuelve y remueve todos nuestros cimientos, más aún en estos momentos de desconcierto y desesperación.

El universo de la cultura y el arte no fue ajeno a esta situación, fuimos llorando las pérdidas en el país entero, los funerales de artistas y trabajadores de la cultura se realizaban en el más doloroso aislamiento.

Pero en medio de tanta desazón, aparece la luz de la cultura, la representación de los artistas y gestores culturales, la presencia institucional de la Casa, que aprovecha las oportunidades que posibilitan las herramientas digitales para llegar a los hogares de la ciudadanía del Ecuador y el mundo como un bálsamo de esperanza y fe en el futuro de la humanidad.

Circunstancias difíciles que sin embargo no detuvieron nuestros empeños en fortalecer a los Núcleos Provinciales, en este caso de la Amazonía, hasta lograr la consecución de proyectos como 'Pacha Nua Huayra', que se genera precisamente desde y para un lugar lleno de vida. Porque es la Amazonía, con su enigmática espesura, la que posibilita una de las biodiversidades más prodigiosas del planeta.

Una biodiversidad en especies animales y vegetales, pero también en la cultura. Porque es el nido que abarca pueblos y nacionalidades milenarias, que tienen su propia forma de vida con su lengua, su espiritualidad, sus ritos y costumbres, pero también su forma de relación con los seres humanos y el entorno.

Como Casa de la Cultura, nuestra misión es difundir y permitir que todos los ecuatorianos conozcamos de ellas, que aprendamos, respetemos y garanticemos sus identidades y con ello sus formas de pensar y vivir. Los conocimientos y saberes ancestrales guardan una historia milenaria, y han demostrado cómo es posible gracias a ellos, sobrevivir, y también mantener el equilibrio ecológico tan necesario para la continuidad de la vida misma del hombre y todas las especies.

La vida de los pueblos se fundamenta en su forma de concebir el mundo, esa mirada que los hace únicos, con una cosmovisión propia e identitaria que los caracteriza como miembros de una cultura.

Y mucho debemos aprender de estas culturas milenarias. En medio de una pandemia recalcitrante, ha emergido la sabiduría de los pueblos amazónicos.

Con su medicina ancestral, basada en sus conocimientos en la herbolaria, pero sobre todo la solidaridad que los marca como miembros de un mismo hogar: la madre selva. Estos pueblos han sido un ejemplo en estos tiempos angustiosos. Están sobreviviendo con sus saberes médicos y con su ternura solidaria.

Los pueblos originarios, con su geografía, son el espacio vital por su biodiversidad y el aporte que brinda a la humanidad. Por ello merecieron que el Estado reconozca esta única y especial condición mediante la Ley Orgánica de la Circunscripción Territorial Especial Amazónica, en el año 2018. Proceso en el cual también nosotros participamos, con el conocimiento y experiencias personales de quienes os habla, y de cada uno de los seis directores de los

núcleos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana de la Amazonía. Ley que permitió crear la estructura y los fondos necesarios para el cumplimiento de sus finalidades.

Desde la institucionalidad, estamos convencidos que la cultura no sólo atraviesa las estancias del arte como la literatura, las bellas artes, la música. Estas son componentes o aspectos que forman parte de ella. Pero la cultura va mucho más allá, no se refiere solo a cultivar el espíritu por medio del arte, como se aseguraba en la época de la Ilustración.

Ese concepto debemos reformularlo, porque la cultura es todo lo que nos rodea, son todas las formas de pensar, de vivir, de curar, de alimentarse, incluso las formas de amar y de morir.

La cultura entonces debe ser entendida tanto como acompañamiento esencial de la vida, como opción y sentido de la vida misma. Como factor central para darle cohesión y fuerza a la sociedad, fortaleciendo sus vínculos, sus capacidades, su audacia para construir el futuro y componente básico para concebir un desarrollo sostenible.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana es ese espacio de encuentro común de convivencia y ejercicio de los derechos culturales en el que se expresa la diversidad cultural y artística, la memoria social y la interculturalidad. Sólo conociendo a los pueblos y culturas ancestrales podremos valorarlos, respetarlos y defenderlos. La institución de Carrión hace

historia en todo el territorio nacional, y ahora se evidencia aún más, en las seis provincias de la Amazonía.

Momento es para defender nuestras políticas a nivel nacional. Con este proyecto, buscamos fortalecer la capacidad de gestión cultural de los núcleos provinciales amazónicos, como un mecanismo para garantizar las potencialidades culturales, las artes vivas comunitarias y los saberes y conocimientos ancestrales de los pueblos amazónicos. Esos saberes que son un ejemplo de vida y de solidaridad. Una construcción horizontal, una construcción colectiva donde los dueños de su historia también son los dueños de este proyecto Pacha Nua Huayra.

Se abre un horizonte, una esperanza para todos los trabajadores de la cultura en la Amazonía.

Abrcémonos en un mismo objetivo: trabajar por esta especial región de la patria y el mundo, trabajemos con la mística de siempre, con ese compromiso que nos permite respaldar al sector cultural y a los pueblos ancestrales. Seguiremos aprendiendo de ustedes, seguiremos caminando juntos para alcanzar más sueños.

Será posible avanzar hacia la construcción de una identidad amazónica.



Camilo Restrepo Guzmán



NÚMERO CUARENTA Y NUEVE · FEBRERO 2021

PRESIDENTE
Camilo Restrepo Guzmán

DIRECTOR
Patricio Herrera Crespo

EDITOR
Patricio Viteri Paredes

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:
Jorge Dávila Vázquez, Fabián Guerrero Obando, Esteban Mayorga, Josué Negrete, Amanda Pazmiño Torres, Carlos Pérez Agostí, Enrique Serna, Alexis Serrano, Gabriela Vargas, Rodrigo Villacis Molina, Santiago Vizcaino

EDICIÓN DE TEXTOS
Katya Arfieda

DISEÑO
Tania Dávila L.

PORTADA
Arbusto con imágenes blancas,
Enrique Tábara, óleo.
Colección privada de la Galería Estudio Tábara



Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Dirección de Publicaciones

Avs. 6 de Diciembre 116-224 y Patria
Telf.: 2565-808 Ext. 463
gestion.publicaciones@casadelacultura.gob.ec
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador

#Casapalabras



@casapalabras.cce



casapalabras_cce



www.issuu.com



casapalabras.cce.ec@gmail.com

Convenio Fomento Artístico y Difusión Cultural de la Amazonía Ecuatoriana 'Pacha Nua Huayra'



El Presidente Nacional de la CCE, Camilo Restrepo Guzmán, suscribe el convenio, junto a Alex Hurtado, presidente del Consejo de la CTEA.

OBJETIVO

Fortalecer la capacidad de gestión cultural de los Núcleos Amazónicos como un mecanismo para generar potencialidades culturales de los pueblos amazónicos.

COMPONENTES DEL CONVENIO

Incrementar la cultura creativa de gestores culturales a través de procesos de capacitación en diversas disciplinas del arte.

Implementar producciones artísticas a través de eventos, ferias y exposiciones sobre teatro, danza, música, literatura y artesanías.

Fortalecer las capacidades comunicacionales de los Núcleos Provinciales de la CCE.

INVERSIÓN

TOTAL: USD \$740.184,88

1 año de ejecución

FUENTE DE FINANCIAMIENTO

Fondo común para la Circunscripción Territorial Especial Amazónica (CTEA)

INVERSIÓN POR PROVINCIA UDS \$

Morona Santiago:	124.502,36
Napo:	124.412,31
Orellana:	121.439,05
Pastaza:	124.505,43
Sucumbíos:	123.707,15
Zamora Chinchipe:	121.618,58



Los seis directores de los Núcleos Provinciales Amazónicos con el Presidente de la Institución.



18



26



34

05 Fragmento de la novela *Los ojos vendados*, de la escritora y ensayista estadounidense Siri Hustvedt, Premio Princesa de Asturias de las Letras 2019.

14 Poemas del nuevo libro de Gabriela Vargas, *Lugares que no existen en las guías turísticas*, Premio Internacional de Poesía Vicente Huidobro 2020.

18 *La tardecita*, cuento del gran escritor Argentino Juan José Saer, a 15 años de su fallecimiento en París.

26 Selección poética del escritor ecuatoriano Josué Negrete, Premio Nacional de Poesía Ileana Espinel 2020.

34 *El árbol*, relato de la excepcional escritora chilena María Luisa Bombal.

42 Poemas del libro *Les hablaré de ti a todos los mares que fragüen un hogar*

en mis ojos, de Amanda Pazmiño Torres, Premio Nacional de Poesía Ileana Espinel 2019.

48 Kjell Askildsen, admirable escritor noruego, narra una ruptura amorosa en su magnífico relato *El comodín*.

52 *Eufemia*, cuento del escritor mexicano Enrique Serna, Premio José Emilio Pacheco 2019.

62 Homenaje al Maestro Enrique Tábara, fallecido recientemente, y que dialogó sobre su trayectoria artística con el periodista y escritor Rodrigo Villacís Molina.

68 Dos capítulos de *Taco bajo*, novela del escritor y ensayista ecuatoriano Santiago Vizcaíno.

74 *La orquesta de los sueños*, crónica del periodista Alexis Serrano sobre la Orquesta Sinfónica Infanto-Juvenil de Guaranda.

84 El escritor ecuatoriano Esteban Mayorga nos entrega su relato *La postal de una mujer inclinada hacia la quebrada*.

98 Patricio Herrera Crespo presenta, en *García Lorca y los libros*, el discurso que el poeta español pronunciara en 1931 en Fuente Vaqueros, su pueblo natal.

108 Cuatro microcuentos del escritor cuencano Jorge Dávila Vázquez.

110 Carlos Pérez Agostí analiza la novela *El diario de Hermes*, del escritor Eliécer Cárdenas.

116 Poemas del libro *Formas de la pérdida*, de Fabián Guerrero Obando.

118 Homenaje a Tadashi Maeda, excelente músico japonés-ecuatoriano fallecido hace poco.



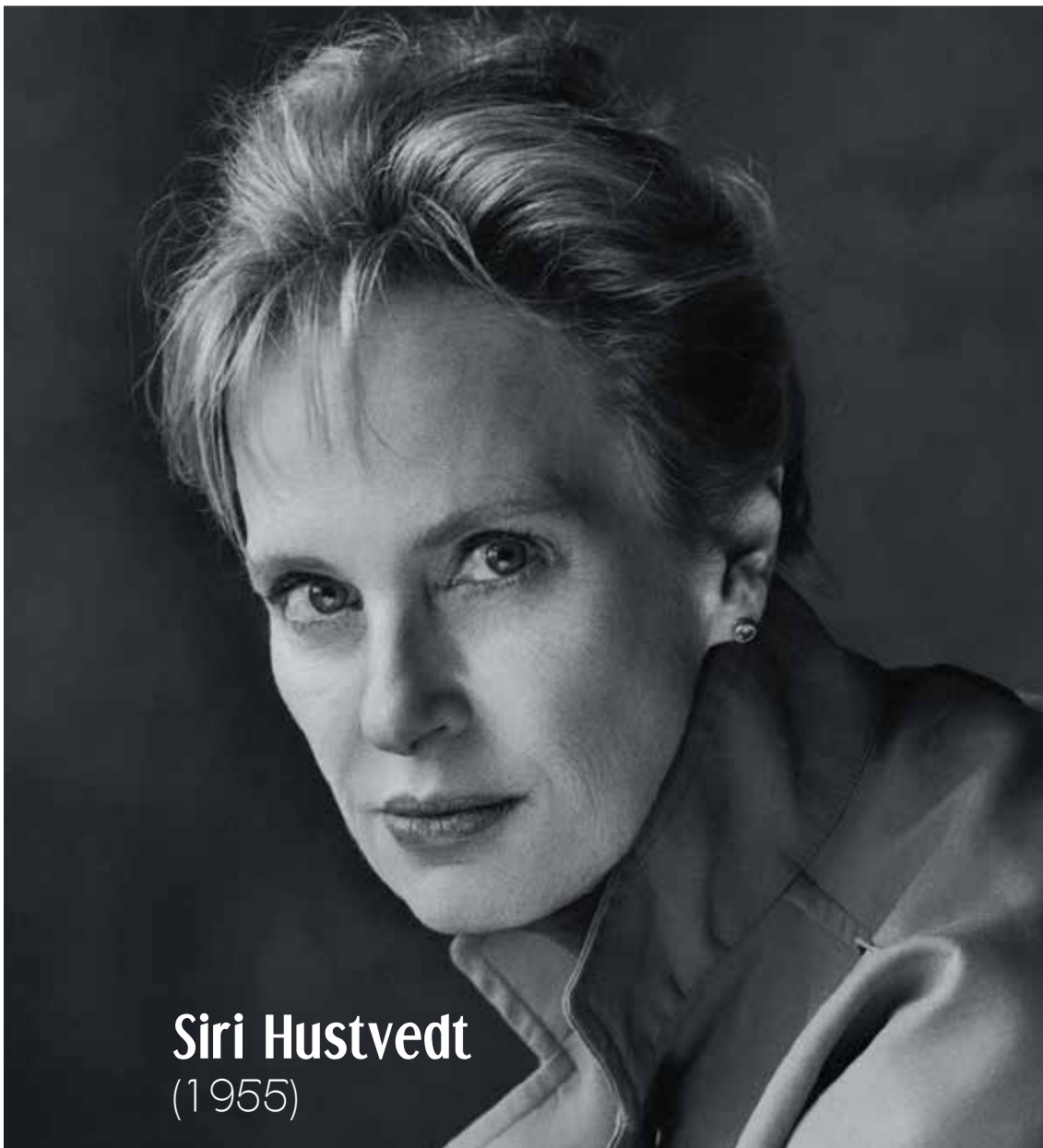
84



98



108



Siri Hustvedt
(1955)

«Su obra es una de las más ambiciosas del panorama actual de las letras. Incide en algunos de los aspectos que dibujan un presente convulso y desconcertante, desde una perspectiva de raíz feminista. Y lo hace desde la ficción y el ensayo, como una intelectual preocupada por las cuestiones fundamentales de la ética contemporánea. Traducida a más de treinta idiomas, contribuye con su obra al diálogo interdisciplinario entre las humanidades y las ciencias».

(Acta del Jurado del Premio Princesa de Asturias de las Letras 2019).

PREMIO PRINCESA DE ASTURIAS DE LAS LETRAS 2019

Los ojos vendados

[Fragmento]

■ Siri Hustvedt



Aún hoy a veces creo verlo en la calle, de pie junto a una ventana o inclinado sobre un libro en una cafetería. Y en ese instante, antes de caer en la cuenta de que se trata de otra persona, se me encoge el estómago y me quedo sin respiración.

Lo conocí hace ocho años. Yo acababa de graduarme en la Universidad de Columbia. Ese verano hacía mucho calor y me costaba dormir por las noches. Me quedaba echada en mi apartamento de dos habitaciones de la calle Ciento nueve Oeste escuchando los ruidos de la ciudad. Me dedicaba a leer, escribir y fumar hasta que se hacía de día, pero algunas noches en las que el calor me abatía hasta el punto de

impedirme trabajar, contemplaba a mis vecinos desde la cama. Miraba a través de la ventana, atrancada por el estrecho extractor, al apartamento enfrente del mío, y veía a los dos hombres que vivían allí deambular de una habitación a otra, medio vestidos y sofocados de calor. Un día de julio, no mucho antes de conocer al señor Morning, uno de los hombres se acercó desnudo a la ventana. Había oscurecido y se quedó allí durante un buen rato con el cuerpo iluminado desde atrás por una lámpara amarilla. Me camuflé en la oscuridad de mi habitación y en ningún momento supo que yo estaba allí. Esto sucedió dos meses después de que Stephen me dejara, y yo pensaba incesantemente en él, revolviéndome en las sábanas húmedas, incómoda, angustiada.

Durante el día me dedicaba a buscar trabajo. En junio había hecho una investigación para un historiador médico. Cinco días a la semana me sentaba en la sala de lectura de la academia de medicina de la calle Ciento tres Este, y me dedicaba a llenar fichas con información sobre enfermedades importantes —peste bubónica, lepra, gripe, sífilis, tuberculosis—, así como otras aflicciones más oscuras que ahora sólo recuerdo por sus nombres: codo del tenista, fiebre del heno, enfermedad de Ragsorter, rodilla de la criada y fiebre del dandi. El doctor Rosenberg, un octogenario que hablaba y se movía muy despacio, me pagaba seis dólares a la hora por llenar esas fichas, y aunque nunca entendí qué utilidad les daba, jamás se lo pregunté, temerosa de que la explicación durase horas. El trabajo concluyó cuando mi jefe se fue

a Italia. Siempre había sido una estudiante pobre, pero la partida del doctor Rosenberg me dejó en una situación desesperada. No había pagado el alquiler del mes de julio, y no tenía dinero para el de agosto. Me acercaba diariamente a la Facultad de Filosofía para mirar en el tablón de anuncios las ofertas de trabajo, pero siempre que llamaba por alguna en concreto ya habían cubierto el puesto. En cualquier caso, así fue como descubrí al señor Morning. Una pequeña nota escrita a mano anunciaba el puesto: «Se busca. Ayudante de investigación para un proyecto ya en marcha. Preferentemente estudiantes de Literatura. Herbert B. Morning». Bajo el nombre había un número de teléfono, y llamé de inmediato. Antes de que acabara de presentarme, un hombre con una bonita voz me dio una dirección en Amsterdam Avenue y me dijo que me personara allí cuanto antes.

Estaba nublado pero el sol resplandecía, y parpadeé al cruzar la puerta del edificio de apartamentos donde vivía el señor Morning. El ascensor estaba estropeado, y recuerdo cuánto sudé mientras subía las escaleras hasta el cuarto piso. Todavía puedo ver su expresión atenta en el umbral. Era un hombre muy pálido con una nariz grande y atractiva. Respiraba pesadamente cuando, al abrir la puerta, me hizo pasar a una diminuta y sofocante habitación que olía a gato. Las paredes estaban abarrotadas de estanterías, y por toda la habitación había más libros amontonados en torres que se inclinaban. También se veían altas pilas de periódicos y revistas, y debajo de una ventana con la persiana bajada había un montón de ropa

vieja o harapos. El centro de la habitación estaba ocupado por un imponente escritorio de madera, y sobre él había una docena de cajas de diferentes tamaños. Cerca del escritorio había una cama estrecha, y sus arrugadas sábanas estaban plagadas de más libros. El señor Morning se sentó detrás del escritorio y yo en una vieja silla plegable al otro lado. Por un agujero en la persiana se colaba un delgado rayo de luz que caía entre nosotros, y al fijarme vi una nube de polvo.

Me puse a fumar, contribuyendo a enrarecer más el ambiente de la habitación, y observé



la piel de su cuello; de un blanco lunar. Comentó que estaba contento de que hubiera acudido y volvió a sumirse en el silencio. Me contempló sin aparente reserva, abarcando todo mi cuerpo con la mirada. Ignoro si su escrutinio fue lujuria o simple curiosidad, pero yo me sentí asaltada y me volví, y cuando me preguntó cómo me llamaba, mentí. Lo hice a toda prisa, me inventé un nuevo apellido sin vacilar: Davidsen. Me convertí en Iris Davidsen. Lo hice para defenderme, para protegerme de un peligro amorfo, pero el nombre falso acabó por obsesionarme; me llevó a otro lugar, me hizo perder el rumbo y alteró extrañamente todo mi mundo durante un tiempo. Cuando ahora pienso en ello, veo en esa mentira el inicio de todo, una especie de puerta a mi inestabilidad. Todo lo que le dije aparte de eso fue verdad: que mis padres y hermanas vivían en Minnesota, que había estudiado Literatura inglesa del siglo XIX, que había trabajado en investigación y hasta le di mi número de teléfono. Mientras hablaba, él no dejaba de sonreírme, y me dije que tenía una sonrisa íntima, como si me conociera desde hacía años.

Me dijo que era escritor y que colaboraba en diferentes revistas para ganar dinero.

—Escribo de todo y para todos —comentó—. He escrito para *Field and Stream*, *House and Garden*, *True Confessions*, *True Detective*, *Reader's Digest*. He escrito relatos, una novela de espionaje, poemas, ensayos, reseñas..., y en una ocasión incluso el texto de un catálogo de arte. —Sonrió e hizo un gesto con el brazo—. «Las rítmicas telas de Stanley

Rubin dejan traslucir una deuda con el manierismo, con Pontormo en particular. Las largas y onduladas formas insinúan...»

—Rio—. Y pocas veces firmo con el mismo nombre.

—¿Se esconde detrás de un seudónimo?

—No, señorita Davidsen, yo nunca me escondo, escribo aquí, normalmente sentado y a veces de pie, pero siempre a la vista. En el siglo dieciocho lo normal era escribir de pie ante un escritorio. Thomas Wolfe escribía de pie.

—No me refería a eso.

—Por supuesto que no. Verá usted, lo que sucede es que lo más probable es que *True Confessions* no quisiera publicar a Herbert B. Morning y sí a Fern Luce. Es algo tan simple como eso.

—¿Le gusta esconderse detrás de máscaras?

—Me entusiasma. Da cierto colorido y peligro a mi vida.

—¿Hablar de peligro no es exagerar un poco?

—No lo creo. Nada me sobrepasa en cuanto doy el nombre apropiado para cada proyecto. No es una cuestión arbitraria. Requiere talento, genio, si puedo decirlo, dar con el alias apropiado para el hombre o la mujer que vayan a hacer el trabajo en cuestión. Dewitt L. Parker, por ejemplo, escribió el texto de ese catálogo de arte, y Martin Blane, la novela de espionaje. Pero también se corren riesgos. Hasta la planificación más cuidadosa puede torcerse. Es imposible saber a ciencia cierta quién se esconde detrás del seudónimo que yo elijo.

—Ya veo —dije—. En ese caso será mejor que le pregunte quién es usted en estos momentos.

—Querida señorita, tiene usted el privilegio de dirigirse a Herbert B. Morning en persona, sin las trabas impuestas por otras personalidades.

—¿Y para qué necesita el señor Morning un ayudante de investigación?

—Para una especie de biografía —dijo—. Para un proyecto sobre la parafernalia de la vida, fragmentos y piezas, tesoros y desechos. Necesito alguien como usted para que responda libremente a los objetos en cuestión. Necesito un oído y un ojo, un amanuense y una voz, un viernes por cada día de la semana, alguien que sea agudo y sensible. Como verá, estoy husmeando en la esencia misma del mundo inanimado. Algo así como una antropología del presente.

Le pedí que especificara más el trabajo.

—Empezó hace tres años, al morir ella —hizo una pausa como si estuviera pensando—. Una niña..., una chica joven. Yo la conocía, aunque no demasiado. En cualquier caso, tras su muerte me encontré en posesión de un puñado de sus cosas, cosas de uso diario. Las tenía en mi apartamento, esto y aquello, lo otro y lo de más allá; objetos perdidos, abandonados, inarticulados pero no muertos. Ahí estaba el quid. No estaban muertos, al menos

En cualquier caso, tras su muerte me encontré en posesión de un puñado de sus cosas, cosas de uso diario. Las tenía en mi apartamento, esto y aquello, lo otro y lo de más allá; objetos perdidos, abandonados, inarticulados pero no muertos. Ahí estaba el quid. No estaban muertos, al menos en la forma en que pensamos en un objeto inanimado. Parecían cargados con una especie de poder.

en la forma en que pensamos en un objeto inanimado. Parecían cargados con una especie de poder. A veces casi podía sentir cómo ese poder los hacía moverse y, tras algunas semanas, me di cuenta de que parecían estar perdiendo esa vivacidad, era como si estuvieran volviendo a su coseidad. Y decidí guardarlos en cajas.

—¿Los guardó en cajas?

—Los guardé en cajas para evitar que nada ni nadie los tocara. Estoy seguro de que esos objetos llevan la huella de ella; la marca de un cuerpo cálido y vivo en el mundo. Y aunque he procurado mantenerlos a salvo, se están enfriando. Lo sé. Ha pasado demasiado tiempo y es urgente que empiece a trabajar. Tengo que ponerme en marcha rápidamente. Le pagaré sesenta dólares por objeto.

—¿Por objeto? —Sudaba en mi silla y cambié de posición, estirándome la falda por debajo de las rodillas, que estaban extrañamente frías al tacto.

—Se lo explicaré todo —dijo. Sacó una pequeña grabadora de un cajón del escritorio y la empujó en mi dirección—. Primero, escuche esto. Le explicará casi todo lo que quiere saber. Mientras escucha saldré de la habitación.

Se levantó de la silla y se dirigió hasta una puerta. Un gato amarillo de gran tamaño salió de detrás de una caja y lo siguió.

—Apriete el play —ordenó antes de desaparecer.

Cuando me disponía a coger el aparato vi junto a éste un cuaderno en el que habían garrrapateado las palabras mano femenina. Las palabras parecían importantes, y las recuerdo como la clave de acceso a una vida subterránea. Al poner la

Pero cuando esa noche puse el guante junto a mi máquina de escribir para empezar el trabajo, parecía haber cambiado. Lo palpé, palpé la apelmazada lana, y luego, muy despacio, me lo puse en la mano izquierda. Era demasiado pequeño para mis largos dedos y no me cubría la muñeca. Mientras lo miraba, tuve la extraña sensación de haber visto el mismo guante en otra mano.

cinta en marcha una voz de mujer susurró: «Esto perteneció a la fallecida. Es una sábana blanca de cama individual...». Seguía una meticulosa descripción de la sábana. Incluía hasta la más mínima arruga o mancha, la textura del gastado algodón e incluso la

etiqueta de la que, tras repetidos lavados, habían desaparecido las palabras. Duró cerca de diez minutos; todo el discurso fue pronunciado en esa peculiar media voz. La descripción en sí era de lo más tediosa y yo sólo escuchaba pensando en lo que vendría a

continuación, suponiendo que las palabras no tardarían en hablar de algo distinto a la sábana. No fue así. Cuando se acabó la cinta, miré hacia la puerta por la que había desaparecido el señor Morning y vi que estaba entreabierta, y que por ella asomaba la mitad de su rostro. Estaba iluminado desde atrás y no podía distinguir sus rasgos con claridad, pero el pálido cabello de su cabeza resplandecía, y mientras se acercaba hacia mí pude oír de nuevo su dificultosa respiración. Intentó cogerme la mano. La aparté sin pensarlo.

—Lo que quiere son descripciones de los objetos de esa chica, ¿no es cierto? —Me di cuenta de la tensión y la formalidad de mi voz—. No entiendo qué tiene que ver una descripción grabada con el conjunto de su proyecto ni por qué la mujer de la cinta hablaba entre susurros.

—El susurro es esencial porque la voz humana es demasiado idiosincrásica, está demasiado marcada por su propia historia. Busco el anonimato para que la pureza del objeto no se ofusque en la verbalización, para conocerla en toda su desnudez. Un susurro carece de personalidad.

El proyecto sonaba extravagante hasta la locura, pero yo me sentía atada a él. La casualidad me había deparado esa pequeña aventura, y me hacía gracia. También me parecía que, tras su excentricidad, las ideas del señor Morning escondían una suerte de lógica descabellada. Sus comentarios sobre los susurros, por ejemplo, tenían sentido.

—¿Y por qué no escribe las descripciones? —le pregunté—. De ese modo no habría voz que interfiriera con el anonimato que desea.

Observé su rostro con atención.

Se inclinó sobre el escritorio y me miró directamente.

—Porque en ese caso no habría una presencia viva, una fuerza que impulsara el despertar.

Volví a moverme en la silla, me fijé en la pila de harapos debajo de la ventana.

—¿A qué se refiere con despertar?

—Me refiero a que, cuando se los somete a un escrutinio, los objetos en cuestión comienzan a agitarse; a que, a pesar de su mudéz, pueden desvelar misterios humanos.

—¿Algo así como pistas para entender la vida de esa chica? Quiere saber cosas acerca de ella, ¿no es cierto? ¿Y no conoce un camino más directo para dar con información biográfica?

—No acerca del tipo de biografía que me interesa.

Me sonrió, esta vez abriendo la boca y permitiendo que admirara sus grandes dientes blancos. «No es tan mayor —me dije— no debe de haber cumplido los cincuenta».

Inclinándose, cogió una caja azul del suelo —una caja de unos grandes almacenes de tamaño medio— y me la pasó.

Empecé a levantar la tapa.

—¡Ahora no! —casi gritó—. No aquí.

Coloqué la tapa en su sitio.

—Hágalo cuando esté en su casa y a solas. Cuando no esté trabajando con él, el objeto tiene que permanecer envuelto y dentro de su caja. Estúdielo. Descríbalo. Deje que le hable. También tengo una grabadora y una cinta nueva para usted. Ah, sí, y tiene que empezar la grabación con las palabras: «Esto perteneció a la fallecida». ¿Podría tenerlo listo para pasado mañana?

Le dije que sí y salí del apartamento con mi caja y la grabadora, con ganas de ver la luz del día. Me alejé del edificio caminando deprisa y no miré en la caja hasta que hube doblado la esquina y me aseguré de que no podía verme desde la ventana. Dentro había un guante blanco bastante sucio sobre un lecho de papel de seda.

No volví a casa hasta más tarde. Para huir del calor me metí en una cafetería y pasé horas haciendo anotaciones sobre el guante y calculando el número de objetos que tenía que describir para poder pagar el alquiler. Imaginé mis descripciones como composiciones concisas y elegantes, pequeños ejercicios literarios basados en una especie de positivismo tardío del siglo XIX. En ese momento decidí que el objeto podía describirse por escrito. Tomé café y un donut y me sentí feliz.

Pero cuando esa noche puse el guante junto a mi máquina de escribir para empezar el trabajo, parecía haber cambiado. Lo palpé, palpé la apelmazada lana, y

luego, muy despacio, me lo puse en la mano izquierda. Era demasiado pequeño para mis largos dedos y no me cubría la muñeca. Mientras lo miraba, tuve la extraña sensación de haber visto el mismo guante en otra mano. Estiré bruscamente de los dedos, hasta que cayó al suelo. No tenía ganas de tocarlo y lo dejé allí durante unos cuantos minutos. La pequeña mano de lana cubierta de manchas y desgarrones se me antojaba terrible, un objeto varado y vacío, carente de sentido y cruel al mismo tiempo. Al fin lo cogí y volví a meterlo en la caja. No escribiría hasta el día siguiente. Hacía demasiado calor; estaba demasiado cansada, demasiado nerviosa. Me quedé tumbada en la cama junto a la ventana abierta, pero no corría ni una gota de aire. Toqué mi piel pegajosa y miré hacia el apartamento de enfrente, pero los dos hombres se habían ido a dormir y no había luz en sus ventanas. Antes de dormirme llevé la caja a la otra habitación.

Esa noche dieron comienzo los gritos. El sonido me despertó pero no pude identificarlo, y en un primer momento pensé que se trataba de los enloquecidos maullidos de gato que ya había oído a principios de verano. Pero se trataba de una voz de mujer, un largo y gutural lamento que acababa en un gruñido. «¡Para! ¡Te odio! ¡Te odio!», gritaba una y otra vez. El sonido me agarró y pensé en avisar a la policía, pero durante un buen rato me limité a esperar y escuchar. Cuando alguien aulló: «¡A callar!» desde una ventana, cesaron los gritos. Permanecí atenta para ver si comenzaban de nuevo, pero todo había acabado. Humedecí un

pañó con agua fría y me froté el cuello, los brazos y la cara. Y me puse a pensar en Stephen tal como lo había visto a menudo, en su escritorio, con la cabeza apenas vuelta y los grandes ojos fijos en un papel. Esto sucedía cuando su cuerpo aún guardaba su encanto; tenía un poder contra el que batallé y bramé durante meses. Y después desapareció el encanto y la trivialidad lo invadió todo hasta un extremo que jamás hubiera creído posible.

A la mañana siguiente volví a empezar. A la luz del día la caja en la mesa de la cocina había recuperado su anterior inocencia. Sirviéndome de las notas tomadas en la cafetería trabajé rápido, pero no sin dificultad. Observé el guante de cerca, intentando recordar el nombre de sus distintas partes por su textura y el color de sus manchas. Vi que la punta del dedo índice estaba ennegrecida, como si su propietaria hubiera pasado el dedo a lo largo de una superficie sucia. Pensé que debía de haberse tratado de una persona zurda; ese gesto era propio de la mano principal. Una chica recorriendo con el dedo la barandilla del metro. La imagen despertó un escalofrío de recuerdo: *mano femenina*. Las palabras podían referirse a su mano, a su mano enguantada o al guante en sí. La conexión parecía abundar en significado, pero incluso así lo único que produjo en mi interior fue una sensación semejante a la culpabilidad. Aceleré la descripción, pero cuanto más escribía, cuanto más específica me mostraba con las características del guante, tanto más remoto se volvía éste. Más que fijarlo a la luz de la exactitud científica, la abundancia de detalles hacía

desaparecer el guante. De hecho, mi minuciosa descripción de sus decoloraciones y rotos, los hilos sueltos y la palma gastada parecían tener poco que ver con la triste cosita que tenía ante mí.

Por la tarde corregí el trabajo y lo leí en voz alta con la grabadora en marcha. Susurrar me incomodaba; convertía las palabras en algo clandestino, ajeno, y cuando escuché la cinta no reconocí mi propia voz. Sonaba como un niño precoz balbuciendo tonterías desde un rincón invisible de la habitación, y oírlo me hizo sonrojar de vergüenza hasta un extremo que hoy sigo sin comprender.

Esa noche volvieron a despertarme los gritos, pero igual que la vez anterior cesaron al cabo de unos minutos. En esa ocasión no pude volver a dormir y me quedé tumbada despierta durante horas en un vago tormento, mientras las destrozadas imágenes del agotamiento y el calor poblaban mi cabeza.

(Título original de la novela: *The Blindfold*, Siri Hustvedt, 1992. Traducción, Claudio López de Lama-drid, Editorial Planeta, S.A., 2018 Tomado de www.elboomeran.com)



Siri Hustvedt

Northfield, Minnesota
Estados Unidos - 1955

Novelista y ensayista. Estudió Historia en el St. Olaf College, centro universitario de su localidad natal creado por inmigrantes noruegos. Más tarde amplió su instrucción graduándose en Lengua y Literatura Inglesa, con una tesis sobre Charles Dickens, en la Universidad de Columbia de Nueva York.

Hustvedt comenzó escribiendo poesía, que recopiló en los años ochenta en el libro *Leer para ti* (1983). Su primera novela fue *Los ojos vendados* (1992), más tarde aparecieron otras historias de ficción, como *El hechizo de Lily Dahl* (1996), *Todo cuanto amé* (2002) y *Elegía para un americano* (2008), libro con bases autobiográficas, *El verano sin hombres* (2011), *El mundo deslumbrante* (2014) y *Recuerdos del futuro* (2019).

También Hustvedt ha escrito diversos ensayos, como *En lontananza* (1998), libro sobre la creación artística en donde trata tanto a Charles Dickens como a Vermeer, *Los misterios del rectángulo* (2005), *Vivir, pensar, mirar* (2012) y *La mujer que mira a los hombres que miran a las mujeres* (2016). Su obra ha sido traducida a más de treinta idiomas.

Casada con el escritor estadounidense Paul Auster, tiene con él una hija. En 2019 fue galardonada con el Premio Princesa de Asturias de las Letras.

PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA VICENTE HUIDOBRO 2020

Lugares que no existen en las guías turísticas

[Fragmento]

■ Gabriela Vargas



|

Una cama es también una prisión
o una caja de cartón que se lleva a cuestas.
Mi carnet de identidad dice que yo existo,
que soy un número comparable
con la cantidad de moscas que visten la naranja de mi plato.

Nos han dejado dormir junto a esta pared
que es también el final de un puente.
Una pared en la que se lee:

NO ORINE AQUÍ, LO ESTAMOS FILMANDO.

Entonces en la filmación se vería:
perros que escoltan un camino de huesos,
zapatos como peces que saltan en un camión de basura
hombres que estiran las manos,
manos que buscan papel de arroz y lentejas,
una madre que llora cuando un niño pregunta:
¿por qué el frío es tan rudo con nosotros?

Nos han dejado

AQUÍ,
Con un golpe seco

haciendo en cada esquina
una película sobre un hombre que muere cubierto de azúcar.
Aquí, como un asunto pendiente:

Somos los números que despiertan
demasiado cerca del suelo.

||

Mi carnet de identidad dice que soy una ciudadana
y en mis sueños mi familia llena la sala de espera
con tarjetas y globos en los que se lee:

«Mejórate pronto»

Pero curarse de algo aquí es un ejercicio de agotamiento.

Hay un paciente, por ejemplo,
que lleva 5 días frente a un anuncio de la administración,
que en letras grandes y rojas declara:

«Por favor, haga silencio».

Alguien ha reparado en el favor que se le pide
y ha empezado
repentinamente
a gritar.

Beds and Breakfast

(Fragmento)

Lugar: Centro de Guayaquil
Tiempo de estadía: 25 años

Nací en un edificio que es un coro salvaje de ratones.
Si el tercer piso de una construcción se vuelve una cuna
cuando el camión de la basura cruza;
si al abrir una puerta,
tenemos que abrirnos paso como un desierto, porque el agua entra,
habrá motivos suficientes para querer huir.

El ascensor está clausurado.
Mi cabeza es un cohete y no entiende
el proceso de bajar una escalera.
Mi cabeza es el ruido del motor de un carro
que por la noche me vuelve incapaz
de oprimir un botón que funcione.

Nací en un edificio que con los años me ha vuelto alérgica al polen,
me ha alejado de los parques,
me ha dejado al cuidado de aves de cemento.
Un edificio, como una historia sensible al tacto.

Entonces, en ese recuerdo, vuelve a mí esa niña:
un armadillo atado a la tecla rota de un piano.
Mi hermana mojada, escondida en la cisterna,
mi madre que viste de mostaza una gallina
que para la cena habrá muerto en los ojos de un galgo.

Regresa a mí, la bailarina de cristal,
la que una vez rompí, la que no puede correr
la que deja un punto en blanco sobre una mesa
que es el mar de polvo que hace,
de un vaso, una isla,

en la que sigo fijada por miles de alfileres.

Lugar: La Floresta, Quito.
Tiempo de estadía: 3 semanas

Hablar es a veces una enfermedad.

Si una casa está en medio de la niebla,
¿cuál es el límite para no sentirse ahogado?

Todos estos simulacros de muñeco tarareando un poema encima de una cuerda floja.
Todos estos ademanes de parecer un sofá en una sala en la que llueven dientes.

Todas estas palabras sobre tu calle fría
como tenedores violentando mi boca que migra
para congelarse antes de llegar a tu puerta y volverse un sueño de porcelana
en el que eres una copa
y te rompes.

Recogerse, envolverse uno mismo como un recién nacido.
Nacer de nuevo, en una ciudad nueva.
Queda chica la Floresta si dentro de un cubo de hielo de colores
se disuelven nuestras últimas conversaciones.
Hablar entre nosotros, entonces, es una enfermedad.
—¿Podemos tener un perro?
—Sí, pero solo si duerme afuera y nunca hace ruido.
Entonces para ensayar pusiste una cadena en mi cuello y me sacaste a orinar.

(Textos tomados de *Lugares que no existen en las guías turísticas*, 2020)



Poeta y diseñadora gráfica. Su primer poemario *La Ruta de la Ceniza* (La Caída, 2017) ganó los Fondos Concursables del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador. Su segundo libro *Lugares que no existen en las guías turísticas* obtuvo el II Premio Internacional de poesía Vicente Huidobro en el 2020. Textos suyos aparecen en varias antologías nacionales e internacionales.

Gabriela Vargas Aguirre

Guayaquil, Ecuador, 1984

A 15 AÑOS DE SU MUERTE

La tardecita

■ Juan José Saer

Al ingeniero Saer

La historia, aunque a decir verdad los hechos escasos y simples que la constituyen, desde el punto de vista de las leyes del melodrama que imperan hoy en día en lo que podríamos llamar el mercado persa del relato, no alcanzarían a formar una historia, es más o menos la siguiente: un domingo a la mañana Barco, que acababa de cumplir cincuenta y dos años, buscando algún texto corto para leer antes del almuerzo, encontró una versión de *La ascensión del monte Ventoux* de Petrarca, y se instaló a leer en su estudio de abogado, en un sillón ubicado estratégicamente cerca de la ventana que daba al patio, para aprovechar al máximo la luz natural, de la que Barco era como se dice partidario ferviente cuando se trataba de lectura, aunque a causa de su trabajo únicamente de noche le quedaba tiempo para leer un rato antes de irse para la cama. El texto de Petrarca hacía años que no lo leía, y si lo eligió fue más bien a causa de su extensión, para poder terminarlo antes de mediodía, porque Tomatis estaba en Buenos Aires y se había anunciado en Caballito para el almuerzo, con el fin de



traerle su regalo de cumpleaños y presentarles, a Miri y a él, su nueva pareja, una chica arquitecta que, según el sarcasmo de Miri, «por suerte gracias a su profesión podía hacer cosas un poco más constructivas que ponerse de novia con Tomatis», aunque Miri se olvidaba de que, treinta años atrás, Tomatis había estado enamorado de ella y ella, durante un par de semanas por lo menos, estuvo a punto de dejarse tentar por la cosa.



Lo cierto es que Barco se sentó esa mañana de domingo a leer a Petrarca. San Agustín —o, a estar con algunos, el colectivo publicitario de la iglesia primitiva que conocemos con el nombre de San Agustín— pretende que fue escuchando un sermón de San Ambrosio que se convirtió al cristianismo, lo que es igual que si hubiese sido leyéndolo, porque hasta entonces sólo se leía en voz alta, de modo que un sermón era una simple lectura co-

mentada, semejante a lo que hoy llamaríamos una conferencia, y hay que reconocer que casi todas las grandes iluminaciones, exaltaciones, conversiones o revelaciones de los tiempos modernos provienen de la lectura. Pareciera ser que, en el estado actual de nuestra especie, siempre es necesario que lo poco que nos pasa de esencial le haya pasado primero a algún otro, de manera que sólo comparativamente podemos llegar a sentirnos, gracias a una lu-

cidez pasajera, y muy de tanto en tanto, con fugacidad fragmentaria, lo que creemos ser o lo que tal vez somos.

A los pocos minutos de haber empezado a leer, Barco tuvo una experiencia semejante, pero no le advino ni un éxtasis ni una revelación, sino algo más íntimo y más querido: un recuerdo. Petrarca, que tenía desde hacía cierto tiempo la intención de escalar el Ventoux, cuenta que uno de los dilemas que se le presentaban era la elección de una compañía que fuese al mismo tiempo útil y agradable, y que después de haber vacilado entre varios de sus amigos, decidió llevar a su hermano menor, por el que sentía mucho afecto, pensando que la subida, que no era a decir verdad más que un paseo largo y fastidioso, y no una verdadera aventura, le daría al muchachito a la vez instrucción y placer. Y, gracias a las imágenes que, mientras avanzaba en la lectura, iban formándose en la parte más clara de su mente, el recuerdo, desde la oscuridad sin nombre y sin extensión o forma definida en la que yacía arrumbado o en la que derivaba desde hacía más de cuarenta años, nítido y entero, constituido de mil detalles hormigueantes y vivaces, hizo su aparición instantánea. Petrarca y su hermano menor escalando la ladera polvorienta y atormentada del monte se asociaron de un modo explicable pero inesperado, con un viaje que su hermano mayor y él, que tenía en ese entonces alrededor de diez años,

habían hecho una tarde de otoño.

Existe siempre durante el acto de leer un momento, intenso y plácido a la vez, en el que la lectura se trasciende a sí misma, y en el que, por distintos caminos, el lector, descubriéndose en lo que lee, abandona el libro y se queda absorto en la parte ignorada de su propio ser que la lectura le ha revelado: desde cualquier punto, próximo o remoto, del

Petrarca y su hermano menor escalando la ladera polvorienta y atormentada del monte se asociaron de un modo explicable pero inesperado, con un viaje que su hermano mayor y él, que tenía en ese entonces alrededor de diez años, habían hecho una tarde de otoño.

tiempo o del espacio, lo escrito llega para avivar la llamita oculta de algo que, sin él saberlo tal vez, ardía ya en el lector. De modo que después de atravesar en un estado más bien neutro las informaciones del prólogo escrito por el traductor que había vertido el texto del latín al castellano, a los pocos minutos de empezar el relato propiamente dicho, Barco alzó la vista del libro y, con los

ojos bien abiertos que no veían sin embargo nada del exterior, la fijó en algún punto impreciso de la habitación y se quedó completamente inmóvil, lleno hasta rebalsar del recuerdo que la lectura había suscitado:

Un atardecer de Semana Santa, un miércoles al final de la tarde para ser más exactos porque, para aprovechar al máximo las vacaciones habían decidido

lanzarse a la aventura el mismo miércoles al salir de la escuela, sin esperar hasta el día siguiente, con el fin de ganar la noche del miércoles y la mañana del Jueves Santo en el pueblo en el que pasaban todas sus vacaciones, de verano, de otoño, de invierno o de primavera. Casi todos sus tíos, tías, primas y primos vivían en el pueblo o en los pueblos vecinos y para Barco, hasta los dieciséis o diecisiete años por lo menos, el pueblo ese tirado en medio de la llanura, el puñado de manzanas geométricas dividido en dos por las vías del ferrocarril, había sido una especie de paraíso: ninguna otra felicidad podía igualarse a la que lo asaltaba ante la perspectiva de ir a pasar

en él unos días. Y era justamente a causa de la impaciencia que se apoderaba de él que se habían encontrado, él y su hermano mayor, que le llevaba cuatro años, en esa situación, o sea caminando los dos al atardecer en medio de la llanura vacía, por el camino de tierra de unos quince kilómetros que unía el pueblo con la ruta de asfalto donde los había dejado el colectivo de Rosario.

Al bajar del colectivo, habían esperado en el cruce una media hora sin que pasase un solo auto, y como se acercaba la noche, habían decidido empezar a caminar por el borde del camino de tierra, y a medida que se alejaban del asfalto la llanura se iba volviendo más desierta y más silenciosa. Como avanzaban hacia el oeste, en el fondo del camino recto y grisáceo, el disco rojo del sol, enorme y llameante, flotando no lejos del horizonte, parecía estar esperándolos con la intención de impedirles seguir adelante. Había llovido mucho la víspera, y el camino era un magma barroso en muchos trechos, donde algún vehículo, tirado a motor o a sangre, se había atrevido a pasar, formando huellas profundas de las que únicamente los bordes rugosos se habían resecado un poco. El estado en que había quedado el camino después de la lluvia explicaba la ausencia inusual de coches, aunque en aquella época los autos y los camiones no eran demasiado frecuentes en el campo, y de todas maneras la situación en la que se encontraban había sido prevista por sus padres, ya que la madre había querido oponerse a que viajaran esa tarde, argumentando justamente que había llovido y que la noche podía sorprenderlos en el camino, pero el padre, que tenía cierta predilección por su hermano mayor (o por lo menos Barco así se lo imaginaba en aquel entonces y seguía imaginandoselo en la actualidad, aunque su padre había muerto hacía treinta años y su hermano el año anterior), había dicho que gracias a la prudencia y al sentido de responsabilidad de su hermano no iba a sucederles nada malo (de todos modos,

en ese punto o en cualquier otro, bastaba que su madre tuviese una opinión para que su padre formulase exactamente la contraria, y lo mismo sucedía, pero al revés, cuando era su padre el que argumentaba en primer término).

La cuestión es que avanzaban, ansiosos por llegar pero lentos a causa del barro, por el camino solitario, hacia el gran disco rojo que, como se dice, ensangrentaba el cielo en el oeste. Las nubes que se arremolinaban en la altura no interceptaban el disco rojo vivo, como si, inmóviles y asumiendo las formas más diversas, se hubiesen apartado igual que cortesanos respetuosos para no ocultar, con sus masas fofas y toscas, la perfección circular y ardiente de su presencia misteriosa. A cambio de esa discreción reverente, el sol las teñía de sus tonos innumerables, encendidos, claros y brillantes en las inmediaciones del disco, y que iban haciéndose cada vez más oscuros y más fríos —naranja, rojo, rota, violeta, azul— cuando iluminaban los copos algodonosos suspendidos hacia el este, en la porción opuesta del cielo. En el otoño ya avanzado, los campos de maíz

El terror que se apoderó de él ignoraba esa evidencia; el carecer de nombre lo multiplicaba, y ya estaba a punto de aullar y de salir corriendo cuando, con suavidad, la mano fibia y un poco húmeda de su hermano se apoyó en su cabeza, en un gesto cuya intención se le escapaba un poco, en razón de esa relación peculiar que suele existir entre hermanos, íntima y distante a la vez.

parecían ruinas, con los tallos quebrados y grisáceos y las hojas color beige desgredadas, resacas y colgantes, sugiriendo un ejército innumerable y fijo, aniquilado en una batalla reciente y del que hubiese vuelto a este mundo la muchedumbre de espectros, retomando el hábito de alinearse en orden para formar una teoría de almas en pena muda y amenazante. En un campo cercano, un rebaño de vacas negras había dejado de pastar, y los animales, orientados todos en sentido opuesto a la caída del sol, la cabeza un poco levantada como si estuviesen tratando de captar una señal remota, completamente inmóviles, todos en la misma actitud como si se tratase de la misma imagen plana reproducida cuarenta o cincuenta veces, le sugerían a Barco, en el momento en que estaba recordándolas, esas manadas que aparecen en las pinturas rupestres, más misteriosas por la extraña vida interior que emana de los animales que por las intenciones de los hombres fugitivos que los dibujaron en la piedra. Durante unos minutos de marcha únicamente oyeron el ruido de sus propios pasos, vacilantes y demorados, buscando suelo firme entre los trechos removidos de barro blando y los charcos de agua lisa que enrojecían el anochecer, hasta que, de algún punto lejano de la llanura un ganado invisible empezó a mugir, sacando al que tenían a la vista del sopor en el que parecía haber caído e incitándolo a seguir tascando en silencio. La inminencia de la noche cuya llegada, para precipitar al mundo en la negrura, parecía ir acelerándose, oprimía el pecho de Barco y le anudaba el vientre, de modo

que para que no se pusiese a temblar, hundió la mano libre —en la otra llevaba una valijita— en el bolsillo del pantalón.

Al cabo de un rato de marcha, a la izquierda del camino, a unos cien metros adelante, divisaron el cementerio. Por temor de percibir en él el mismo terror apagado que empezaba a invadirlo, Barco no se animaba a mirar a su hermano, ni siquiera de reojo, y fue en ese momento en que se dio cuenta de que la llanura, en ese lugar que había atravesado decenas de veces, idéntico por otra parte a muchos otros en sesenta o setenta kilómetros a la redonda —camino de tierra, alambrados, maizales, campitos de pastoreo, redondel rojo enorme al atardecer, cuadrado de muros blancos del cementerio y cipreses negros sobrepasándolos—, de habitual que había sido hasta ese momento, se estaba volviendo irreconocible y extraño. Era incapaz de formularlo así en ese entonces, pero una luz cintilante, ultraterrena, transfiguraba el espacio y las formas que lo poblaban, poniendo a la vista, del paisaje familiar, su pertenencia a un lugar desconocido en el que, hasta ese momento, ignoraba que había estado viviendo. Durante años sentiría el malestar de esa revelación hasta que, gradualmente, capas y capas de experiencia, como sucesivas manos de pintura sobre una imagen odiosa, terminarían por hacerla olvidar, hasta que esa mañana la lectura de Petrarca la trajo de nuevo a la luz viva del recuerdo. El chasquido de los pasos en el barro estallaba apagadamente y se dispersaba en el aire que ya empezaba a volverse azul, mientras que del disco enorme que



interceptaba el camino en el horizonte ya no era visible más que el semicírculo superior, y desde hacía unos minutos las nubes multicolores de un rato antes ya se estaban poniendo negras. El muro blanco del cementerio, por encima del cual, aparte de los cipreses, emergían las cúpulas y las cruces de cemento de algunos panteones, fulguraba a causa de esa luz que no era de este mundo, y del semicírculo rojo incrustado al final del camino, una

turbulencia ígnea, de un rojo en fusión, barnizaba todo lo visible con una sustancia fluorescente en la que el rojo y el negro parecían neutralizarse mutuamente produciendo una luminiscencia insólita y glacial, una harina estelar, a la vez impalpable y magnética, de la que también ellos, su ropa, sus cuerpos, sus órganos internos, y hasta sus deseos y sus pensamientos hubiesen sido espolvoreados. Aunque únicamente esa mañana, cuarenta años más

tarde, era capaz de formularlo de esa manera, Barco tenía la impresión de estar en el lugar remoto de un mundo cuyo centro podía estar en un punto cualquiera del espacio, y que si en ese punto se encontrara el sentido de la totalidad, aun cuando fuese contiguo al que estaban atravesando, e incluso el mismo por el que en ese momento caminaban, para ellos sería siempre inaccesible y remoto. Por primera vez sentía, sin saber que lo sentía, experimentando el terror de sentirlo sin gozar de la clarividencia resignada de cuarenta años más tarde, que el mundo no estaba fuera de ellos, sino que eran ellos los que le eran exteriores, y que el paisaje familiar en el que había nacido y que consideraba semejante al paraíso, era una lisura sin accidentes que toleraba un momento que la atravesaran hasta que, de golpe, se los tragaba sin dejar de ellos en la exterioridad neutra y distante la menor huella de su paso. El terror que se apoderó de él ignoraba esa evidencia; el carecer de nombre lo multiplicaba, y ya estaba a punto de aullar y de salir corriendo cuando, con suavidad, la mano tibia y un poco húmeda de su hermano se apoyó en su cabeza, en un gesto cuya intención se le escapaba un poco, en razón de esa relación peculiar que suele existir entre hermanos, íntima y distante a la vez.

—Me parece que oigo un motor —le dijo. Y era verdad: rateando, dando bandazos, el camioncito de la Liebre, el quiosquero, que había ido hasta el asfalto a buscar los diarios de la tarde y las revistas semanales que le llegaban por el colectivo de Rosario, frenó al cabo de unos minutos junto a ellos, y la

cara rojiza de la Liebre apareció por la ventanilla, ostentando una sonrisa vagamente burlona en los labiecitos fruncidos que le habían valido el sobrenombre, y sin decir palabra, con un movimiento jovial de la cabeza, los invitó a subir.

Apenas oscureció, el camino se volvió todavía más dificultoso. La Liebre conducía concentrado y tenso, y esa noche, su hermano contaría, durante la cena, en medio de la risa general, cómo la Liebre, agarrándose firme del volante, inclinado hacia el parabrisas para auscultar mejor el camino e ir previendo los peligros, frenando y acelerando todo el tiempo, mientras ellos no se atrevían a desviar la vista de la luz de los faros que iluminaban el camino barroso, se hablaba a sí mismo en tercera persona, lanzándose advertencias, insultos o amenazas a cada resbalón o bandazo demasiado violento que desviaba al coche de la dirección que llevaba y daba la impresión de que iba a mandarlo a la cuneta o a volcarlo: «Tené cuidado, Liebre. No boludiés. Aflojá con el acelerador, Liebre. Ojo que hay un pozo adelante». Y así durante la hora que le pusieron para recorrer diez o doce kilómetros. Pero Barco no le prestaba atención: se iba calmado de a poco, como cuando, al despertar de una pesadilla, cuesta un buen rato todavía convencerse de que se ha vuelto a la vigilia y que la sustancia opresiva del sueño se ha disipado. En la entrada del pueblo, por fin, lo familiar se restableció: era otra vez él, él, Horacio Barco y estaba llegando al pueblo con su hermano para pasar las vacaciones de Semana Santa. Pero esa vez no era felicidad lo que sentía,

sino únicamente alivio. Cuando empezaron a rodar por la arboleda exterior que unía el camino con el pueblo, ya era noche cerrada desde hacía un buen rato. De las casitas pobres de las afueras, salían gritos, risas, ladridos de perros alertados por el motor del camioncito, música y voces que mandaba la radio, y por las ventanas, proyectándose sobre los patios, las paredes, las veredas de tierra o de ladrillos, las copas de los árboles, colgando en los cruces de las primeras calles, luces débiles pero cálidas, insignificantes en relación con la negrura

sin fin de la llanura, pero amistosas, próximas, fragilísimas, y nacidas, como él, que las estaba viendo pasar, en ese mundo y en ningún otro, aunque a partir de ese día le quedara por averiguar, y seguiría intentándolo, sin conseguirlo, hasta el momento de su muerte, qué clase de mundo era.

(‘La tardecita’, del libro *Cuentos completos*, de Juan José Saer, El Aleph Editores, 2012.

Tomado de: <https://lectorsalteado.com/2020/03/26/6-la-tardecita-juan-jose-saer-daniela-alcivar-bellolio/>)



Juan José Saer

Serodino, Santa Fe, Argentina, 1937
París, 2005

Narrador y poeta argentino. Abandonó los estudios de derecho y en 1962 comenzó a enseñar en el Instituto de Cinematografía de la Universidad Nacional del Litoral. En 1968 viajó a Francia con una beca y desde entonces residió en ese país y dictó clases de literatura. Se inició en el mundo literario escribiendo poesía, que recogería años después en *El arte de narrar* (1977). Su residencia en el pueblo de Colastiné, sobre el río Paraná, a finales de la década de 1950, le permitió crear un espacio geográfico-literario habitado por personajes recurrentes. Publicó los relatos de *En la zona* (1960), *Palo y hueso* (1965), *Unidad de lugar* (1967), *Cicatrices* (1969) y las novelas *Responso* (1964) y *La vuelta completa* (1966).

En 1974, con la publicación de la novela *El limonero real*, Juan José Saer se desprendió del acento realista de sus primeros libros de relatos para dar comienzo a una de las obras más rigurosas y originales de la literatura argentina contemporánea. La influencia de Jorge Luis Borges y del objetivismo francés sirve de base para la singular operación realizada por Saer.

Su obra primero fue reconocida por la crítica literaria y sólo mucho después, recién a mediados de la década de 1980, por el público.

Recibió el premio Nadal de novela en 1987, por *La ocasión*.

Publicó además *La mayor* (1976), *Nadie nada nunca* (1980), *El entonado* (1983), *Glosa* (1986) y *El río sin orillas* (1993), que propone un recorrido por la historia argentina a través de un curso fluvial. Con *La pesquisa* (1995) incursionó en el género policial. *El concepto de ficción* (1997), por otra parte, recoge sus ensayos literarios. Su obra ha sido traducida a diversas lenguas europeas. En 2006 apareció su novela póstuma titulada *La grande*.

Bajo las ramas que caen, caen, caen

■ Josué Negrete

I.

*La crisálida de una mariposa
colgada de la rama del árbol parecía
un signo de pregunta.
Florencia Abbate*

í.

el regreso el polvo la inminencia de aquello que agota el caos
recorren mi cuerpo con lentitud
secretas músicas confunden espanto y retazos de alegría
acaso todo está incompleto y la búsqueda es en la intimidad con los espejos
¿cómo fue la primera lágrima? ¿cómo será la postrera?
¿sirve de algo tallar una pequeña línea en este extraño árbol que me brota?

iii.

rastros nada más
le rezo a los animales parcos que nos esperan en el último horizonte les hablo
y cada noche pierdo un rumbo una batalla inventos
¿cómo imitar las onomatopeyas de lo que desespera? ¿cómo arrancar las páginas del
[mundo?
en los cromosomas llevamos tatuada la violenta mordida de Eva
la que apaga ese alivio inconsciente inútil
la que entreteje espectros que se agotan entre raíces
la que nos devuelve al vientre innombrable lleno de absurdo helio
donde otras criaturas flotan ¿podemos abrazarlas?



X.

¿llegaremos a tiempo para contemplar cómo una manta cubre la realidad precediendo
[su sepultura?

resplandores nacen durante los tedios más absolutos

lo asimétrico se derrama sobre tejados entre cañerías frente a las pantallas

caudales se estancan colchones esperan a sus enfermos

también dios es agobiado por fantasmas más allá del frío levitan y se ríen

las montañas no son más las bóvedas de todos los llantos de todos los cantos

de toda la incertidumbre que nos dejan las fotografías

¿existe existirá un rostro eterno? ¿con qué espuma se limpiará?

¿brotarán nuevas ramas?

inefables peces cazan su alimento en nuestros poros

¿llegaremos a tiempo para contemplar cómo una manta cubre la realidad precediendo

[su sepultura?

II.

el árbol de mi error

es inmenso.

María Auxiliadora Álvarez

Debería pensar en la belleza frágil de los árboles enfermos.

Alejandro Zambra

síntoma

no encuentro un punto de partida

solo retrocesos

solo la tenue mirada de un colibrí que se desploma lejos muy lejos de su páramo

mis sílabas solo son ruinas insignificantes para la arqueología de las sílabas

en la infancia confundí la herida de un árbol con su fruto

filamentos diáfanos se agitaban con las melodías del aire

confundí la herida y el fruto la toqué

y mis dedos curiosamente bailaron

así comenzó este ritual que poco a poco se hace perpetuo

así comenzó este ritual de gusanos flotantes en silencio

de escarabajos surgiendo de mi desnudez

de rocas con forma de luna que se rompen al verme bailar en el deleite de las derrotas

pulso inasible

los muertos de hace miles de años se expanden en la piel

gimo sobre ajenas flores que no me dejan descansar

no soporto el ritmo de la marabunta

devoro todo lo que está dentro de mí lo de afuera se me escapa

emulo un millón de lenguas para dispersar lo siniestro anónimo vértigo

me vuelvo hembra con nombre de algún árbol¹

la intemperie es una trampa llena de anacronías y delirios eróticos

hacia allá voy sin entender el porqué de mis bufones pasos

paisajes de otras dimensiones me esperan me digo me miento

claudico resucito me equivoco resucito solo para equivocarme otra vez

mientras escribo en las paredes de este prisma que se desarma intermitente

[pausa:

La máquina tritura niños

lloran

son el eco del universo]

¹ verso de Ramiro Oviedo.

una voz en el aire:

un velo de neblina envuelve otra de las máscaras que se te han roto
la vigilia es enterrada

en el contrapunto de nuestras moléculas el llanto y la inocencia de lo
amado
solo escucha

sabrás pues encontrar en el vacío
la indiferencia de la muerte pero también su cielo
sabrás curar tus agujeros serán refugio tras el árbol de ocarinas
descompuestas
quizá ahí finalmente te arranques la columna vertebral del pánico

sana en estrellas que se asfixian

|||.

como si estuviera debajo de un árbol debiera cantar

José Watanabe

qué más da...

a marcos, por los reflejos

qué más da si esto que no acabamos de entender como realidad se
desfigura/

piecitas de rompecabezas que nos quitan el sueño

me recuerdas que todavía no terminamos de juntar suficientes ramas para nuestra
hoguera

y a caminar se ha dicho
recogiendo la memoria en bolsitas de cáñamo
el miedo en envases de agua
el amor en redes con cientos de años

te digo:

acuérdate de las veces en que nuestros ojos se volvían un lente
quebrado/

opacidad desgarrando el vidrio de una lágrima
espeluznante fotografía de la campana

cantamos hasta el aneurisma
golpeándonos en el rasgar de una cuerda mal afinada
son muchas las formas del llanto

¿qué más da si el alma no existe y el lenguaje que crees dominar te azota mientras
intentas meditar junto a un río?
otra vez la llama sobre nuestra estepa

celebración de los días animales

a S & S

hoy no es nuestro día favorito del mes
y nos damos cuenta
que bastante hemos aguantado la tempestad

no se quiere ir
no huye
sabe que su belleza
devasta los arupos que nos crecieron
en la sien
los pocos que nos quedan

/¡bah!/

imaginemos que en los parlantes de esta plaza extraña
suena una canción en una lengua desconocida
que nos pone a danzar
como *shiva*
al inmacular el cosmos

*la tempestad se vuelve un soundtrack
nuestros cuerpos, páginas en blanco*

una niña cruza / nos recoge
vuelve a casa y
sobre su escritorio de cielo
nos raya con los crayones
que mamá le acaba de regalar.



conjuro de nubes

las nubes son un mantra incesante en mis ojos
enunciado desde una voz desconocida
o más bien extraviada
¿la mía?

caen como un último aliento en mi ventana
no dejan que muera

son un fantasma enormemente frío que me habita
me recuerda
que todavía tengo mucho que contemplar:
respiro
me distancio del miedo



escribiré en la corteza de un árbol no-plantado
la partitura de cada una de mis despedidas
(vuelve lo incógnito ¿es inevitable?)
las certezas son ideas subterráneas falso éxtasis donde no quiero cavar
buscaré una habitación impropia
y boca arriba me acostaré en su suelo sin cerrar los ojos nunca más)
nadie marcará el compás
callar será mi nuevo canto

(Otros poemas)

punzantes manos desiertas

envolver un cactus
con capas y capas de papel reciclado/
ponerlo sobre el velador/
las espinas prevalecen

un espíritu parecido a una pared azul/
tú
y tus puños
tus nudillos
la rabia inmutable de las mentiras

insignificantes golpes
grietas insignificantes/

insectos caminan
en los bordes de mis dedos...
insectos caminan
en los bordes de mis dedos...

en una sabana a punto de incendiarse

mi padre es un elefante viejo
y yo a veces soy un ave
harta de reposar en su lomo

o en su trompa
en su cráneo
sus desgastados colmillos

lo picoteo
y arranco sus más ínfimas partículas de amor

mi buche se atora

estallo.



Josué Negrete

Quito, 1997

Profesor de Literatura, escritor y librero independiente. Estudió en la Universidad Central del Ecuador. Ha impartido talleres de acercamiento a la lectura y escritura. Estudia e investiga sobre literatura ecuatoriana contemporánea escrita desde finales del siglo XX hasta la actualidad. Un par de sus textos constan en *Pasaporte, Antología migratoria* (Dadaíf cartonera, 2017), *Las emociones nos comen con cuchara* (fanzine digital editado por la poeta lojana Sara Montaña, 2018) y en el blog de poesía contemporánea *La hora de los azules*. Segundo lugar en el Primer Slam Poetry *Maldita Ginebra Ecuador* (2019). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía *Ileana Espinel Cedeño* en el 2020.

El árbol

■ María Luisa Bombal



El pianista se sienta, tose por prejuicio y se concentra un instante. Las luces en racimo que alumbran la sala declinan lentamente hasta detenerse en un resplandor mortecino de brasa, al tiempo que una frase musical comienza a subir en el silencio, a desenvolverse, clara, estrecha y juiciosamente caprichosa.

«Mozart, tal vez» —piensa Brígida. Como de costumbre se ha olvidado de pedir el programa. «Mozart, tal vez, o Scarlatti...». ¡Sabía tan poca música! Y no era porque no tuviese oído ni afición. De niña fue ella quien reclamó lecciones de piano; nadie necesitó imponérselas, como a sus hermanas. Sus hermanas, sin embargo, tocaban ahora correctamente y descifraban a primera vista, en tanto que ella... Ella había abandonado los estudios al año de iniciarlos. La razón de su inconsecuencia era tan sencilla como vergonzosa: jamás había conseguido aprender la llave



de Fa, jamás. «No comprendo, no me alcanza la memoria más que para la llave de Sol». ¡La indignación de su padre! «¡A cualquiera le doy esta carga de un infeliz viudo con varias hijas que educar! ¡Pobre Carmen! Seguramente habría sufrido por Brígida. Es retardada esta criatura».

Brígida era la menor de seis niñas, todas diferentes de carácter. Cuando el padre llegaba por fin a su sexta hija, lo hacía tan

perplejo y agotado por las cinco primeras que prefería simplificarse el día declarándola retardada. «No voy a luchar más, es inútil. Déjenla. Si no quiere estudiar, que no estudie. Si le gusta pasarse en la cocina, oyendo cuentos de ánimas, allá ella. Si le gustan las muñecas a los dieciséis años, que juegue». Y Brígida había conservado sus muñecas y permanecido totalmente ignorante.

¡Qué agradable es ser ignorante! ¡No saber exactamente quién fue Mozart; desconocer sus orígenes, sus influencias, las particularidades de su técnica! Dejarse solamente llevar por él de la mano, como ahora.

Y Mozart la lleva, en efecto. La lleva por un puente suspendido sobre un agua cristalina que corre en un lecho de arena rosada. Ella está vestida de blanco, con un quitasol de encaje, complicado y fino como una telaraña, abierto sobre el hombro.

—Estás cada día más joven, Brígida. Ayer encontré a tu marido, a tu exmarido, quiero decir. Tiene todo el pelo blanco.

Pero ella no contesta, no se detiene, sigue cruzando el puente que Mozart le ha tendido hacia el jardín de sus años juveniles.

Altos surtidores en los que el agua canta. Sus dieciocho años, sus trenzas castañas que desataadas le llegaban hasta los tobillos, su tez dorada, sus ojos oscuros tan abiertos y como interrogantes. Una pequeña boca de labios carnosos, una sonrisa dulce y el cuerpo más liviano y gracioso del mundo. ¿En qué pensaba, sentada al borde de la fuente? En nada. «Es tan tonta como linda», decían. Pero a ella nunca le importó ser tonta ni «planchar» en

los bailes. Una a una iban pidiendo en matrimonio a sus hermanas. A ella no la pedía nadie.

¡Mozart! Ahora le brinda una escalera de mármol azul por donde ella baja entre una doble fila de lirios de hielo. Y ahora le abre una verja de barrotes con puntas doradas para que ella pueda echarse al cuello de Luis, el amigo íntimo de su padre. Desde muy niña, cuando todos la abandonaban, corría hacia Luis. Él la alzaba y ella le rodeaba el cuello con los brazos, entre risas que eran como pequeños gorjeos y besos que le disparaba aturdidamente sobre los ojos, la frente y el pelo ya entonces canoso (¿es que nunca había sido joven?) como una lluvia desordenada. «Eres un collar —le decía Luis—. Eres como un collar de pájaros».

Por eso se había casado con él. Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no atina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

Pero he aquí que Mozart la toma nerviosamente de la mano y, arrastrándola en un ritmo segundo a segundo más apremiante, la obliga a cruzar el jardín en sentido inverso, a retomar el puente en una carrera que es casi una huida. Y luego de haberla despojado del quitasol y de la falda transparente, le cierra la puerta de su pasado con un acorde dulce y firme a la vez, y la deja en una sala de conciertos, vestida de negro, aplaudiendo maquinalmente en tanto crece la llama de las luces artificiales.

Porque al lado de aquel hombre solemne y taciturno no se sentía culpable de ser tal cual era: tonta, juguetona y perezosa. Sí, ahora que han pasado tantos años comprende que no se había casado con Luis por amor; sin embargo, no afina a comprender por qué, por qué se marchó ella un día, de pronto...

De nuevo la penumbra y de nuevo el silencio precursor.

Y ahora Beethoven empieza a remover el oleaje tibio de sus notas bajo una luna de primavera. ¡Qué lejos se ha retirado el mar! Brígida se interna playa adentro hacia el mar contraído allá lejos,

refulgente y manso, pero entonces el mar se levanta, crece tranquilo, viene a su encuentro, la envuelve, y con suaves olas la va empujando, empujando por la espalda hasta hacerle recostar la mejilla sobre el cuerpo de un hombre. Y se aleja, dejándola olvidada sobre el pecho de Luis.

—No tienes corazón, no tienes corazón —solía decirle a Luis. Latía tan adentro el corazón de su marido que no pudo oírlo sino rara vez y de modo inesperado—. Nunca estás conmigo cuando estás a mi lado —protestaba en la alcoba, cuando antes de dormirse él abría ritualmente los periódicos de la tarde—. ¿Por qué te has casado conmigo?

—Porque tienes ojos de venadito asustado —contestaba él y la besaba. Y ella, súbitamente alegre, recibía orgullosa

sobre su hombro el peso de su cabeza cana. ¡Oh, ese pelo plateado y brillante de Luis!

—Luis, nunca me has contado de qué color era exactamente tu pelo cuando eras chico, y nunca me has contado tampoco lo que dijo tu madre cuando te em-

pezaron a salir canas a los quince años. ¿Qué dijo? ¿Se rió? ¿Lloró? ¿Y tú estabas orgulloso o tenías vergüenza? Y en el colegio, tus compañeros, ¿qué decían? Cuéntame, Luis, cuéntame. . .

—Mañana te contaré. Tengo sueño, Brígida, estoy muy cansado. Apaga la luz.

Inconscientemente él se apartaba de ella para dormir, y ella inconscientemente, durante la noche entera, perseguía el hombro de su marido, buscaba su aliento, trataba de vivir bajo su aliento, como una planta encerrada y sedienta que alarga sus ramas en busca de un clima propicio.

Por las mañanas, cuando la mucama abría las persianas, Luis ya no estaba a su lado. Se había levantado sigiloso y sin darle los buenos días, por temor al collar de pájaros que se obstinaba en retenerlo fuertemente por los hombros. «Cinco minutos, cinco minutos nada más. Tu estudio no va a desaparecer porque te quedas cinco minutos más conmigo, Luis».

Sus despertares. ¡Ah, qué tristes sus despertares! Pero —era curioso— apenas pasaba a su cuarto de vestir, su tristeza se disipaba como por encanto.

Un oleaje bulle, bulle muy lejano, murmura como un mar de hojas. ¿Es Beethoven? No.

Es el árbol pegado a la ventana del cuarto de vestir. Le bastaba entrar para que sintiese circular en ella una gran sensación bienhechora. ¡Qué calor hacía siempre en el dormitorio por las mañanas! ¡Y qué luz cruda! Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir, hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por

las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaban en un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto! Parecía un mundo sumido en un acuario. ¡Cómo parloteaba ese inmenso gomerito! Todos los pájaros del barrio venían a refugiarse en él. Era el único árbol de aquella estrecha calle en pendiente que, desde un costado de la ciudad, se despeñaba directamente al río.

—Estoy ocupado. No puedo acompañarte... Tengo mucho que hacer, no alcanzo a llegar para el almuerzo... Hola, sí estoy en el club. Un compromiso. Come y acuéstate... No. No sé. Más vale que no me esperes, Brígida.

—¡Si tuviera amigas! —suspiraba ella. Pero todo el mundo se aburría con ella. ¡Si tratara de ser un poco menos tonta! ¿Pero cómo ganar de un tirón tanto terreno perdido? Para ser inteligente hay que empezar desde chica, ¿no es verdad?

A sus hermanas, sin embargo, los maridos las llevaban a todas partes, pero Luis —¿por qué no había de confesárselo a sí misma?— se avergonzaba de ella, de su ignorancia, de su timidez y hasta de sus dieciocho años. ¿No le había pedido acaso que dijera que tenía por lo menos veintinueve, como si su extrema juventud fuera en ellos una tara secreta?

Y de noche ¡qué cansado se acostaba siempre! Nunca la escuchaba del todo. Le sonreía, eso sí, le sonreía con una sonrisa que ella sabía maquinal. La colmaba de caricias de las que él estaba ausente. ¿Por qué se había casado con ella? Para continuar una costumbre, tal vez para estrechar la vieja relación de amistad con su padre.

Tal vez la vida consistía para los hombres en una serie de costumbres consentidas y continuas. Si alguna llegaba a quebrarse, probablemente se producía el desbarajuste, el fracaso. Y los hombres empezaban entonces a errar por las calles de la ciudad, a sentarse en los bancos de las plazas, cada día peor vestidos y con la barba más crecida. La vida de Luis, por lo tanto, consistía en llenar con una ocupación cada minuto del día. ¡Cómo no haberlo comprendido antes! Su padre tenía razón al declararla retardada.

—Me gustaría ver nevar alguna vez, Luis.

—Este verano te llevaré a Europa y como allá es invierno podrás ver nevar.

—Ya sé que es invierno en Europa cuando aquí es verano. ¡Tan ignorante no soy!

A veces, como para despertarlo al arrebató del verdadero amor, ella se echaba sobre su marido y lo cubría de besos, llorando, llamándolo: Luis, Luis, Luis...

—¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Nada.

—¿Por qué me llamas de ese modo, entonces?

—Por nada, por llamarte. Me gusta llamarte.

Y él sonreía, acogiendo con benevolencia aquel nuevo juego.

Llegó el verano, su primer verano de casada. Nuevas ocupaciones impidieron a Luis ofrecerle el viaje prometido.

—Brígida, el calor va a ser tremendo este verano en Buenos Aires. ¿Por qué no te vas a la estancia con tu padre?

—¿Sola?

—Yo iría a verte todas las semanas, de sábado a lunes.

Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes que gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar.

—¿Qué te pasa? ¿En qué piensas, Brígida?

Por primera vez Luis había vuelto sobre sus pasos y se inclinaba sobre ella, inquieto, dejando pasar la hora de llegada a su despacho.

—Tengo sueño... —había replicado Brígida puerilmente, mientras escondía la cara en las almohadas.

Por primera vez él la había llamado desde el club a la hora del almuerzo. Pero ella había rehusado salir al teléfono, esgrimiendo rabiosamente el arma aquella que había encontrado sin pensarlo: el silencio.

Esa misma noche comía frente a su marido sin levantar la vista, contraídos todos sus nervios.

—¿Todavía está enojada, Brígida?

Pero ella no quebró el silencio.

—Bien sabes que te quiero, collar de pájaros. Pero no puedo estar contigo a toda hora. Soy un hombre muy ocupado. Se llega a mi edad hecho un esclavo de mil compromisos.

...

—¿Quieres que salgamos esta noche?...

...

—¿No quieres? Paciencia. Dime, ¿llamó Roberto desde Montevideo?

...

—¿Qué lindo traje! ¿Es nuevo? ...

—¿Es nuevo, Brígida? Contesta, contéstame...

Pero ella tampoco esta vez quebró el silencio.



Y en seguida lo inesperado, lo asombroso, lo absurdo. Luis que se levanta de su asiento, tira violentamente la servilleta sobre la mesa y se va de la casa dando portazos.

Ella se había levantado a su vez, atónita, temblando de indignación por tanta injusticia. «Y yo, y yo —murmuraba desorientada—, yo que durante casi un año... cuando por primera vez me permito un reproche... ¡Ah, me voy, me voy esta misma noche! No volveré a pisar nunca más esta casa...». Y abría con furia los armarios de su cuarto de vestir, tiraba desatinadamente la ropa al suelo.

Fue entonces cuando alguien o algo golpeó en los cristales de la ventana.

Había corrido, no supo cómo ni con qué insólita valentía, hacia la ventana. La había abierto. Era el árbol, el gomero que un gran soplo de viento agitaba, el que golpeaba con sus ramas los vidrios, el que la requería desde afuera como para que lo viera retorcerse hecho una impetuosa llamarada negra bajo el cielo encendido de aquella noche de verano.

Un pesado aguacero no tardaría en rebotar contra sus frías hojas. ¡Qué delicia! Durante toda la noche, ella podría oír la lluvia azotar, escurrirse por las hojas

del gomero como por los canales de mil goteras fantasiosas. Durante toda la noche oiría crujir y gemir el viejo tronco del gomero contándole de la intemperie, mientras ella se acurrucaría, voluntariamente friolenta, entre las sábanas del amplio lecho, muy cerca de Luis.

Puñados de perlas que llueven a chorros sobre un techo de plata. Chopin. Estudios de Federico Chopin.

¿Durante cuántas semanas se despertó de pronto, muy temprano, apenas sentía que su marido, ahora también él obstinadamente callado, se había escurrido del lecho?

El cuarto de vestir: la ventana abierta de par en par, un olor a río y a pasto flotando en aquel cuarto bienhechor, y los espejos velados por un halo de neblina.

Chopin y la lluvia que resbala por las hojas del gomero con ruido de cascada secreta, y parece empapar hasta las rosas de las cretonas, se entremezclan en su agitada nostalgia.

¿Qué hacer en verano cuando llueve tanto? ¿Quedarse el día entero en el cuarto fingiendo una convalecencia o una tristeza? Luis había entrado tímidamente una tarde. Se había sentado muy tieso. Hubo un silencio.

—Brígida, ¿entonces es cierto? ¿Ya no me quieres?

Ella se había alegrado de golpe, estúpidamente. Puede que hubiera gritado: «No, no; te quiero, Luis, te quiero», si él le hubiera dado tiempo, si no hubiese agregado, casi de inmediato, con su calma habitual:

—En todo caso, no creo que nos convenga separarnos, Brígida. Hay que pensarlo mucho.

En ella los impulsos se abatieron tan bruscamente como se habían precipitado. ¡A qué exaltarse inútilmente! Luis la quería con ternura y medida; si alguna vez llegara a odiarla, la odiaría con justicia y prudencia. Y eso era la vida. Se acercó a la ventana, apoyó la frente contra el vidrio glacial. Allí estaba el gomero recibiendo serenamente la lluvia que lo golpeaba, tranquilo y regular. El cuarto se inmovilizaba en la penumbra, ordenado y silencioso. Todo parecía detenerse, eterno y muy noble. Eso era la vida. Y había cierta grandeza en aceptarla así, mediocre, como algo definitivo, irremediable. Mientras del fondo de las cosas

parecía brotar y subir una melodía de palabras graves y lentas que ella se quedó escuchando: «Siempre». «Nunca»...

Y así pasan las horas, los días y los años. ¡Siempre! ¡Nunca! ¡La vida, la vida!

Al recobrase cayó en cuenta que su marido se había escurrido del cuarto.

¡Siempre! ¡Nunca!... Y la lluvia, secreta e igual, aún continuaba susurrando en Chopin.

El verano deshojaba su ardiente calendario. Caían páginas luminosas y enceguecedoras como espadas de oro, y páginas de una humedad malsana como el aliento de los pantanos; caían páginas de furiosa y breve tormenta, y páginas de viento caluroso, del viento que trae el «clavel del aire» y lo cuelga del inmenso gomero.

Algunos niños solían jugar al escondite entre las enormes raíces convulsas que levantaban las baldosas de la acera, y el árbol se llenaba de risas y de cuchicheos. Entonces ella se asomaba a la ventana y golpeaba las manos; los niños se dispersaban asustados, sin reparar en su sonrisa de niña que a su vez desea participar en el juego.

Solitaria, permanecía largo rato acodada en la ventana mirando el oscilar del follaje —siempre corría alguna brisa en aquella calle que se despeñaba directamente hasta el río— y era como hundir la mirada en un agua mo-

Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad.

vediza o en el fuego inquieto de una chimenea. Una podía pasarse así las horas muertas, vacía de todo pensamiento, atontada de bienestar.

Apenas el cuarto empezaba a llenarse del humo del crepúsculo ella encendía la primera lámpara, y la primera lámpara resplandecía en los espejos, se multiplicaba como una luciérnaga deseosa de precipitar la noche.

Y noche a noche dormitaba junto a su marido, sufriendo por rachas. Pero cuando su dolor se condensaba hasta herirla como un puntazo, cuando la asediaba un deseo demasiado imperioso de despertar a Luis para pegarle o acariciarlo, se escurría de puntillas hacia el cuarto de vestir y abría la ventana. El cuarto se llenaba instantáneamente de discretos ruidos y discretas presencias, de pisadas misteriosas, de aleteos, de sutiles chasquidos vegetales, del dulce gemido de un grillo escondido bajo la corteza del gomerito sumido en las estrellas de una calurosa noche estival.

Su fiebre decaía a medida que sus pies desnudos se iban helando poco a poco sobre la estera. No sabía por qué le era tan fácil sufrir en aquel cuarto.

Melancolía de Chopin engranando un estudio tras otro, engranando una melancolía tras otra, imperturbable.

Y vino el otoño. Las hojas secas revoloteaban un instante antes de rodar sobre el césped del estrecho jardín, sobre la acera de la calle en pendiente. Las hojas se desprendían y caían... La cima del gomerito permanecía verde, pero por debajo el árbol enrojecía, se ensombrecía como el forro gastado de una suntuosa capa de

baile. Y el cuarto parecía ahora sumido en una copa de oro triste.

Echada sobre el diván, ella esperaba pacientemente la hora de la cena, la llegada improbable de Luis. Había vuelto a hablarle, había vuelto a ser su mujer, sin entusiasmo y sin ira. Ya no lo quería. Pero ya no sufría. Por el contrario, se había apoderado de ella una inesperada sensación de plenitud, de placidez. Ya nadie ni nada podría herirla. Puede que la verdadera felicidad esté en la convicción de que se ha perdido irremediablemente la felicidad. Entonces empezamos a movernos por la vida sin esperanzas ni miedos, capaces de gozar por fin todos los pequeños goces, que son los más perdurables.

Un estruendo feroz, luego una llamarada blanca que la echa hacia atrás toda temblorosa.

¿Es el entreacto? No. Es el gomerito, ella lo sabe.

Lo habían abatido de un solo hachazo. Ella no pudo oír los trabajos que empezaron muy de mañana.

«Las raíces levantaban las baldosas de la acera y entonces, naturalmente, la comisión de vecinos...».

Encandilada se ha llevado las manos a los ojos. Cuando recobra la vista se incorpora y mira a su alrededor. ¿Qué mira?

¿La sala de concierto bruscamente iluminada, la gente que se dispersa?

No. Ha quedado aprisionada en las redes de su pasado, no puede salir del cuarto de vestir. De su cuarto de vestir invadido por una luz blanca aterradora. Era como si hubieran arrancado el techo de cuajo; una luz cruda entraba por todos lados, se le metía por los poros, la quemaba de

frío. Y todo lo veía a la luz de esa fría luz: Luis, su cara arrugada, sus manos que surcan gruesas venas desteñidas, y las cretonas de colores chillones.

Despavorida ha corrido hacia la ventana. La ventana abre ahora directamente sobre una calle estrecha, tan estrecha que su cuarto se estrella, casi contra la fachada de un rascacielos deslumbrante. En la planta baja, vidrieras y más vidrieras llenas de frascos. En la esquina de la calle, una hilera de automóviles alineados frente a una estación de servicio pintada de rojo. Algunos muchachos, en mangas de cami-

sa, patean una pelota en medio de la calzada.

Y toda aquella fealdad había entrado en sus espejos. Dentro de sus espejos había ahora balcones de níquel y trapos colgados y jaulas con canarios.

Le habían quitado su intimidad, su secreto; se encontraba desnuda en medio de la calle, desnuda junto a un marido viejo que le volvía la espalda para dormir, que no le había dado hijos. No comprende cómo hasta entonces no había deseado tener hijos, cómo había llegado a conformarse a la idea de que iba a vivir sin hijos toda su vida. No comprende

cómo pudo soportar durante un año esa risa de Luis, esa risa demasiado jovial, esa risa postiza de hombre que se ha adiestrado en la risa porque es necesario reír en determinadas ocasiones.

¡Mentira! Eran mentiras su resignación y su serenidad; quería amor, sí, amor, y viajes y locuras, y amor, amor...

—Pero, Brígida, ¿por qué te vas?, ¿por qué te quedabas? —había preguntado Luis.

Ahora habría sabido contestarle:

—¡El árbol, Luis, el árbol! Han derribado el gomero.

(1939)



María Luisa Bombal

Viña del Mar, Chile, 1910

Santiago de Chile, 1980

A los ocho años de edad, tras la muerte de su padre, se trasladó a París, junto a su madre, Blanca Anthes Precht, y hermanas, ciudad donde terminó su educación escolar e ingresó, en 1928, a la Facultad de Letras de La Sorbonne, carrera que culminó tres años más tarde con la presentación de una tesis sobre Prosper Mérimée. Concluidos sus estudios universitarios, regresó a Chile. En 1933 partió a Buenos Aires, invitada por su amigo y cónsul Pablo Neruda. Instalada en esta ciudad participó del movimiento intelectual de la época, reuniéndose con los escritores agrupados en torno a la revista *Sur*. En 1935 inició su carrera literaria; publicó *La última niebla*; tres años después lanzó *La amortajada*, su novela más importante. En agosto de 1940 regresó a Chile, trayendo consigo los manuscritos de 'El árbol' y 'Las islas nuevas'. Al año siguiente, fue encarcelada tras intentar asesinar a su antiguo amante, Eulogio Sánchez.

En 1944 se trasladó a Estados Unidos, donde vivió por casi 30 años. Los primeros meses en este país los pasó en soledad, sumida en una profunda adicción al alcohol. Ese mismo año conoció a Fal de Saint Phalle, un noble francés dedicado a los negocios, con quien se casó y tuvo una hija.

Durante su residencia en Estados Unidos continuó activamente su trabajo literario, enfocada especialmente en la escritura de obras de teatro. En 1946 publicó *La historia de María Griselda* y trabajó para la Unesco. Luego del fallecimiento de su esposo en 1969, partió a Buenos Aires; allí permaneció hasta 1973, año en que regresó a Chile para quedarse de manera definitiva. En Chile, las penas y el alcohol debilitaron su salud; murió el 6 de mayo de 1980, en completa soledad, en una sala común de un hospital público y sin haber obtenido el Premio Nacional de Literatura. Su obra inédita y sus novelas más conocidas fueron recopiladas y publicadas por Lucía Guerra diecisiete años después de su muerte, bajo el título de *Obras completas*.

(Tomado de: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-3597.html>)

Les hablaré de ti a todos los mares que fragüen un hogar en mis ojos

■ Amanda Pazmiño Torres

|
No arranquen flores de luz en vano
susurré -absoluta- a los hijos de la noche
mientras una constelación amaneció
en las laderas de mi cuerpo.

Nunca arranques flores de luz
si no habitas la calidez de tus huesos
como quien acaricia un cántico sin prisa.

Solo recuerda, antes de escribir tu nombre sobre la arena
vas a ofrendarte, dócilmente, cada pregunta
como si fuese el preludio de un éxtasis.

Y cuidarás tu corazón
con el amor con el que ves nacer un pájaro
en la libertad de la madrugada.

Solo así, te llamarás
hija del sol
mar de piedras
canto de la luna.



||

No arranques flores de luz
sin antes preguntarte
dónde se añeja el tiempo
el origen y la frecuencia de tus latidos.

¿Transmutarás el veneno
y su capacidad de destrucción
con la entereza de tu calma?

¿Te permitirás escuchar tu voz
y abrazar su propio rastro?

III

Hay que saber transformar apenas todo
para que florezcan todas las semillas.

Hay que saber abrazar del propio ser apenas todo
así *nadie nada nunca* lo haya leído en la palma de tu
mano
en el maíz o en tu sonrisa.

IV

Mirar hacia atrás labra tus sentidos
para comprender el idioma de los frutos
e iluminar tu nombre.

¿Dónde aprendiste a curarte las heridas
dibujar paisajes y mirarte al espejo sin dolor?
Entenderlo solo lo añeja el caudal del tiempo.

V

Es real ampliar los conceptos
hacia el pulso de la dignidad.

Es real traducir la migración de las aves
y comprender el flujo de la vida en cada amanecer.

Es real alimentar una mirada que revela el amor
como una constante en todos los cuerpos
en todos los desiertos y en todos los mares.

Renacer también significa clamar a la sabiduría del
viento
y observarnos en la templanza del fuego.

VI

Hace un año me cubrí la mirada
frente a la luz oblicua del espejo y dije:
No voy a proteger mi corazón
solo por esta noche
y volaré frente al sol
como un águila
que bebe su sonido con mucha paciencia
y más allá del saber.

VII

Hubo un río al que le di mi nombre,
hubo una voz en la que supe reconocirme.

Como el agua que horada la piedra
labró mi avidez
socavó mi sed sin advertirlo
cuando la desmesura del cielo nos acogió
a 2850 msnm con el viento a 15 km/h.

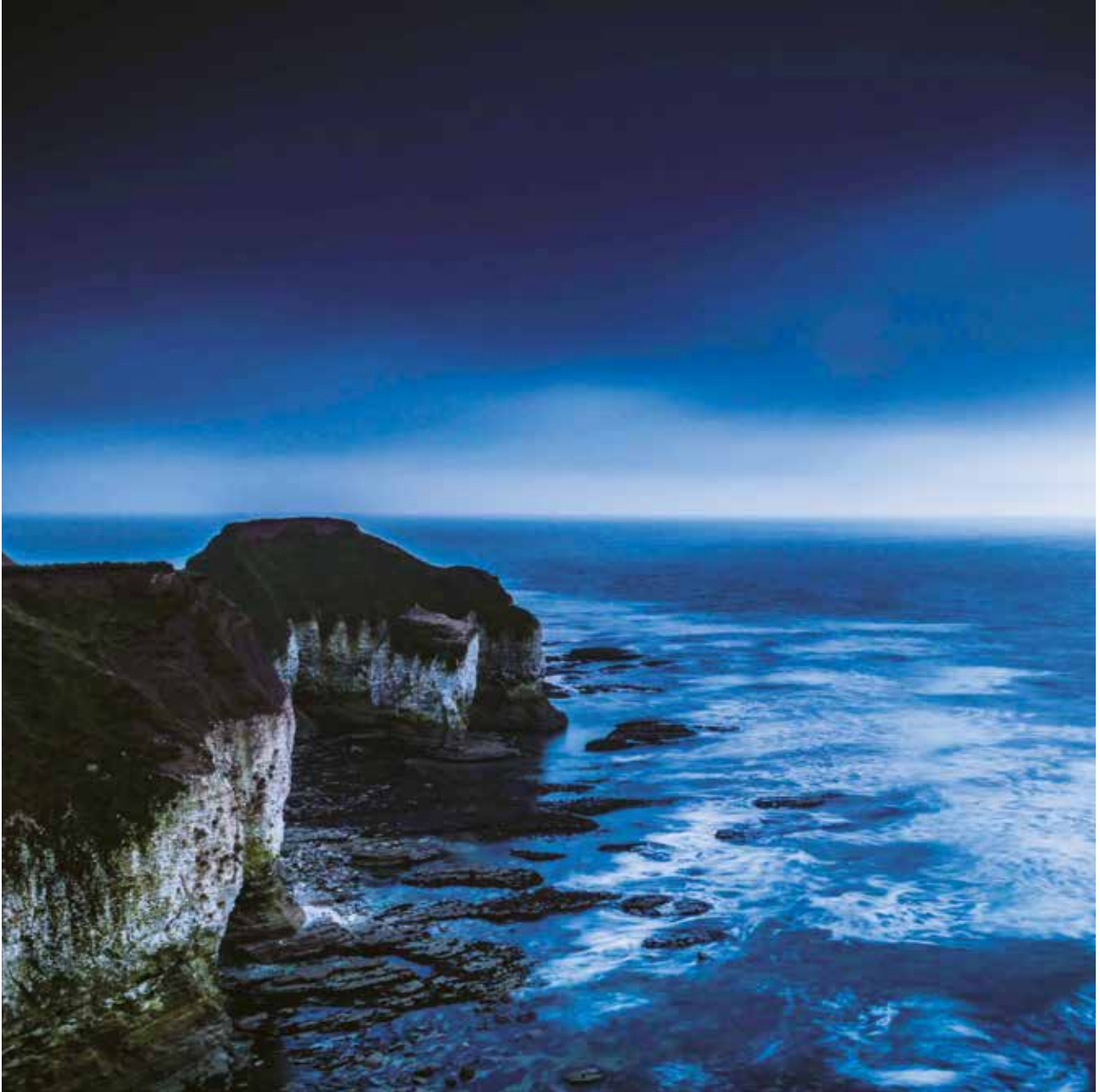
VIII

Lu, descienes de los lobos.
Sembraste mis huesos
y miraste el refugio de las aves
que anidaron mi casa
con su plumaje hondo, cálido y negro.

¿Recuerdas aquel sueño?
Lo obsceno era esquivar nuestras miradas.
¿Escuchas mi voz?
No quise hallar la salida en tu cuerpo-lobo-de-páramo.

Entonces, pude entenderlo:
no existió nada antes del eclipse que abrió tus ojos
aquellos ojos que arrullé entre mis brazos
cuando ante ti se desnudaron los cantos de Afrodita
a manos llenas.

Nada pudo contradecir el tiempo que compartimos
excepto el sol.



IX

El guerrero que mejor ha iluminado el bosque
que hace meses sembraron en mi pecho
dio luces a los hijos de la noche
y multiplicándose en las palabras esparcidas sobre nuestros ojos, dijo:
enséñame a amar, repetía él a media luz, *enséñame...*

X

Hablemos en el lenguaje del mar
me dijo
hagamos del tiempo una profecía del vacío
vamos desnudándolo fisura a fisura
no es imposible.

Voy a abrigar las ciudades del sol en tu pecho
me dijo
cavemos a fondo el sinsentido.

Y, sin embargo,
tuve una voz atorada en mi garganta
el peso de los días en mis párpados
y palabras errantes ardiendo en mi plexo.

¿Qué significó volar en una caricia y con sumo cuidado
a las llanuras más lejanas del cuerpo celeste
que abrazó a destiempo nuestros nombres?

XI

Siendo hijos de la madrugada
vimos
la calidez zigzagueante
de una pareja siguiendo
el rastro de una habitación enorme
directamente proporcional
a la soledad de las esquinas
en plena luz del día.

Vimos
cómo la razón quiso consumir el lenguaje de los sentimientos
vimos
lo irrefutable palpitando en la forma en que adoran los ciegos
vimos
lo hiperbólico de amar únicamente-con-las-manos
para acallar el desamparo.

Entonces, dije:
Calma
La noche no ha venido a profanarnos
Calma
El infierno no existe
Calma
La procesión de ángeles en tu pecho se abraza a mi dios
Calma
La línea entre la mentira y la barbarie no es nuestra
Calma
La noche será un torrente de sal con salida hacia la superficie
de nuestros sueños más hondos
Calma
El dolor nunca incendió ciudades disléxicas en tu vientre
Calma
Nunca se ha escrito un naufragio pronunciando tu nombre
Calma

XII

Aquella vez, a la medianoche, escuchamos:

La tierra futura responde
al amor de las raíces
que acogen tu lenguaje más puro.

Aquella verdad era un vestigio de las cordilleras que me vieron nacer.
Aquella verdad no pudo mentir mi sangre trenzada al fuego.



Amanda Pazmiño Torres

Quito-Ecuador, 1993

Escritora y docente de literatura e inglés. Realizó su maestría en Estudios de la Cultura (UASB, Quito). Primer premio del Festival de Poesía Ileana Espinel 2019. Directora del taller de escritura poética 'Camino hacia el equilibrio: palabras que sanan'. Sus poemas integran varias antologías, entre ellas: *Metáforas de un cuerpo* (Dadaif, 2014), *Cigar City Poetry Journal* (2018) y *Alma adentro* (El Conejo, 2018). Sus publicaciones digitales constan en: *Círculo de poesía* (México), *Escrituras Indie* (Argentina), diario *El Ciudadano* (Chile), *La ubre amarga* (Bolivia) y *La raíz invertida* (Colombia). Ha participado en varios encuentros literarios nacionales e internacionales. Su plaqueta *Recorrido de abismo* (2017) fue publicada por Editorial Despertar (Loja-Ecuador). Su nuevo poemario se titula *Les hablaré de ti a todos los mares que fragüen un hogar en mis ojos*.

El comodín

■ Kjell Askildsen



Un sábado por la noche, hacia finales de noviembre, me hallaba solo en casa con Lucy. Yo estaba sentado en el sillón junto a la ventana, ella junto a la mesa del comedor haciendo un solitario, últimamente no paraba de hacer solitarios, yo no sabía por qué, pensaba que quizá tenía miedo de algo. Hace mucho calor, dijo Lucy, podrías abrir un poco la ventana. Estaba de acuerdo en que hacía algo de calor, y como afuera no hacía demasiado frío, abrí la ventana. Daba al jardín de atrás y a un bosquecillo, y me quedé de

pie un rato escuchando el suave rumor de la lluvia. Tal vez fuera esa la razón, la suave lluvia y el silencio, lo cierto es que ocurrió lo que ocurre de vez en cuando: se te viene encima un gran vacío, es como si la misma falta de sentido de la existencia se te metiera adentro y se extendiera como un inmenso y desnudo paisaje.

Ya puedes volver a cerrar, dijo Lucy, aunque yo seguía mirando por la ventana. Voy a dar una vuelta, dije. ¿Ahora?, preguntó ella. Cerré la ventana. Solo un paseíto, contesté. Ella seguía con su solitario, sin levantar la cabeza. En la entrada, me puse el impermeable y el gorro de lluvia que solo uso para trabajar en el jardín cuando hace mal tiempo. Tal vez por eso fui al jardín en lugar de salir a la carretera. Llegué hasta el final, donde cultivábamos la col y había un pequeño banco sin respaldo que databa de antes de que Lucy heredara la casa. Me senté bajo la lluvia en la oscuridad y miré hacia las ventanas iluminadas, pero como el jardín formaba una suave pendiente hacia abajo, no podía ver a Lucy, solo el techo y la parte superior de las paredes.

Al cabo de un rato hacía demasiado frío para permanecer sentado; me levanté con la intención de trepar por la valla y cruzar el bosquecillo hasta la carretera, junto a la oficina de correos. Pero al llegar a la valla, me volví y vi la sombra de Lucy en la pared de dentro y un trozo de techo, y no entendía cómo podía ser, no entendía cuál podía ser la fuente de luz que hacía que la sombra cayera justo ahí. Trepé por la valla por el lugar donde podía agarrarme a la rama inferior de un gran roble; desde allí

podía ver a Lucy sentada junto a la mesa. Delante de ella ardía una vela, y en una mano llevaba algo que también ardía, pero me resultaba imposible ver de qué se trataba. Luego la llama desapareció, y Lucy se levantó; en ese instante fue como si toda la habitación quedara en penumbra. Un momento después, Lucy había desaparecido de mi campo visual. Esperé un rato, pero no volvió. Bajé de un salto hacia la parte exterior de la valla y me adentré en el bosquecillo. Me preguntaba qué había quemado, y de alguna manera me sentía engañado, por no decir encandilado, sé que fue justo eso lo que sentía, porque la idea me dejó algo perplejo, incluso me pregunté de dónde procedía el verbo «encandilar». Seguí andando por el sendero hasta llegar al aparcamiento de grava que había detrás de la oficina de correos; allí me paré a sopesar los pros y los contras, luego volví por el mismo camino, no era muy largo, solo unos doscientos metros, y enseguida me encontraba otra vez junto a la valla.

Permanecí un buen rato en la entrada, y cuando llegué al cuarto de estar, Lucy estaba haciendo un solitario. Levantó la vista de las cartas y me dirigió una sonrisa. No había ninguna vela en la mesa, ni restos de papel quemado en el cenicero. ¿Y bien?, preguntó. Llueve, contesté. Me senté junto a la ventana. Miré hacia el jardín, pero solo me encontré con el reflejo de la habitación y el de Lucy. Al cabo de un rato, sin levantar la vista de las cartas y con una voz completamente cotidiana, dijo: No tengo más que pellizcarme el brazo para saber que existo. Incluso tratándose de Lucy era una afirmación muy

contundente, y si la interpreté como una acusación, lo atribuyo a esa sensación de haber sido engañado, una sensación que no se había esfumado al volver a casa y encontrar borradas todas las huellas de las que había visto desde la valla.

Estuve a punto de darle una respuesta irónica, pero me controlé. No dije nada, ni siquiera me volví hacia ella, sino que continué observando su reflejo en el cristal de la ventana. Se puso

Tal vez fuera esa la razón, la suave lluvia y el silencio, lo cierto es que ocurrió lo que ocurre de vez en cuando: se te viene encima un gran vacío, es como si la misma falta de sentido de la existencia se te metiera adentro y se extendiera como un inmenso y desnudo paisaje.

a recoger las cartas, todavía sin levantar la vista. Me sentí como si tuviera la cara rígida. Lucy guardó la baraja en el estuche y se levantó lentamente. Me miró. Fui incapaz de volverme, estaba completamente recluso en la sensación de haber sido agraviado. Dijo: Pobre Joachim. Y se fue. La oí abrir el grifo de la cocina, luego se oyó la puerta del dormitorio, y finalmente se hizo el silencio. No sé cuánto tiempo permanecí sentado, desmenuzando con amargura sus últimas

palabras, tal vez varios minutos, pero por fin mis pensamientos tomaron otro rumbo. Me levanté y me acerqué a la chimenea. Estaba tan limpia de cenizas como antes. Quería ir a la cocina y mirar en el cubo de la basura, pero dudé ante la posibilidad de que Lucy me sorprendiera. ¿Y qué?, me dije, no sabe que la he visto. Abrí la puerta de abajo del fregadero, y sobre la basura podía verse la esquina de una carta quemada. La cogí y empecé a darle vueltas, perplejo y confuso. Las preguntas se enmarañaban en mi interior. ¿Había ido a buscar una vela con el fin de quemar una carta? ¿Una de esas cartas con las que hacía solitarios? ¿Por qué una vela? ¿Qué carta? A la última pregunta tal vez pudiera darle una respuesta: dejé caer la carta quemada en el cubo de la basura y volví al cuarto de estar. La baraja seguía sobre la mesa, saqué las cartas y las conté, cincuenta y tres. Solo había un comodín. Lucy había quemado un comodín. Miré el que quedaba: un bufón guiñando un ojo al sacarse un as de corazones de la manga. Me metí la carta en el bolsillo con una confusa sensación de venganza, luego volví a meter la baraja en el estuche.

Cuando una hora más tarde fui a acostarme, Lucy ya estaba dormida. Permanecí mucho tiempo despierto, y a la mañana siguiente me acordaba de todo. Llovía. Intenté imaginarme que era una mañana de domingo cualquiera, pero no lo conseguí. Desayunamos en silencio, es decir, Lucy mencionó un par de asuntos triviales, pero yo no contesté. Luego añadió: No hace falta que estés tan callado por mí. En ese instante todo se me volvió

negro por dentro. Tenía el cuchillo en la mano y golpeé el mango con tanta fuerza contra el plato, que estalló. Luego me levanté y salí de la habitación gritando: ¡Pobre Joachim, pobre Joachim!

Unas horas más tarde, volví a casa. Había pensado decirle que lamentaba no haber sido capaz de controlarme. La casa estaba a oscuras. Encendí las luces. En la mesa de la cocina había una nota en la que ponía: «Sí. Te llamaré mañana u otro día. Lucy».

Así salió de mi vida. Después de ocho años. Al principio me negué a creerlo, estaba seguro de que al cabo de un tiempo se daría cuenta de que me necesitaba tanto como yo a ella. Pero no se dio cuenta, ahora lo sé, he de aceptarlo, no era lo que yo creía que era.

(Tomado de: <https://ciudadseva.com/texto/el-comodin/>)



Kjell Askildsen

Mandal, Noruega. 1929

Escritor noruego conocido por su maestría en el arte del relato corto, considerado uno de los autores contemporáneos más importantes de su país. Askildsen es un escritor reconocido mundialmente y traducido a cerca de veinte idiomas. Comenzó su andadura literaria en 1953 con *Desde ahora te acompañaré a casa*, que fue aclamado por la crítica y al mismo tiempo prohibido por «inmoral» en la biblioteca pública de su ciudad natal. Desde entonces ha ganado premios como el Nacional de la Crítica Noruega y recibido el reconocimiento de la prensa y el público.

De entre su obra cabría destacar *Un vasto y desierto paisaje*, Premio de la Crítica en Noruega (1991); *Últimas notas de Thomas F. para la humanidad* (Premio de la Crítica en Noruega, 1983) y *Un repentino pensamiento liberador* (Premio Riksmål, 1987), *Los perros de Tesalónica* (1996); *Todo como antes* (2005).

Eufemia

■ Enrique Serna

a la memoria de José Luis Mendoza

A turdida, sedienta y con un nido de lagañas en los párpados, Eufemia instala su escritorio público en los portales de la plaza. El reloj de la parroquia marca las once. Ha perdido a sus mejores clientes, las amas de casa que se forman al amanecer en la cola de la leche. Merecido se lo tiene, por dormilona y por borracha. Parsimoniosamente, sintiendo que le pesa el esqueleto, coloca una tabla sobre los huacales, la cubre con un mantel percutido y de una bolsa de yute saca su instrumento de trabajo: una Remington del tamaño de un acumulador, vieja, maltrecha y con el abecedario borrado.

Un sol inmisericorde calienta el aire. Hace un año que no llueve y la tierra de las calles ha empezado a cuartearse. Pasan perros famélicos, mulas cargadas de leña, campesinas que llevan a sus hijos en el rebozo. Eufemia respira con dificultad. La boca le sabe a cobre. Después de colocar junto a la Remington una cartulina con el precio de la cuartilla —prefiere señalar el letrero que hablar con la gente, nunca le ha gustado hablar con la gente— se derrumba sobre la silla exhalando un suspiro. Es hora del desayuno. Echa un vistazo a izquierda y derecha para cerciorarse de que nadie la ve, saca de su jorongo una botella de tequila y le da un trago largo, desesperadamente largo. Nada como el tequila para devolverle agilidad a los dedos. Reconfortada, se limpia las lagañas con el dedo meñique y ve a los holgazanes que dormitan o leen el periódico en las bancas de la plaza. Dichosos ellos que podían descansar. Llevaba una semana en Alpuyecá y pronto tendría que irse. Ya les conocía las caras a todos los del pueblo. Algunos trataban de entrar en confianza con ella y eso no podía permitirlo. Siempre le pasaba lo mismo cuando permanecía demasiado tiempo en algún lugar. La gente quedaba muy agradecida con sus cartas. Contra más ignorantes más agradecidos eran: hasta la invitaban a comer barbacoa, como si la conocieran de siempre. No alcanzaban a entender que si ella iba de pueblo en pueblo como una yegua errabunda, si nunca pasaba dos veces por el mismo sitio, era precisamente para no ablandarse, para que no le destemplaran el odio con afectos mentirosos y atenciones huecas.

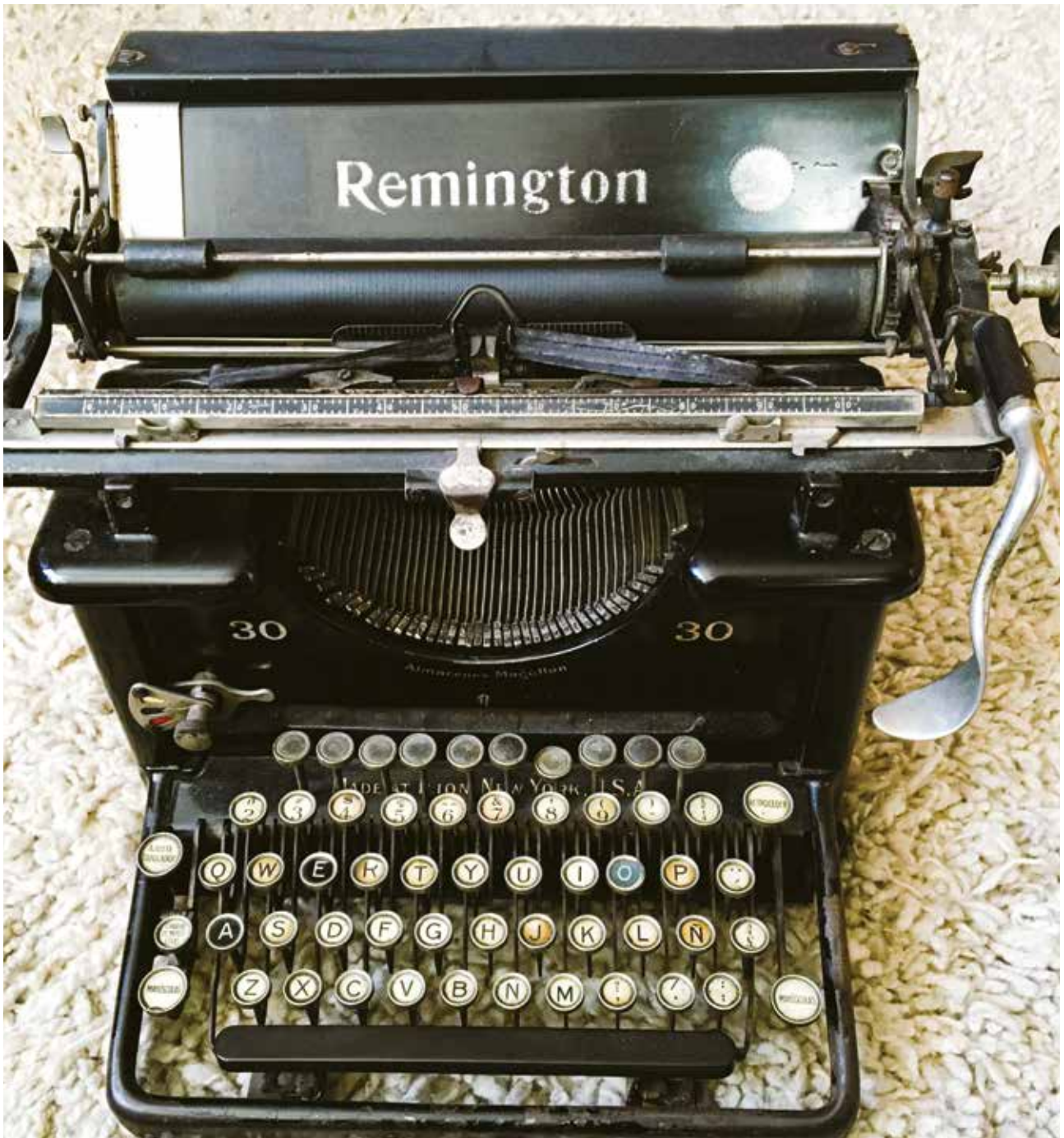
Una muchacha que viene del mercado se detiene frente al escritorio y le pregunta el precio de las cartas.

—¿Qué, no sabes leer? —la cliente niega con la cabeza—. Ahí dice que la hoja es a quinientos pesos.

La muchacha estudia la cartulina como si se tratara de un jeroglífico, busca en su delantal y saca una moneda plateada que pone sobre la mesa. Eufemia, con su voz autoritaria, le inspira terror.

—¿A quién va dirigida?

El rostro de la muchacha se tiñe de púrpura. Sonríe con timidez, dejando ver unos dientes preciosos. Es bonita, y a pesar de su juven-



tud ya tiene los pechos de una señora.

—¿Es para tu novio?

Retorciéndose de vergüenza, la muchacha deja entender que sí.

—¿Cómo se llama?

—Lorenzo Hinojosa, pero yo le digo Lencho.

—Entonces vamos a ponerle «Querido Lencho» —dictamina Eufemia, examinando

el rostro de la muchacha para medir por el brillo de sus ojos la fuerza de su amor. Sí, lo quería, estaba enamorada la pobre idiota.

—Querido Lencho, ¿qué más? Apúrate que no me puedo estar toda la mañana contigo.

—Espero en Dios te encuentres bien en compañía de toda tu familia.

Los dedos de Eufemia corren por el teclado a toda velocidad. La muchacha la mira embobada.

—Es-pe-ro en Dios te encuentres bien en com-pa-ñía de toda tu fa-mi-lia. ¿Qué más?

—Te extraño mucho y a veces lloro porque no estás aquí...

No alcanzaban
a entender que
si ella iba de
pueblo en pueblo
como una yegua
errabunda, si
nunca pasaba
dos veces por el
mismo sitio, era
precisamente
para no
ablandarse,
para que no le
destemplaran el
odio con afectos
mentirosos y
atenciones
huecas.

SUPÉRATE Y ALCANZARÁS TUS METAS, decía el globito de la muñeca rubia que tomaba el dictado a su atlético jefe: la escuela comercial modelo te prepara para triunfar. El trolebús venía repleto de pasajeros, pero Eufemia, instalada en su oficina de lujo, no sintió las molestias del viaje ni se mareó con la mezcla de sudores y perfumes hasta que un brusco frenazo la desencantó cuando ya era tarde para bajar en su parada. La distracción le costó una caminata de siete cuadras, pero se apeó convencida de que tenía madera de secretaria. La güerita con cara de princesa le había picado el orgullo.

Quiero ser ella y estar ahí, pensó aquella noche y varias noches más, angustiada por no tener una personalidad a la altura de sus ilusiones. Con sus ahorros podía pagar las colegiaturas de la escuela, pero temía que si no caminaba, si no se vestía y si no pensaba de otro modo, en fin, si no cambiaba de piel, jamás la dejarían trabajar en oficinas como la del anuncio, aunque tuviera el título de secretaria. El temor disminuyó cuando su patrona, doña Matilde, le ofreció pagar la inscripción de la carrera y prestarle una Remington para los ejercicios de mecanografía. Con ese apoyo se sintió más segura, más hija de familia que sirvienta, y entró a la Escuela Comercial Modelo con la firme determinación de triunfar o morir.

Tenía dieciocho años, un cuerpo que empezaba a florecer y una timidez a prueba de galanes. Como pensaba que los hombres no eran para ella ni ella para los hombres, volcó en el estudio sus mejores virtudes, las que ningún amante hubiera

sabido apreciar: responsabilidad, espíritu de servicio, abnegación rabiosa. Terminaba el quehacer a las cuatro de la tarde, volvía de la escuela a las ocho para servir la cena, y desde las nueve hasta pasada la medianoche no se despegaba de la Remington: asdfgñlkjh, asdfgñlkjh, asdfgñlkjh... Hacía tres o cuatro veces el mismo ejercicio, procurando mantener derecha la espalda como le había enseñado la maestra, y cuando cometía un error le daba tanta rabia, tanto miedo de ser una fracasada, que se clavaba un alfiler en el dedo negligente. Dormida y despierta pensaba en las teclas de la máquina, en los signos de taquigrafía, en los versos de Gibran Jalil Gibran que pegaría en su futuro escritorio, y se imaginaba un paraíso lleno de archiveros impecablemente ordenados en el que reinaba como un hada buena y servicial, recibiendo calurosas felicitaciones de un jefe idéntico al galán que protagonizaba la novela de las nueve y media. En el primer año de la carrera —que terminó con las mejores calificaciones de su grupo— sólo dejó de presentar una tarea, y no por su culpa: por culpa de la Remington. De la Remington y del infeliz que tardó tres días en ir a componerla. Se llamaba Jesús Lazcano. Llevaba una credencial con su nombre prendida en el saco, detalle que a Eufemia le causó buena impresión, como todo lo relacionado con el universo de las oficinas, pero le bastó cruzar dos palabras con él para descubrir que de profesional sólo tenía la facha. Ni siquiera pidió disculpas por la demora. Subió la escalera de servicio en cámara lenta, haciendo cuatro paradas

para cambiarse de brazo la caja de las herramientas. Su lentitud era tanto más desesperante como que denotaba disgusto de trabajar. Cuando por fin llegó a la azotea, donde Eufemia llevaba un rato esperándolo, sonrió con cínica desenvoltura y le pidió que «por favorcito» (el diminutivo en su boca sonaba grosero) lo colgara en una percha para que no se arrugara. Obedeció con una mezcla de indignación y perplejidad. ¿Qué se creía el imbécil? Era un mugroso técnico y se comportaba como un ejecutivo. Si no hubiera necesitado que arreglara la Remington cuanto antes, le habría gritado payaso y huevón. Mientras le mostraba el desperfecto —la cinta no regresaba— notó que Lazcano, en vez de fijar su atención en la máquina, la veía directamente a los ojos. Por la desfachatez de su mirada dedujo que se creía irresistible. ¿A cuántas habría seducido con esa caída de ojos? De seguro a muchas, porque guapo era, eso no lo podía negar. Pero ni su barba con hoyuelo, ni sus ojos color miel, ni la comba del copete que le caía sobre la frente le daban derecho a ser tan presumido. Cuando Lazcano empezó a trabajar se sintió aliviada. Podía ser un resbaloso pero dominaba su oficio. Aterrada con la idea de que la Remington estuviera gravemente dañada y tuvieran que hospitalizarla en el taller, se acercó tanto para vigilar la compostura que su muslo rozó el velludo brazo del técnico.

—No se me acerque tanto, chula, que me pongo nervioso.

Ella fue la que se puso nerviosa. Más aún: sintió una quemadura en el vientre. Se apartó de un salto y trató de calmarse

contando hasta cien, pero Lazcano creyó que se había roto el hielo, y mientras terminaba de aceitar la Remington la sometió a un interrogatorio galante. A todas sus preguntas (edad, lugar de origen, proyectos para el futuro) Eufemia respondió con árida economía verbal. Espoleado por su hostilidad, Lazcano quiso averiguar si tenía novio.

—Y a usted qué le importa.

—Nomás por curiosidad.

—No tengo ni quiero tenerlo.

Cuando Lazcano acabó con la máquina se acercó peligrosamente al rincón del cuarto donde Eufemia se había refugiado para ocultar su rubor. Le parecía increíble que una muchacha tan bonita no tuviera novio. ¿Pues qué no salía nunca? Eufemia le entregó la percha con el saco, instándolo a que saliera de inmediato, pero Lazcano la tomó del brazo y le susurró al oído una invitación a salir el domingo siguiente, audacia que le costó una bofetada.

—Lárguese ya o lo acuso con la señora.

—Está bien, mi reina —Lazcano se acarició la mejilla—, pero de todos modos voy a venir a buscarte, por si te animas.

Eufemia dedicaba los domingos a la lectura de un libro que le habían recomendado en la escuela: *Cómo desarrollar una personalidad triunfadora*, de la psicóloga Bambi Rivera. Subrayaba los fragmentos que pudieran ayudarle a vencer su timidez, a no ser tan huraña y esquivada con los demás, prometiéndose llevarlos a la práctica en cuanto saliera de su ambiente, que si bien le permitía «enfrentar los retos de la vida como si cada obstáculo fuera un estímulo», no se prestaba

demasiado para «sobresalir en el mejor de los aspectos, el aspecto humano, estableciendo vínculos interpersonales que coadyuven a tu realización». Estaba memorizando ese pasaje cuando escuchó un silbido largo y sentimental, muy distinto al entrecortado trino de Abundio, el carnicero que salía con la sirvienta de al lado. Sintiendo un vacío en la boca del estómago, se asomó a la calle para confirmar lo que sospechaba: Lazcano había cumplido su amenaza. Recargado en un poste de luz, inspeccionaba la azotea con los brazos cruzados. Parecía tener absoluta confianza en sus dotes de jilguero. ¿Esperaba que fuera corriendo tras él, como un perro al llamado de su amo? Pues ya podía esperar con calma... Se ocultó detrás de un tinaco para espiarlo a gusto. No iba de traje, pero llevaba una chamarra de mezclilla deslavada que le sentaba muy bien. Por lo visto tenía dos disfraces: el de ejecutivo y el de júnior. ¿Qué ganas de ser lo que no era! Lo detestaba por impostor, por engreído, por vanidoso, y aunque no tenía intenciones de salir, ni siquiera para decirle que dejara de molestar, se quedó varada en su puesto de observación. La serenata duró más de diez minutos. Cuando Lazcano, dándose por vencido, se alejó con la boca seca de tanto silbar en balde, Eufemia sintió compasión por él. ¿Cómo no agradecerle que hubiera insistido tanto?

Doña Matilde la felicitaba por sus calificaciones, decía enfrente de las visitas que ojalá sus hijos hubieran salido tan estudiosos, pero a solas le reprochaba que por culpa de la escuela ya no trabajara como antes. Ronda-

ba por la cocina inspeccionando todos los rincones y cuando el polvo de la alacena ennegrecía su delicado índice, improvisaba un sermón sobre la generosidad mal correspondida: ya estaba cansada de ver tanta porquería. Si le había permitido estudiar y hasta pagaba las composturas de la máquina era porque tenía confianza en ella, pero a cambio de esos privilegios exigía un poco de responsabilidad. Que preguntara cómo trataban a las sirvientas en otras casas. Ella no le pedía mucho: simplemente que hiciera las cosas bien. Para complacerla sin descuidar sus estudios, Eufemia trabajaba 16 horas diarias. Cada ejercicio de mecanografía era una prueba de resistencia. Ya no luchaba con sus dedos, disciplinados a fuerza de alfilerazos, sino con sus párpados faltos de sueño. El pupitre de la escuela reemplazó a su almohada. Oía las clases en duermevela, soñando que aprendía. Viéndola desmejorada y ojerosa, doña Matilde le regaló un frasco de vitaminas: «Toma una después de cada comida y si te sientes cansada no vayas a la escuela. Tampoco se va a acabar el mundo porque faltes un día». Tiró el consejo y las vitaminas al basurero. Estaba segura de que su patrona trataba de alejarla de los estudios para tenerla de criada toda la vida. Mentira que se alegrara de sus dieces. En sus felicitaciones había un dejo de burla, un velado menosprecio fundado en la creencia de que una criada, por más que se queme las pestañas, nunca deja de ser una criada. Ese desdén le dolía más que mil regañones, pues coincidía con sus propios temores. No tenía carácter de secretaria. Si quería decepcio-

nar a doña Matilde —saboreaba en sueños la triunfal escena de su renuncia, ya titulada y con empleo en puerta— primero tenía que modificar sus hábitos mentales, como recomendaba la doctora Rivera.

En Tuxtepec, el pueblo donde se crió, Eufemia tenía muchísimas amigas, pero en México sólo se juntaba con su prima Rocío, que había emprendido con ella el viaje a la capital y ahora trabajaba en una casa de Polanco. Alocada y coqueta, Rocío estrenaba novio y vestido cada fin de semana, fumaba como condenada a muerte, se teñía el pelo de rubio y martirizaba a Eufemia diciéndole que si quería chamba de secretaria, mejor se conquistara un viejo con harta lana y dejara de sufrir. Como parte de su estrategia para formarse un carácter secretarial, Eufemia le retiró la palabra. No le convenían esas amistades. Cambió de perfume, de peinado y de léxico. Ya no decía «fuiste» y «vinistes», ya no decía «este Pedro» y «este Juan», ya no decía «su radio de doña Matilde», pero nadie apreciaba sus progresos lingüísticos, porque al perder contacto con Rocío se quedó sola en la perfección: era una joya sin vitrina, un maniquí sin aparador. A falta de un oído amistoso, descargaba sus tensiones en la Remington. Le habían advertido repetidas veces que no diera teclazos bruscos, pero una vez encarrerada en la escritura perdía el control de sus manos y aplastaba las letras con saña trituradora. Un domingo, cuando llevaba semanas de vivir en completo aislamiento, descubrió que después de hacer la tarea le sobraban ganas de seguir tecleando. Escribió lo primero que se le vino

a la cabeza: palabras mezcladas con garabatos gráficos, versos de canciones, groserías, números kilométricos. Llenó media cuartilla con un aguacero de signos indescifrables, machacando el alfabeto irresponsablemente, y sin proponérselo empezó a hilar frases malignas, *Eufemia pobre piltrafa estudia muérete perra*, frases que se volvían en su contra como si la Remington, para vengarse de la paliza, le arrancara una severa confesión de impotencia: *sigue trabajando sigue preparándote para la tumba miserable idiota sángrate los dedos en tu cuartito de azotea pinche gata sin personalidad triunfadora nadie te quiere inútil puta virgen toma lo que te mereces pendeja toma...* Golpeó cinco letras a la vez para que la máquina se tragara sus palabras, pero el torrente de insultos continuaba saliendo, el papel seguía llenándose de liendres purulentas y tuvo que silenciar a la Remington a puñetazos, hacerle vomitar tuercas, tornillos, resortes, descoyuntarla para que supiera quién mandaba en la escritura.

A la mañana siguiente habló al taller de reparaciones. El remordimiento de haber destrozado una máquina que no era suya se recrudesció cuando escuchó la voz de Jesús Lazcano. ¿Había hecho la rabieta sólo para verlo de nuevo? Con una petulancia nacida del despecho, Lazcano se hizo de rogar antes de prometerle que haría el trabajito dentro de una semana, y eso por tratarse de ella, pues ya no arreglaba sino máquinas eléctricas. Colgó furiosa. En el comentario sobre las máquinas eléctricas había captado un doble sentido. ¿Lo dijo para insinuarle que andaba con mujeres de más categoría?



Por si las dudas, el día que vino a componer la máquina lo recibió con su mejor vestido. La señora había salido con sus hijos a una primera comunión y el silencio de la casa dio valor a Lazcano para lanzarse a fondo apenas cruzó el umbral: Eufemia estaba cada día más linda, lástima que no le hiciera caso. ¿Por qué no se descomponía ella en lugar de la máquina, para darle una revisadita?

Venía borracho y con la corbata ladeada. Sus piropos eran atrevidos, pero los decía sin afectación, como si el trago le hubiera devuelto la humildad. Cuando vio la Remington soltó una risa burlesca. Él arreglaba máquinas pero no hacía milagros. Pobre maquinista, cómo la maltrataba su dueña. Y así era de cruel con todos los que la querían, eso le constaba.

Eufemia le pidió que por favor se dejara de vaciladas.

—No estoy vacilando, chula. Esta cosa ya no sirve. Si quieres

le cambio todas las piezas rotas, pero te costaría un dineral. Yo que tú mejor compraba una nueva.

Eufemia se puso pálida. Era su vida la que ya no tenía compostura. Cayó sobre la cama y se tapó el rostro con la almohada, para no llorar delante de un hombre. Lazcano la tomó de los hombros con suavidad, tratando de hacerla voltear.

—Suélteme, por favor. ¡Suélteme!

—No te pongas así. ¿Te hice algo malo? ¿Es por lo de la máquina?

Dijo que sí con un suspiro. Sacó un pañuelo de su delantal, y mientras intentaba poner un dique a sus lágrimas explicó a Lazcano, entre sollozos y golpes de pecho, que la máquina era de su patrona y ella la necesitaba para terminar la carrera de secretaria, pero se había desgraciado la vida ella sola por culpa de un berrinche. Todo el sueldo se le iba en colegiaturas. No podía ni comprarse ropa, ya no digamos

una máquina nueva. Mejor que la expulsaran de una vez, mejor que doña Matilde la corriera...

—Cálmate y nos entendemos —Lazcano le acarició la mejilla—. Con lo de la máquina yo te puedo ayudar, por eso no te preocupes.

—No estoy pidiéndole ayuda —lo miró con dignidad—. Ya sé cómo se cobran ustedes los hombres.

—Cállate, babosa —Lazcano estaba empezando a impacientarse—. Uno te quiere dar la mano y todavía rezongas.

—De usted no quiero nada, ya se lo dije. ¡Y ahora quítese o pido auxilio!

Antes de que lanzara el grito, Lazcano la besó por sorpresa, tomándola de la barbilla para impedirle retirar la boca. Eufemia tardó más de lo debido en abofetearlo.

—Con ésta ya van dos. Dame la tercera de una vez, al fin que ya me gustó el jueguito.

Lazcano volvió a la carga. Con sospechosa lentitud de reflejos, Eufemia reaccionó cuando el beso ya era un delito consumado y tenía pegada en el paladar una lengua que giraba como aspa caliente, dejándola sin respiración. Hubo un breve forcejeo en el que Lazcano resistió mordiscos y arañazos. Eufemia se debilitaba poco a poco, cedía sin corresponder, aletargada por el turbio aliento de Lazcano. Aún tenía fuerza para resistir, pero su cuerpo la traicionaba, se gobernaba solo como la pérfida Remington. Cerró los ojos y pensó en sí misma, en su juventud de momia laboriosa. Vio a Lazcano silbando aguerridamente con su chamarra de júnior y la visión le despertó un apetito quemante, unas ganas horribles de quedarse quieta. Inmóvil y con un gesto de ausencia se dejó subir el vestido y acariciar los senos. Podía consentirlo todo, menos el oprobio de colaborar con su agresor. En sus labios duros y hostiles morían los besos de Lazcano, que teniéndola vencida seguía exigiendo la rendición sentimental, mientras luchaba con menos arte que fuerza por demoler el apretado nudo de su entrepierna. El obsceno rechinar de la cama silenció el hondo lamento con que Eufemia se despidió de su virginidad. Gozó culpablemente, pensando en la compostura de la máquina para fingir que se prostituía por necesidad, pero los embates de Lazcano y sus propios jadeos, la efervescencia que le subía por la cintura y el supremo deleite de sentirse ruin la dejaron sin pretextos y sin justificaciones, indefensamente laxa en la victoria del placer.

La Remington y Eufemia quedaron como nuevas. Lazcano

compuso gratuitamente a las dos, obteniendo a cambio una compañera para los domingos. De un solo golpe consiguió lo que Bambi Rivera no había logrado con toda su ciencia: curó a Eufemia de su timidez y de su inclinación a menospreciarse. Doña Matilde notó con sorpresa que ahora canturreaba mientras hacía el quehacer y le hablaba mirándola directamente a los ojos. En la escuela también mejoró: su actitud caritativa en los exámenes (ya no le parecía un fraude a la nación dejarse copiar) le quitó la imagen de machetera intratable y ensimismada que se había forjado por miedo a los demás. Empezó a frecuentar a un grupo de amigas con las que se quedaba charlando un rato a la salida, sin importarle que doña Matilde la regañara por llegar tarde a servir la cena. Sobre su futuro no abrigaba ya la menor duda. El maestro de la contabilidad, impresionado con su rapidez y su buena ortografía, prometió conseguirle trabajo cuando terminara la carrera. Sólo tenía un motivo de alarma: Jesús no se le había declarado formalmente y sus relaciones con él, felices en lo esencial, se mantuvieron en una peligrosa indefinición durante los dos primeros meses de lo que Eufemia hubiera querido llamar noviazgo. A Jesús le tenían sin cuidado las palabras. Hablaba con las manos. La tocaba en todas partes y a toda hora, con o sin público, bajo el solitario arbolito donde se despedían los domingos, después de hacer el amor en un hotel de San Cosme, o en las bancas de la Alameda, rodeados de niños, abuelas, mendigos y policías. Ocupada en quererlo, Eufemia no tenía tiempo ni ganas de pensar en sus

recelos. Hubiera sido una vileza, un crimen contra el amor, dudar de un hombre que le regalaba el alma en cada beso. De común acuerdo decidieron prolongar la felicidad de los domingos y verse también entre semana, cuando Eufemia iba por el pan. El silbido de Jesús le ponía los pezones de punta. Sonaba con tanta frecuencia en la calle que doña Matilde llegó a molestarse: «Dile a tu amiguito que si quiere verte por mí no hay problema, eres libre de elegir a tus amistades, pero que al menos tenga la decencia de tocar el timbre. ¿O a ti te gustan esas costumbres de arriero?». Lazcano era orgulloso y se ofendió cuando supo lo que doña Matilde opinaba de él. Se resignó a tocar el timbre para demostrarle que no era un arriero, pero de ningún modo aceptó hacerle conversación de vez en cuando, como Eufemia sugería: «Eso no, chula. Si le tenemos consideraciones a esa metiche, al rato la vamos a traer de pilmama».

Aunque sus prevenciones parecían justificadas, Eufemia sospechó que tenía otros motivos para evitar a doña Matilde. Jesús era demasiado antisocial. Tampoco le gustaba salir en grupo con sus compañeras del colegio. Estaban todo el tiempo solos, encerrados en una intimidad asfixiante. Hablaba mucho de sus compañeros del taller, con los que jugaba fútbol todos los sábados, pero no se los había presentado. ¿Por qué no podían ser una pareja común y corriente? Le costó una docena de insomnios resolver el misterio. Jesús la quería para pasar el rato. Si no le interesaba formalizar sus relaciones, o mejor dicho, si le interesaba no formalizarlas, era

porque pensaba dejarla pronto, cuando se cansara de acostarse con ella. Por eso rehuía la vida social en pareja: el miserable ya estaba preparando la retirada y no quería tener testigos de su traición. Contra menos gente lo conociera, mejor. Y ella, la muy ciega, la muy idiota, se había creído amada y respetada. «Cree que soy su puta y me lo merezco, por haberle dado todo desde el primer día».

El domingo siguiente adoptó una actitud glacial. En el zoológico vio entre bostezos el desfile de los elefantes, no quiso morder un algodón de azúcar al mismo tiempo que Jesús ni retratarse frente a la jaula de los osos panda. Subieron al trenecito, y cuando entraron al túnel de los enamorados apartó de su rodilla la exploradora mano de Jesús. Comió poco y mal, quejándose de que las tortas sabían a plástico, la película de narcos le provocó dolor de cabeza y esperó con malevolencia que llegaran a la puerta del hotel para negarse a entrar. Eso fue lo que más resintió Jesús. Le reprochó su mal humor de todo el día, la carota de aburrimiento, los pudores del trenecito. ¿Tenía problemas con la regla o qué? Su respuesta fue una larga y dolida enumeración de agravios. Jesús no le daba su lugar. ¿Para qué seguía mintiendo si no la quería? La trataba como piruja, peor aún, porque las pirujas tan siquiera cobraban. Ella no era su novia ni su esposa ni su prometida. ¿Entonces qué era? ¿Una amiguita para la cama? Jesús negaba todos los cargos, pero Eufemia los presentaba como verdades incontestables. Lo acusó de cobardía, de machismo, de ser un hombre sin palabra. Para creer en

su amor necesitaba una promesa de matrimonio. Tenía derecho a exigirla, pues él había sido el primer hombre de su vida. ¿O qué? ¿También pensaba negar eso?

La cara de adolescente regañado con que Jesús había oído la perorata se cambió de súbito por un gesto de resolución.

—Está bien, vamos a casarnos, pero ya cállate.

—¿De veras te quieres casar conmigo? —el tono de Eufemia se dulcificó.

—Claro que sí, tonta —Jesús la besó en el cuello, aspirando con ternura el olor de su pelo—. Te lo pensaba decir hoy, pero te vi tan enojada que se me quitaron las ganas... ¿Ahora chillas? Chale, se me hace que no me quieres. A ver, una sonrisita, una sonrisita de mi conejita... Esa tarde hicieron el amor tres veces. Eufemia estuvo cariñosa y desinhibida, pero en los intermedios de la refriega planeó hasta el último detalle de la boda. Se casarían en Tuxtepec cuando terminara la carrera. Jesús era muy voluble. Había que actuar de prisa para no darle tiempo de arrepentirse. La petición de mano era lo más urgente. Sus padres no podían aprobar el matrimonio sin conocer al novio. ¿Y los de Jesús? Casi nunca hablaba de ellos, a lo mejor estaba peleado con su familia. Bueno, él decidiría si los invitaba o no. Por lo pronto hablaría con el maestro de contabilidad para lo del trabajo. No quería ser una mantenida. Juntando los dos sueldos podrían alquilar un departamento barato y comprar a plazos el refrigerador, los muebles, la estufa... Su porvenir brillaba como la cobriza piel del hombre anudado en su cuerpo.

Dormida y
despierta pensaba
en las teclas de
la máquina, en
los signos de
taquigrafía, en los
versos de Gibran
Jalil Gibran que
pegaría en su
futuro escritorio,
y se imaginaba
un paraíso lleno
de archiveros
impecablemente
ordenados en el
que reinaba como
un hada buena y
servicial, recibiendo
calurosas
felicitaciones de
un jefe idéntico
al galán que
protagonizaba
la novela de las
nueve y media.

Tenía que desaparecer, largarse adonde nadie la conociera, negarles el gusto de verla derrotada. Metió desordenadamente su ropa en una maleta, sacó de la cómoda el monedero donde guardaba sus ahorros, hizo una fogata con todos los recuerdos de Jesús Lazcano y miró su cuarto por última vez. Olvidaba lo más importante: la Remington, su confesora y alcahueta portátil.

Se casaría de blanco y con título de secretaria: doble desgracia para la patrona.

Entre los preparativos de la boda y las maratónicas sesiones de estudios previas al fin de cursos, los tres meses que faltaban para el viaje a Tuxtepec se le pasaron volando. Su familia esperaba con impaciencia la llegada del novio, a quien había descrito, exagerando la nota, como una maravilla de honradez y solvencia económica. Mientras ella esperaba por todas partes la noticia de su matrimonio y se ocupaba de apartar al juez lo mismo que de hacer cita para los exámenes clínicos, Jesús atravesaba una crisis de catatonía. Bebía más de la cuenta («para despedirme de las parrandas», juraba) y cuando Eufemia le hablaba de los nombres que había escogido para su primer hijo (Erick o Wendy), se desconectaba de la realidad poniendo los ojos en blanco. Tuvo que llevarlo casi a rastras a comprar los anillos. Lejos de molestarle por su conducta, Eufemia la consideraba un buen síntoma. Lo malo hubiera sido que se tomara el matrimonio a la ligera, sin calibrar la importancia de su compromiso.

El día de su baile de graduación Eufemia fue por primera vez al salón de belleza. Le hicieron un aparatoso peinado de cuarentona y se pasó toda la tarde intentando contrarrestarlo con un maquillaje atrevidamente juvenil. A las ocho la señora le gritó que habían venido a buscarla. Corrió escaleras abajo, ansiosa de ver a Jesús con el smoking que había alquilado para la ceremonia, pero en su lugar encontró a un niño harapiento que le dio una carta. Era de Lazcano. Le daba

las gracias por todos los bellos momentos que había pasado en su compañía. Por querer prolongarlos, por no matar tan pronto un sentimiento noble y puro, le había hecho una promesa que un hombre como él, acostumbrado a vivir sin ataduras, jamás podría cumplir. Era un cobarde, lo reconocía, pero en el dilema de perder el amor o la libertad prefería renunciar al amor. Cuando Eufemia leyera esa carta él estaría llegando a Houston, donde le había ofrecido trabajo un tío suyo.

No debía tomarse a lo trágico el rompimiento. Los dos eran jóvenes y tenían tiempo de sobra para iniciar una nueva vida. Ella, tan guapa, no tardaría en hallar al hombre que la hiciera feliz y quizá en el futuro lo perdonara. Por ahora sólo pedía, suplicaba, imploraba que en nombre de sus horas felices no le guardara demasiado rencor.

Dio una propina al mensajero de la muerte y volvió a su cuarto con pasos de ajusticiada. Releyó la carta una y mil veces, repitiendo en voz alta las frases más hipócritas. Necesitaba oír las para convencerse de que no estaba soñando. Se miró al espejo y encontró tan grotesco su peinado de señora que se arrancó un mechón de cabello. A enfrentar ahora la conmisericordia de sus padres, el encubierto regocijo de doña Matilde, las preguntas malintencionadas de sus compañeras de escuela, que murmurarían al verla sola en el baile de graduación. Eran demasiadas humillaciones. Tenía que desaparecer, largarse adonde nadie la conociera, negarles el gusto de verla derrotada. Metió desordenadamente su ropa en una maleta, sacó de la cómoda el monedero donde

guardaba sus ahorros, hizo una fogata con todos los recuerdos de Jesús Lazcano y miró su cuarto por última vez. Olvidaba lo más importante: la Remington, su confesora y alcahueta portátil.

En la calle tomó un taxi que la llevó a la Terminal del Sur. Hubiera querido comprar un boleto para el infierno, pero a esa hora sólo salían camiones para Chilpancingo. En una tienda de abarrotes compró medio litro de tequila, y mientras esperaba la salida del autobús bebió sin parar hasta ponerse a tono con su desesperanza. En el asiento del camión, antes de partir, leyó la carta por última vez.

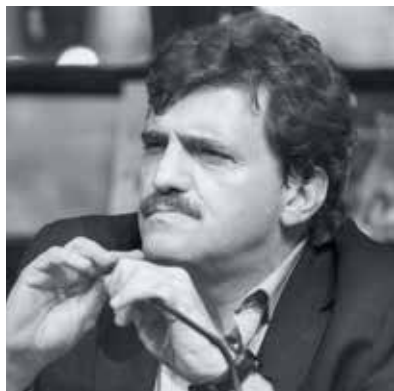
Malditas palabras. Bastaba ordenarlas en hileras para destruir una vida. Matar por escrito era como matar por la espalda.

No podía uno ver de frente a su enemigo, reprocharle que fuera tan maricón. Rompió en pedazos el arma homicida y cuando el autobús arrancó lo tiró por la ventana. Ella dispararía con la Remington de ahí en adelante. De algo tenían que servirle su buena ortografía, su depurado léxico, su destreza en el manejo de las malditas palabras. Otro pueblo y otra plaza. Un concripto con el rostro carcomido por el acné lee una carta sentado a la sombra de un álamo. Las manos le tiemblan. Parece no entender lo que lee. Acerca los ojos al papel como si fuera miope. Lee de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, a punto de llorar. Examina el reverso en busca de algo más, pero está en blanco. Arruga la carta,

furioso, y vuelve a extenderla, como si deseara cambiar su contenido con un pase de magia. *Querido Lencho:*

Estabas equivocado si creías que podía esperarte toda la vida. Pasó lo que tenía que pasar. Un hombre de verdad, no un majete como tú, se llevó la prueba de amor que tanto me pedías. Ya sé lo que se siente ser mujer y ahora no quiero nada contigo. Adiós para siempre. Salgo a la capital con mi nuevo amor. Nunca sabrás mi dirección. Que no se te ocurra buscarme...

(Tomado de: <http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php/cuento-contemporaneo/13-cuento-contemporaneo-cat/237-106-enrique-serna?start=1>)



Enrique Serna

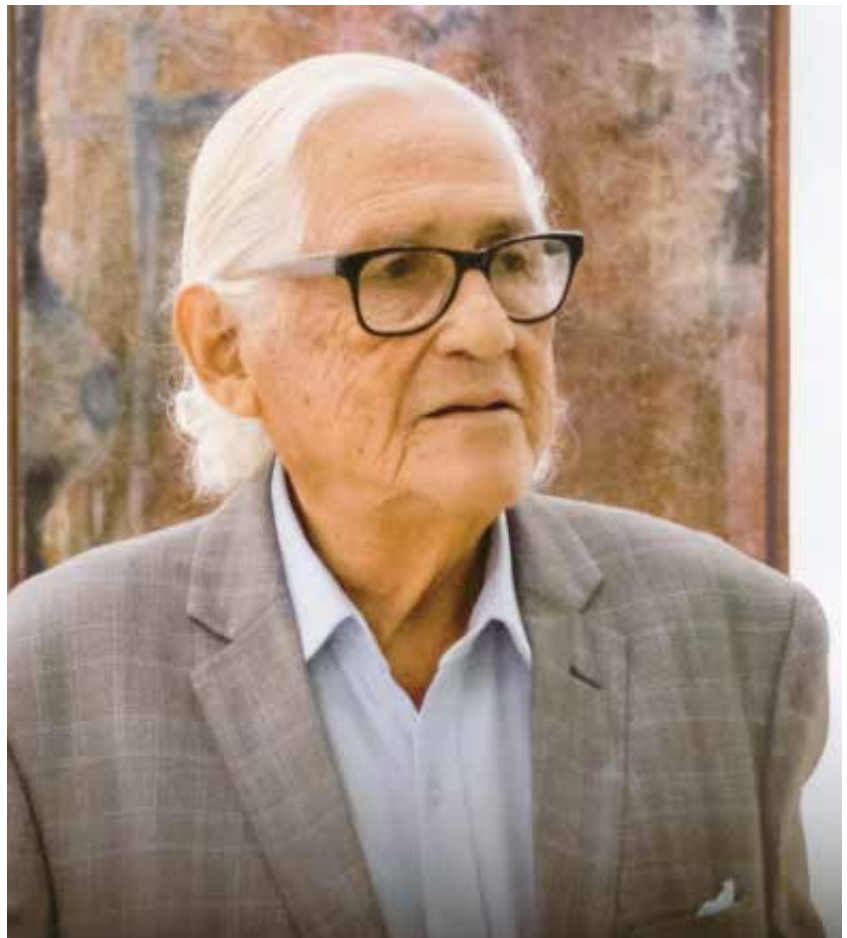
Ciudad de México - 1959

Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Antes de poder dedicarse de lleno a las letras fue publicista de cine, argumentista de telenovelas y biógrafo de ídolos populares. Ha publicado las novelas *Señorita México*, *Uno soñaba que era rey*, *El miedo a los animales*, *El seductor de la patria* (Premio Mazatlán de Literatura), *Ángeles del abismo* (Premio de Narrativa Colima), *Fruta verde*, *La sangre erguida* (Premio Antonin Artaud), *La doble vida de Jesús* y *El vendedor de silencio*. Sus cuentos, reunidos en los libros *Amores de segunda mano*, *El orgasmógrafo* y *La ternura caníbal*, figuran en las principales antologías de cuento mexicano publicadas dentro y fuera de su país. En 2003, Gabriel García Márquez lo incluyó en una antología de sus cuentistas mexicanos favoritos publicada por la revista *Cambio*. Como ensayista, Serna ha publicado tres libros que dialogan con su obra narrativa y la complementan en el terreno de las ideas: *Las caricaturas me hacen llorar*, *Giros negros* y *Genealogía de la soberbia intelectual*. En 2019, la Feria Internacional del Libro de Yucatán le otorgó el premio José Emilio Pacheco por el conjunto de su obra. Algunos de sus libros se han traducido al francés, al italiano, al alemán y al portugués.

(Tomado de: <https://enriqueserna.com.mx/biografia/semblanza.html>)

Adiós al maestro Enrique Tábara

■ Rodrigo Villacís Molina



El 25 de enero de este trágico tiempo que nos ha tocado vivir, dejó este mundo terrenal uno de los mejores pintores ecuatorianos, Enrique Tábara, nacido en un barrio del astillero de Guayaquil en 1930. Nació pintor, dirían, pues desde niño se identificó con el dibujo y en plena adolescencia empezó a volar, a investigar, a reinventar en una larga carrera pictórica siempre nueva produciendo asombro en Latinoamérica y Europa. La Casa de la Cultura Ecuatoriana, su presidente, Camilo Restrepo Guzmán, se sienten consternados por su partida, pues quedó en espera su gran retrospectiva y libro testimonial. Precisamente fue en el Núcleo del Guayas donde realizó sus primeras exposiciones individuales en óleo y dibujo en 1952, 1953 y 1954.

Rendimos homenaje al Maestro transmitiendo su palabra y su obra, para lo cual transcribimos una entrevista realizada por el periodista cultural y crítico de arte, Rodrigo Villacís Molina, publicada en diario *El Comercio* el 15 de marzo de 1981 y posteriormente, en el libro *Palabras cruzadas*, en la Colección Testimonio de la Palabra, del Banco Central del Ecuador, en 1988.

«**E**sta es la segunda vez que entrevisto al pintor Enrique Tábara —guayaquileño, 50 años, casado, 9 hijos—; la primera, hace alrededor de 15 años, fue decepcionante; me quedé con la sensación de no haber sacado nada del diálogo, y creo que lo que publiqué no valía la pena.

Esta nueva aproximación a Tábara, cuando lleva ya más de 12 años de hacer lo que todo el mundo ha dado en llamar sus «pata-patas», aspira a borrar ese mal recuerdo. Nos encontramos en La Galería, la víspera de la inauguración de su muestra actual, y hablamos solo después de que hube examinado uno por uno todos los cuadros; experiencia que dicta la primera pregunta:

¿Por qué ese interés obsesivo por los miembros de locomoción? En todas las obras, solo pies y piernas...

Es una pregunta que nunca acierto a responder bien; quizás porque ni a mí me convencen mis propios argumentos. Pero es necesario remontarse al tiempo en que decidí romper con toda mi pintura anterior y poner otra vez al hombre en la superficie del lienzo. Pero tuve que preguntarme ¿cómo hacerlo? Porque eso se había hecho desde los más remotos orígenes de la pintura, y yo quería lograr algo diferente. Experimenté mucho, pero nada me satisfacía, y corté en pedazos la figura humana y me quedé solo con piernas y pies.

¿Qué hallaste en esos segmentos de la anatomía, como para convertirlos en el motivo único de tu obra?

Me gustó mucho el «ritmo» de esas formas, que me permitía un juego muy libre en el espacio plástico.

¿Y en cuanto a contenido?

El contenido nunca me preocupó.

Hablando de esto, tú aludiste alguna vez a las «manos» de Guayasamín.

Sí. Dije bromeando que si Guayasamín hace solo manos, por qué yo no podía hacer solo piernas y pies...

Pero hay que aceptar que las manos son, digamos, mucho más expresivas que los pies.

Si ponemos en esos términos las cosas, estamos introduciendo un elemento literario, extra-pictórico en la obra plástica. Y yo quiero hacer una pintura anti-literatura y anti-conceptual. La presión del ambiente exterior, del drama o de la comedia exterior no me obliga a hacer tal o cual cosa; me he liberado de eso. Yo pienso que en arte no puedes partir de algo, porque te impide aventurarte en lo desconocido, limitando el vuelo de la creación. Para mí, los significados no están antes del cuadro, sino después del cuadro; salen de él.

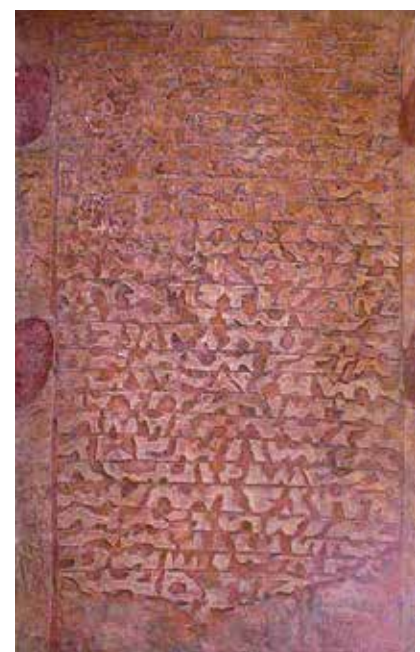
Dicho de otra manera, frente al lienzo tú te planteas un problema exclusivamente plástico.

¡Exacto!

Pero debe de haber un punto del cual partes...

Yo parto de un punto muy poco racional, podría decir, incluso in-

Yo parto de un punto muy poco racional, podría decir, incluso incoherente. Pienso que esa es la única manera de dejar libre a la imaginación. Cuando en mi trabajo comienzo a ponerme lógico, me preocupo.



Tahuantinsuyo, técnica mixta: collage y rugosidades

coherente. Pienso que esa es la única manera de dejar libre a la imaginación. Cuando en mi trabajo comienzo a ponerme lógico, me preocupo.

¿Y a dónde quieres llegar?

Tampoco me interesa. Toda auténtica aventura es desinteresada. Pero me excita, me entusiasma el hecho de que en mis cuadros la gente reconozca que hay algo; porque hasta el hombre más ignorante reconoce en cualquier parte una pierna, un pie. Eso me agrada; me agrada más que presentarle a ese hombre una imagen abstracta, en la cual no se reconoce nada. Y me agrada también el hecho de que mi pintura produzca una inquietud en la gente, cuando pregunta ¿qué significa esto?

¿Te preocupa mucho la opinión del público sobre tu pintura?

Dije que me entusiasma el hecho de que el público reconozca que hay algo en mi pintura, y desde luego me halaga si le gusta. Pero definitivamente yo no pinto para que mis cuadros le gusten a alguien. Sé muy bien que lo nuevo necesita tiempo para imponerse; como lo confirma mi propia experiencia: del 69 al 71 yo no vendí un solo cuadro; pero ahora, después de una década, no me queda nada de tal período, y aún hay compradores que vienen a buscar lienzos de esos años.

Tú hablabas enantes del tiempo en que decidiste romper con tu

pintura anterior, ¿a qué te referías concretamente?

A mi época abstracta, desde luego. Yo no quería hacer más abstracto. Pero tampoco quería hacer arte figurativo. Lo uno y lo otro habían perdido vigencia para mí. Quería un nuevo planteamiento, y la pierna y el pie me daban esa posibilidad.

...yo quiero
hacer una pintura
anti-literatura y anti-
conceptual. La presión del
ambiente exterior, del drama o
de la comedia exterior no me
obliga a hacer tal o cual
cosa; me he liberado
de eso.

¿Puedes precisar la circunstancia en que abjuraste de lo que habías hecho hasta entonces?

Fue en el año 68, en los Estados Unidos, cuando me sentí desilusionado del abstraccionismo y de mi pintura anterior, que en esa época había estado girando alrededor de la temática precolombina. Entonces decidí buscar algo nuevo, y en esta muestra se puede apreciar los resultados de esa búsqueda.

¿Quién fue el primero que llamó a esto que vienes haciendo los «pata-patas»?

No lo recuerdo; pero lo acepté de buen grado, porque mi pintura tiene algo de humor...

Cuando aludes al humor ¿estás dando una clave para descifrar tu lenguaje plástico?

Sí, para descifrar mi lenguaje plástico de toda la vida, porque está presente el humor en mis cuadros de la época de las prostitutas y solteras, que se inscribe en un realismo un poco caricaturesco, en contraste con el realismo trágico o dramático, de tendencia social, que se hacía aquí en aquel entonces. Yo me enfrenté de manera diferente al problema artístico: me había impresionado mucho un personaje, en Guayaquil, una mujer, una «bailarina» que se vestía con colores muy chillones y que se pintarrajeaba exageradamente; era un personaje trágico que, sin embargo, como suele ocurrir, tenía algo de cómico.

¿Cuándo clausuraste esa época?

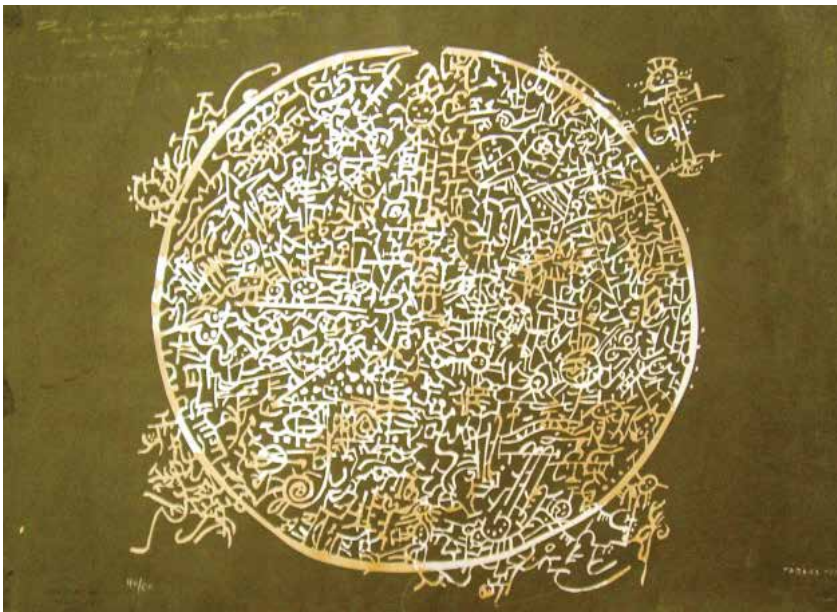
En el 53, al mismo tiempo que empezaba con los temas de la selva, aunque en mi paleta persistían aún los elementos que en cierto modo había extraído de mis personajes de la época anterior. Casi paralelamente comencé a interesarme por el constructivismo, por la pintura de Torres García, de los pintores latinoamericanos que estaban haciendo un arte que ya no tenía nada que ver con el realismo mexicano. Conocí también en esa época a Manuel Rendón Seminario, y empezó para mí una aventura



Rombo con imagen celeste, Óleo sobre lienzo



Trío primitivo, Óleo sobre lienzo



Precolombina, grabado



Pintura, óleo sobre lienzo.

con el color y con la forma, buceando un poco en el surrealismo. Pero yo comencé a hacer las cosas a mi manera. Y eso coincide con mi viaje a España, en el 55. Allí en Barcelona, me encuentro con el informalismo...

Del informalismo conservas aún las texturas y...

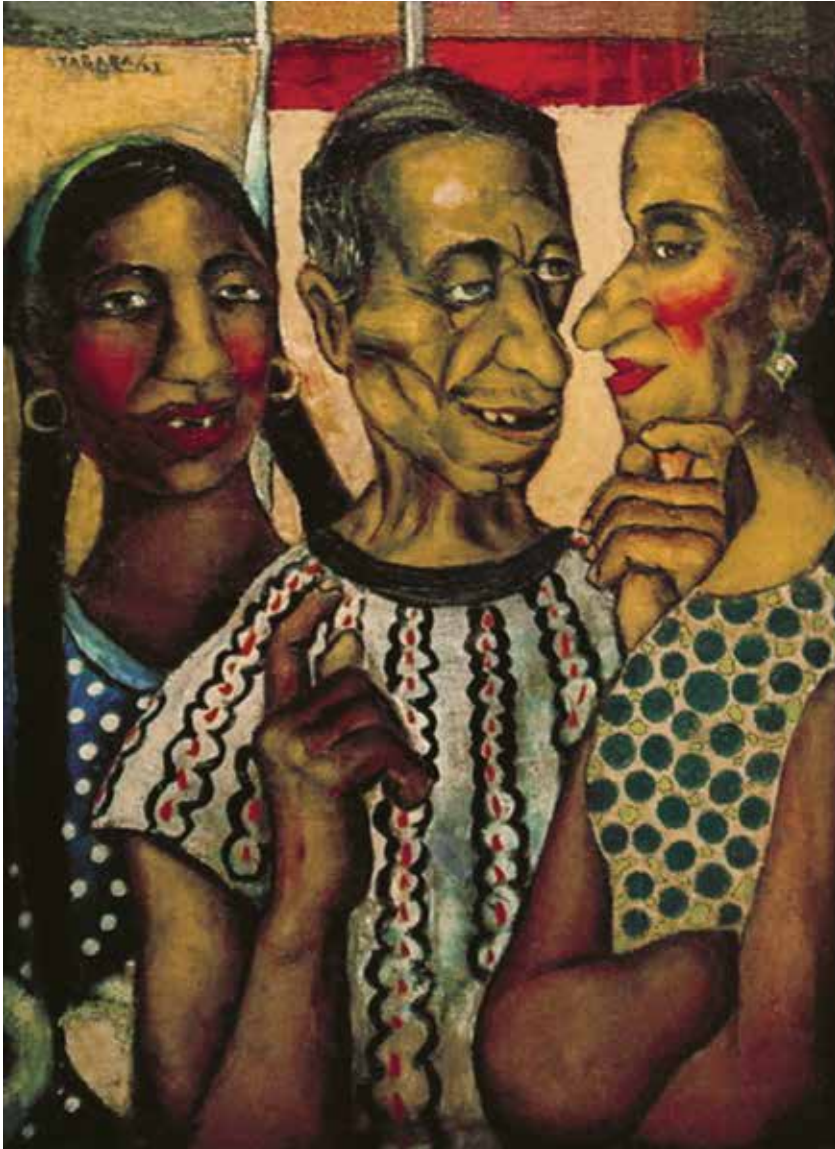
Pero la materia que yo uso en mis cuadros no tiene relación alguna con la que usaban los pintores informalistas. Yo encontré mi propia técnica con los efectos de relieve de telas empapadas de pintura. Y la encontré por casualidad: estaba pintando sobre el suelo un cuadro con el óleo puro en el lienzo y se me había dañado el color; muy disgustado, arrojé contra la tela el trapo con el cual me limpiaba las manos, y salí del taller. Cuando regresé a los dos días descubrí que el trapo empapado con el óleo fresco que cubría el lienzo, producía unas texturas muy hermosas, todavía estaba blanda la materia. Doblé el trapo, lo corté con una hoja de afeitar y allí comenzaron mis relieves con telas empapadas de color.

¿Nada que ver con la «cocina» del informalismo?

Nada. Porque Tapies o Cuixart, por ejemplo, ponen una tela con un grano grueso y pegan grandes capas de arena, de mármol fino, etc.

Ahora que aludes a ellos ¿cómo resumirías tu paso por la Escuela de Barcelona, de la cual ambos eran en su hora una especie de «popes»?

Me adoptaron como uno de los



Mujeriego, óleo sobre lienzo

...un día el doctor Velasco Ibarra me dio la beca con la que fui a Europa, donde me quedé nueve años (...). La beca me pagó los tres primeros años, y después empecé ya a vender mis cuadros (...). Ahora, desde el 75, estoy instalado, creo que definitivamente, en el Ecuador.

suyos; pero cuando me rebelé contra sus dogmas, poniendo orden en la materia, que ellos trataban anárquicamente en sus cuadros, me expulsaron. Pero años después, comenzaron a seguir mis pasos, y ahora hemos vuelto a ser amigos.

¿Podemos retroceder un poco más, a tus primeros años?

¿Mis primeros años? Lo más lejoso que recuerdo tiene que ver con un gran espacio en la casa de mi infancia, donde una hermana mía pintaba. Me maravillaban a mí sus pinturas, sus potes de pintura, más que los juguetes con los que pretendían alejarme de ese lugar, para que la dejara tranquila. Otra experiencia, que a mi familia no le gusta que cuente: yo no conocí a mi padre —que se había separado de mi madre— hasta cuando tuve 5 años; pero un día se me presentó en la calle un señor con grandes bigotes, que me dijo: «Enrique, soy tu papá»; me llevó a tomar helados y me regaló muchas cosas, esa tarde en la mesa yo di la noticia, se produjo un silencio y ni mi madre ni mis siete hermanos quisieron creerme, hasta que yo dibujé la cabeza de un hombre, con los bigotes de mi padre. Cuando tenía 6 o 7 años, yo iba con mi madre al mercado sur, dibujaba los animales y los pájaros que había allí. Seguí garabateando en mis cuadernos de escuela y, porque no hacía otra cosa, perdí tres veces el mismo grado. No sé cómo llegué al sexto; ahí gané un concurso interescolar de pintura, y el director le dijo a mi madre: «Este niño no sabe nada; pero como va a ser artista, le voy a dejar que apruebe el grado».



Casas, óleo sobre madera

No era muy alto el concepto que ese señor tenía de los artistas...

No. Pero tampoco yo creía que era necesario saber mucho para pintar. Afortunadamente conocí por entonces a Lilo Linke, periodista y escritora extrajera que me facilitó mis primeros libros de arte, me estimuló mucho y

me indujo a estudiar. Entré en la Escuela de Litografía de la Filantrópica, que no me interesó, y pasé a la Escuela de Bellas Artes de Guayaquil, donde conocí a los maestros Alfredo Palacio, director de la Escuela, Luis Martínez Serrano y Michaelson, que se preocupaba fundamentalmente del color, y a quien tomé como guía.

¿Asimilaste tú esa preocupación, como base de tu obra?

En términos plásticos sí; pero en Bellas Artes descubrí, por otra parte, la necesidad de leer y comencé a conectarme con algunos intelectuales: Adalberto Ortiz, Enrique Gil, Pedro Jorge Vera; la gente del Guayaquil de esa época. Su contacto en reuniones muy frecuentes me obliga a buscar li-

bros para poder participar en sus conversaciones. Hasta que un día el doctor Velasco Ibarra me dio la beca con la que fui a Europa, donde me quedé nueve años, siete en España y dos en Suiza. La beca me pagó los tres primeros años, y después empecé ya a vender mis cuadros. Volví al Ecuador el año de 1964; después fui de nuevo, en el 73, a España y ahora, desde el 75, estoy instalado, creo que definitivamente, en el Ecuador.

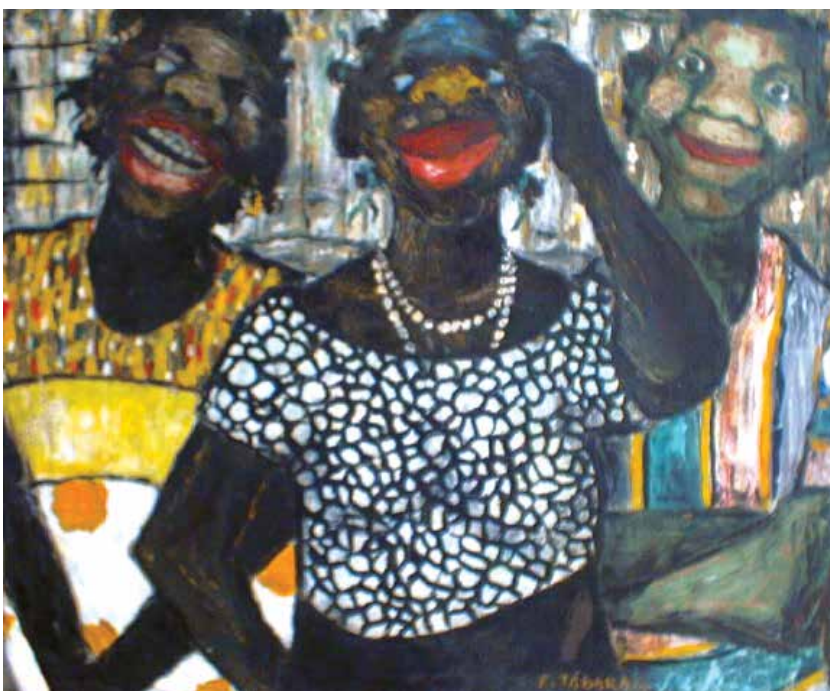
En estos años que estás en el país has visto sin duda todo lo que se está haciendo aquí en pintura, ¿qué piensas del estado de la plástica en el Ecuador?

Hay un estancamiento por parte de ciertos pintores que fueron buenos, y un impresionante afán, del que casi todos participan, de hacerse ricos. Se salva uno que otro joven, quizás Jácome en Quito, Zúñiga en Guayaquil, y Carreño, que se nos fue a Francia, donde está haciendo muy buena pintura.

Y volviendo a ti, ¿qué vendrá después?

No lo sé exactamente. Pero estoy pensando en experimentar con la pintura negra, sin su connotación de tristeza, tragedia o duelo, que nos viene de España; porque en algunas de las culturas prehispanicas de este continente, el negro tenía más bien una significación mística o erótica. Y quizás yo haga algo erótico, pero tal vez sin abandonar las piernas. No sé exactamente...

No, no puedes abandonarlas, si aquel es tu propósito...



Mujeres riendo, óleo sobre lienzo

Taco bajo

■ Santiago Vizcaíno

*A mi padre,
quien murió en la víspera de tenerlo todo.*

i

Si no es tu corazón en llamas el que cae en la tronera como la bola quince para apagarse silenciosamente, esto no es para ti. Si el efecto con el que has impulsado la blanca —con un viejo taco de pino manoseado mil veces por hombres borrachos— no tiene la fuerza exacta de la locura, esto no es para ti. Si no puedes sostenerte en pie durante seis horas seguidas hastiado de cerveza y tabaco, mientras alrededor se burlan de tu juego y apuestan a tu contrincante, esto no es para ti. Si no has perdido hasta el último centavo y no te han golpeado por bufón y mal perdedor, y no has robado bolas para ganar, esto no es para ti. Continúa con tu vida. El billar es una ciencia.

Sahid, el árabe, coloca el cigarrillo en la comisura de su boca, absorbe un poco de humo y lo exhala por el otro extremo. Se agacha y esgrime el taco. Tiene que estirarse mucho porque la bola blanca está más arriba del centro y la que tiene que golpear, dos cuartas más hacia el borde. Si quiere que la 13, que es la que está en juego, entre en la tronera de su derecha, arriba, tiene que golpear muy suave, bajo, para que el borde izquierdo de la 13 reciba apenas un roce. El tabaco humea alrededor de su cabeza. Se concentra y se estresa cuando es forzado a este tipo de tiros. Lo conozco demasiado. Le he ganado varias veces.

Desde que juego con él, siempre tiene un cigarrillo en la boca. Enciende uno tras otro con una pasmosa naturalidad. Si dejara de fumar, se convertiría en otra persona. Taquea mientras sostiene el pucho entre los labios o entre los dedos de la mano derecha con la que agarra el taco. Si alguna vez lo deja en el borde de la mesa, es para servirse un vaso. Incluso cuando hemos coincidido en el inodoro, su cabeza humea mientras las dos manos sostienen su miembro como una manguera. La debe tener grande el árabe, pero a mí qué me importa.

Ahora estamos los dos disputando una mesa apretada. Son las tres de la mañana y me duelen los pies. Alrededor solo hay grupos de borrachos que a veces comentan una jugada con desprecio; como si pudieran hacerlo mejor. He guardado todo lo ganado bajo las medias. No debe quedarle mucho al árabe porque empieza a enojarse cada vez que yerra una bola. Es un gesto nervioso: golpea la base del taco contra el suelo e inhala como si fuera el último cigarro de la noche. Sin embargo, mi



error suele ser subestimarlos. En el fondo es un toro bravo, grande y ególatra como deben ser los emires. Tiene una resistencia al alcohol que lo hace casi invencible. Yo, en cambio, debo tomar la cerveza a sorbos para no embriagarme. Aunque él insiste a cada momento en que beba. Conoce mi debilidad.

Cuando ya no le queda nada por jugar, Sahid suele querer arriesgarlo todo. En una sola mesa. Apostar trescientos dólares en una partida final puede ser estúpido, al menos que sea tu día de suerte. Pero lo conozco. No es más que un fanfarrón que quiere recuperar su dinero. Por eso le digo que no, que estoy muy cansado y que el martes podemos jugar la revancha desde temprano. Con eso lo consuelo.

Porque un árabe enojado puede ser peligroso. Le tiro veinte dólares sobre la mesa para pagar las cervezas, dejo el taco en su sitio, me limpio las manos en el pantalón y voy al baño a dar una larga meada, satisfecho.

Regreso a casa con trescientos cincuenta dólares que me han costado diez horas de juego. A treinta y cinco dólares la hora, pienso, y no tengo que limpiar la casa de ningún jodido español. A este ritmo puedo vivir tranquilo con jugar unas tres veces por semana. Siempre que haya alguien como este árabe obsesionado con ganar. Y de esos tipos los hay por doquier. En la calle Quito todos son pobres, pobres en todo sentido. Es la zona más deprimida de Crucita la Bella. La pobreza se huele como el mal aliento o

el olor a pescado. Sin embargo, todos los pobres quieren aparentar no serlo de las maneras más inverosímiles, incluso al filo de la generosidad, una generosidad casi ofensiva. Se los ve tan solícitos, tan comedidos, y uno se siente culpable de haber nacido. Al principio parecen silenciosos y circunspectos, pero luego no hay quién los pare. Hablan todo el tiempo de sus intimidades más sórdidas. Sin desparpajo. Si uno les cae bien, te sueltan toda su vida sexual en lo que duran seis cervezas.

Me tambaleo. Empiezo a sentir la resaca de tabaco, que es peor que la resaca de cualquier vino dulce. Entre el árabe y yo, hemos terminado con los cigarrillos del bar. Me duele la cabeza, debe ser de tanto pensar geomé-

tricamente, me digo y me río. En eso el billar se parece al fútbol, hay que tocar la bola con inteligencia, hay que impulsarla con la fuerza exacta para que alcance el ángulo y rendir al arquero. Pero el billar es uno contra uno, no necesitas diez giles más para llegar a la portería contraria. Eres tú, el taco y las bolas, como en la masturbación.

La calle Quito está llena de arena y escombros. Solo hay asfalto en la calle principal. El mar está cerca y entonces se escuchan las olas golpeando la noche y reposando como sombras dormidas. Entre el billar y mi casa hay unas diez cuadras. Está todo cerrado, apenas iluminado por los postes cuya luz intermitente forma sombras extrañas en el piso, como zancudos pisoteados. No hay peligro. Ya todos conocen al viejo Willy. Así es como me llaman.

Antes de llegar, al filo de la calle hay una fiesta que está en decadencia. Me gusta la decadencia. Es una casa de esas con pilares anteriores que encuadran una especie de porche, apenas fundido con cemento, donde sus habitantes se sientan a mirar lo que pasa, literal, lo que pasa. Están bailando salsa colombiana, salsa porno, salsa de cebichería. Solo hay dos parejas que bailan en medio de sillas de plástico y jabas de cerveza tipo pilsen. En una de ellas está sentado el Gordo Zambrano, en chancletas, que sirve la cerveza en vaso de plástico. Me mira al pasar y me llama: Ey, viejo Willy, tómate un vaso. ¿Qué puedo perder? Entro y saludo a todos con la cabeza. Hay una mujer morena con un cuerpo rechoncho y un culo enorme que me mira y sonrío como si me re-

conociera. También le sonrío. Me acerco al tipo y me sirve un vaso hasta la mitad. Tipo costa, dice. Ya que en la sierra se sirve lleno. Me guiña un ojo y se ríe a carcajadas. Oye, le dice a la morena, ven a bailar con mi pana, es serrano, buena onda el man. Juega tuco e' billar el hombre, y vuelve a reír.

Me tomo la cerveza de un solo trago. Está helada. La mujer se acerca y me toma de la mano, me lleva hasta la mitad del porche, estira sus manos y se da la vuelta, me roza el miembro con su culo. Todos se ríen. Hágale, hermano, escucho, qué le pasa, nos salió tímido el hombre, ¿o es que no le gustan las mujeres? Me río. Tomo a la morena por los brazos y le doy una vuelta, la pego a mi cuerpo, toco mi frente con su frente. Ella me mira con coquetería. Sabe bailar, dice. Un hombre que no baila no es un hombre, por más duro que sea.

∥

Llegué a Ecuador en enero de 2014, deportado de Europa. Un deportado es un apátrida al revés. Ecuador era un país que se hacía llamar socialista, cosa tremendamente rara en el siglo XXI. Había un poderoso caudillo como gobernante que resucitó las canciones de Silvio Rodríguez, y los sábados en la tele ofrecía un espectáculo risible con homenajes al Che Guevara y payasos invitados. Se hablaba en contra del imperialismo y de los medios corruptos, como corresponde. Los años sesenta del siglo anterior se paseaban en un discurso trasnochado y populista. El caudillo gritaba y las masas aplaudían, el caudillo insultaba y las masas se volvían locas. Ante una larga au-

sencia de referentes ideológicos, el caudillo era el mesías. Entonces sus seguidores se volvieron tan insoportables como los testigos de Jehová, y sus detractores tan ridículos que ponían en evidencia su condición de clase resentida. Por eso Willy no quería volver, a Willy le valía un carajo su país. Un ser humano tiene ese derecho: que le valga mierda su país, incluso, si quiere, puede no tener país. Por qué joden tanto con el puto país.

Estuve seis meses sin trabajo. La revolución socialista pregona-ba un mundo de oportunidades para los estudiantes repatriados. Yo era uno, pero no quería ser funcionario público. Yo no quería engordar el aparato estatal. Por dios, yo no quería engordar. Es tremendamente aburrido. En esas oficinas públicas ni siquiera puedes escribir, ni leer. Entonces vi que había la posibilidad de ser maestro, o sea, docente de bachillerato. Mis padres eran docentes, así que me había puesto como meta no serlo yo jamás, porque hay metas a la inversa. Metas que uno se promete no cumplir, como ser presidente, por ejemplo. Pero en algo tenía que ocuparme, ganar un sueldo fijo y aparentar, simplemente aparentar. Así que me inscribí en el programa, di las pruebas y pasé. Yo no sabía qué era el magisterio fiscal, y no tenía la culpa. Era un monstruo.

Me asignaron a un colegio en una parroquia rural de Manabí. Como a los curas. De hecho, el colegio tenía el nombre de un cardenal. Entonces quise saber qué carajo es un cardenal. En mi primer día de clase se lo pregunté al rector. Me dijo: no sé. Me reí. La mayoría de administrativos, docentes y estudiantes de las ins-

humor de esa sexualidad llamada insana se esparcía bajo los corredores como un submundo. La gente tenía sus deslices. Se escondían en los baños para besarse, tocarse, fumar marihuana o beber alcohol.

Las aulas se habían convertido en cárceles y los inspectores deambulaban por los pasillos como guardias penitenciarios. La palabra adolescencia nos definía en tanto carecíamos de poder. El único poder alcanzable era el del conocimiento. Por ello había una lucha endiablada por ser el mejor. Solo era mejor el que más sabía, el que contestaba todas las preguntas, el que memorizaba todas las fórmulas matemáticas. Ese conocimiento estaba lejos de toda reflexión y crítica. Apenas teníamos materias relacionadas con la filosofía o la historia. La lengua y la literatura, por su parte, eran soslayadas por un positivismo mediocre y tecnocrático. Había que dominar las matemáticas, la geometría, la física, la química y la biología. ¡Ah del que quería ser poeta!, ese era un simple mariquita. Estábamos destinados a ser hombres útiles y, por lo tanto, prácticos.

El colegio al que llegué a dar clase era, por otra parte, mixto. Chicos de clase media baja con pocas esperanzas de llegar a la universidad. Si les preguntabas por su futuro profesional, te miraban como si estuvieses burlándote de ellos. Estaban allí por una «absurda» obligación: la de estudiar. En ese pueblo no había una sola librería. Tenías que acomodarte con un anacrónico libro de texto lleno de citas copiadas al azar. Cómo enseñarles el valor de una novela si jamás habían visto una, si nunca habían abier-

to un libro de verdad. Para ellos la literatura era una cosa rara que hacía un desocupado con las palabras. No estaban muy lejos de la verdad. Sus padres eran casi todos pescadores o comerciantes, en menor grado verduleros, agricultores, mecánicos, electricistas, albañiles o emigrantes. Gente práctica que había reproducido gente práctica, por capas.

Nadie se preocupaba, entonces, por sus problemas. Lo que les pasaba por la cabeza, lo que verdaderamente sentían, se encontraba a kilómetros de distancia de las clases. Para unos, el colegio era un refugio, un lugar donde esconderse. Para otros, era una cárcel, y la educación, un castigo. Allí se nace con un sentido funcional de la opresión. No se discute que has venido para trabajar, para servir. Los jóvenes lo entienden, por eso tienen rabia. Y esa rabia se transforma en desidia frente al sistema. Dar clases a almas muertas, esa era nuestra tarea.

Sus preocupaciones básicas eran el sexo, el trago y la droga H, que expendían a las afueras del colegio unos tipos gordos y aindiados, de pantalones anchos, camisetas de equipos gringos de básquet y gorras de visera plana con la etiqueta pegada, como chicanos, pero en el culo del mundo. La H los convertía en seres bipolares y salvajes, en incontrolables animales del monte. Enseñarles algo resultaba un reto fatigoso. Yo no quería enseñarles nada a nadie, menos a esos adolescentes atontados por la droga y la necesidad de tener cosas. Nunca he querido seguidores ni súbditos, borregos consecuentes con una idea fija. Yo era docente por necesidad, que es la peor razón para serlo.

Aquello que llaman cultura artística o alta cultura era inasequible para ellos, porque su relación con el mundo estaba hecha de deseos básicos o adquiridos. Adquirir es un verbo que denota esfuerzo, que es la más triste condición cuando quieres tenerlo todo de inmediato. Pero ese todo estaba absolutamente reducido a olvidar momentáneamente una vida miserable, a escapar de la violencia diaria de sus existencias. Por ello la H, esa deformación de la heroína, era sinónimo de dicha. Como la base de coca, la H estaba mezclada con mil porquerías, entre ellas la mierda de gato. Fumaban mierda literalmente o cal o harina o máchica o ceniza. Sus ropas olían a vinagre y sus pupilas se constreñían hasta volverse como diminutos agujeros de la noche. H exhalaba su cuerpo esquelético, H ocupaba el espacio y era el aire que se encendía en sus cerebros aturdidos por la náusea de la resaca. La droga más barata que el agua, la droga más barata que una caja de chicles, la droga más barata que el pan, se pasaba de mano en mano con ansiedad y desesperación, como es lógico, en medio de la clase de literatura.

Por eso decido renunciar. Voy hasta la oficina del rector. Es un hombre flaco y pálido que habla con la mano en la boca, como si tuviera problemas de aliento. Siempre lleva un traje cruzado, una corbata delgada y pantalones de basta ancha que le cubren unos zapatos negros, relucientes, encharolados. Tengo la renuncia irrevocable en mis manos. Solo quiero entregársela e irme. Hace demasiado calor en su oficina. Hay un ventilador justo frente a su escritorio para que el aire le

llegue a la cara y pueda mantener su traje puesto. Pocas veces hemos hablado. Sospecha de mí como creo que sospecha de todos los que vienen de fuera. Cree que le van a robar el puesto. Su inseguridad se muestra cuando le hablas porque se toma las manos con insistencia, las gira todo el tiempo como si estuvieran bajo un lavabo. Se toca los nudillos. Le digo que vengo a dejarle la renuncia. Por qué se va, dice, fingiendo que le da pesar, pero se le nota el brillo en los ojos. Siento que mi vocación está en otra cosa, respondo. El sistema, este sistema educativo, recalco, forma ciudadanos útiles, ciudadanos a quienes luego el Estado o el mercado pueda explotar. Me niego a ser parte de la educación mediocre de este país. En efecto, responde el rector, visible-

mente enojado. Queremos seres productivos, con valores. Ciudadanos comprometidos con la patria. Cuando dice patria, algo le late en el cuello. La palabra patria lo vuelve loco. Siempre la ha usado en los discursos. Siente a la patria como a una madre a la que no se puede defraudar. La patria es un invento para configurar una identidad, le digo. Estos chicos no saben cómo se ha construido esta nación, no tienen ni idea. Las clases de historia se la pasan dormidos o amodorrados por la droga. ¡Qué droga!, grita, molesto. Todos lo saben, respondo. Pero es mejor hacerse el tonto. Y el problema no es ni siquiera la droga que circula. El problema, si me lo permite, y me acerco a él para mirarle a los ojos, es un sistema ingenuo que cree que está formando seres huma-

nos. Es un sistema mentiroso y cruel que premia a quien cumple los estándares, a quienes moralmente se alinean con sus valores éticos. Usted no sabe nada, dice, se la pasa en los billares con puros malandrines. Y me quiere dar clases de educación. Deje su renuncia con mi secretaria y váyase. No lo necesitamos, enfatiza. Me doy la vuelta hacia la puerta. El aire del ventilador me da en la cara. Entonces lo pateo con fuerza y cae, se desconecta. Lentamente deja de dar vueltas. Se lo voy a cobrar de su liquidación, me grita, cuando estoy a punto de salir. No respondo. Solo pienso que soy libre, que los presos son ellos.

(Fragmento de la novela *Taco bajo*, La Caída Editorial, 2019).



Santiago Vizcaíno Armijos

Quito, Ecuador. 1982

Su primer libro de poesía, *Devastación en la tarde*, recibió el Premio Nacional de Literatura en 2008 por parte del Ministerio de Cultura y ha sido publicado por Dialogos Books (EE.UU.) en 2015, traducido por Alexis Levitin. Su libro de ensayo *Decir el silencio*, en torno a la poesía de Alejandra Pizarnik, también fue premiado en ese concurso y publicado en 2008. Recibió el segundo Premio Pichincha de Poesía 2010 por su poemario *En la penumbra*. En 2015 apareció su libro de poesía *Hábitat del camaleón* (Quito, Ruido Blanco) y una plaquette de su poema «Canción para el hijo» (Lima, Hanan Harawi editores). Ha publicado también un libro de cuentos: *Matar a mamá* (Buenos Aires, La Caída, 2012, 2015), *una novela: Complejo* (La Caída, 2017), y el libro de ensayo *Casa Tomada. Reinvencción de un mito, recogimiento de un espíritu* (La Caracola, 2018). En 2018 fue ganador de la convocatoria del Sistema Nacional de Fondos Concursables del Ministerio de Cultura por su novela *Taco bajo* (La Caída, 2019).

La orquesta de los sueños

■ Alexis Serrano

¿En qué sueñas tú, Samya?
Te imaginas dando un concierto en el Teatro Sucre con tu viola. Quieres que esta orquesta te acompañe, que el teatro esté lleno, que al final haya aplausos. «¡Bastantes aplausos!», me dijiste.

La música tiene voz, Samya. Es capaz de contar una historia.

A la voz del Carnaval/
todo el mundo se levanta/
todo el mundo se levanta/
¡qué bonito es Carnaval!

Estás peinando a tus hermanos mientras desayunan. Son las cinco y media de la mañana y el Chimborazo ha comenzado a asomar el rostro entre las demás montañas. La nieve brillante con los primeros destellos de sol.

Las paredes de esta habitación están tiznadas, como de casa antigua, pintarrajeadas hasta el tope por ti y tus hermanos. El piso es de tierra, la puerta tan pequeña que tuve que agacharme para entrar. En una esquina, la cama y al frente la cocina, a ras de suelo, con una llama prodigiosa. Al otro extremo, la mesa.

Shiri, Kapak, Irpa y Nisa aún no han acabado la sopa de avena con yuca y papa. Humeante. Yuki ya va por el arroz, también mezclado con papa. En el centro de la mesa, el queso: preparado con la leche de las cuatro vacas de tu familia. Y esa agua de panela. Tan dulce, tan distintita a cualquier otra agua de panela.

Pronto emprenderán la caminata de casi una hora que hacen todos los días para ir a la escuela. Se hace tarde, por eso trenzas el pelo de tus hermanos mientras desayunan. Después desayunarás tú, muy rápido, de pie.

Tú tocas la viola, Samya, y por eso conociste Bélgica. Te causó angustia que no hubiera montañas ni pájaros cantando en las mañanas; pero te gustaron las casas, que eran como esos castillos que veías en la tele de tu tío, porque en tu casa no hay tele, ni Internet. Solo radio.

¿Cómo podías saber tú, Samya Ñusta Chacha Caiza, una niña guaranga de 16 años que vive en Larcaloma, que ibas a conocer Europa gracias a la música y que ibas a conocer la música gracias a esta orquesta?



Do

En el segundo piso ensaya el coro. Los niños cantan con la paciencia del río: despacio, constante. «Dejaré mi tierra por ti/ dejaré mis campos y me iré/ lejos de aquí». Son niños, pero tienen mirada de alma vieja, como si de verdad cargaran el peso de la canción. «De día viviré pensando en tu sonrisa/ de noche las estrellas me acompañarán».

La profe Vicky les corta: «¡No hay apuro! Te juro que no por que cantes más rápido te van a tomar

la foto más breve». Entonces, recuerdan que son niños. Ríen.

La Orquesta Sinfónica Infanto-Juvenil de Guaranda es mucho más que su nombre largo y ostentoso. Son 67 músicos. Los más pequeños de 8, el mayor de 22; la gran mayoría bajo los 18 años.

Podrían ser una orquesta cualquiera, pero no, porque apenas 26 viven en la ciudad, en Guaranda. El resto: 41 —6 de cada 10— vienen de pueblos en

las montañas. Del campo. Niños que se levantan de madrugada, caminan y caminan para ir a clases, y al salir de la escuela toman un bus o una camioneta por cuarenta minutos para llegar a los ensayos. Que regresan a su casa por las noches a hacer los deberes. Y, si sobra el tiempo, seguir estudiando su instrumento.

Capaces de sonar, cuando tocan, tan bravos como una tormenta en medio de la guerra o tan tiernos como arcoíris de verano. Que muchas veces no tuvieron para cenar, pero conocieron Quito y amaron comer KFC; que ofrecieron un concierto en Colombia; que viajaron a Evergem, en Bélgica, compartieron con niños de una escuela de música y rieron con ellos, aunque no hablaban español. Son —lo repiten todo el tiempo— una familia. Y esto para ellos no es un cliché.

«Ya se acabó, qué lindo, qué bonito», dice la profe Vicky. «Les aplaudieron la primera canción. Quédense quietitos, porque enseguida empezamos la otra».

Es jueves y están preparando el concierto por el cuarto aniversario de la orquesta. Pronto llegará Juanita Burbano, que cantará junto a ellos como número estelar. Están felices porque la admiran, y porque esa noche cenarán juntos en el restaurante más lujoso de la ciudad.

Hace cuatro años, cuando todo empezó, hubo quienes no creían. ¿Una orquesta sinfónica en Guaranda?, ¿hecha por niños? Kléver Gallegos es el director, digamos, el papá de esta familia, y lo recuerda así:

—Un locutor me dijo: «¿Para qué una sinfónica?». Y se me rió en la cara. «De eso no vive la gente, tienen que tocar 'chicha'». Y le

contesté: «Voy a demostrar que eso no es así».

A la primera audición llegaron 90 niños. Kléver y su esposa, María Victoria Valdiviezo, la profe Vicky, decidieron que debían avanzar entre lo clásico y lo popular. Por eso, en un mismo concierto pueden interpretar a Beethoven, a Michael Jackson y su himno: 'El carnaval de Guaranda'.

Si el pecho de cristal fuera/
se vieran los corazones/
se vieran los corazones/
¡Qué bonito es Carnaval!

Los ensayos son en una casona de dos pisos, en el centro de la ciudad, que le pertenece a la Casa de la Cultura. Abajo practica la orquesta, las sillas en medialuna. El profe Kléver mueve las manos. Los niños tocan la banda sonora de 'Piratas del Caribe'.

El ensayo termina en la plazoleta frente a la casona. Los niños juegan a las 'cogidas', ese juego que es casi un recuerdo, en el que unos persiguen a otros, donde cualquier poste se convierte en una 'base' protectora. Samya corre huyendo de su hermano Yuki.

Re

Es la nada. El camino hacia Larcaloma a las once de la noche es la oscuridad absoluta. Uno no puede verse ni la punta de la nariz, pero los seis niños Chacha Caiza caminan tranquilos, cargando sus instrumentos.

Regresamos de la cena con Juanita Burbano. Los niños van felices, es la tercera vez que

Samya come camarones. Desde el restaurante hasta donde lo permitió el camino, nos trajo un pequeño vagón turístico rojo al que todos llaman 'ferri'. Luego, todo es montaña.

El cielo es un verdadero planetario: las estrellas tan cerca. Desde ahí, la casa de los Chacha Caiza es un puntito de luz en el horizonte.

Cuando llegamos, el viento arrecia. Jorge Chacha, el papá, dice que eso pasa cuando hay visitantes. Me explica que «aquí, en el campo», no hay baños y que, si necesito, vaya «afuerita». A la hierba.

La casa es de dos pequeñas plantas: de ladrillo y bloque visto por fuera, de cemento sin pintar por dentro. En la primera, la de paredes pintarrajeadas, duermen los padres. En la segunda hay dos habitaciones: una para los cuatro niños, con dos camas; y una para las dos niñas, con una cama. El hermano mayor ya no vive con ellos, estudia en Riobamba la universidad.

La ropa está apilada en muchos pisos sobre unas estanterías. El cuarto de las niñas está lleno: cinco guitarras, dos tambores, los violines y la viola; algunos pares de zapatos, una maleta en el techo, una cartulina donde se lee esta frase: 'Casa de la familia Chacha Caiza'.

«Los indígenas somos marginados», me dice Jorge: pequeño, delgado, pelo largo, poncho rojo, sombrero. «Con mi esposa hemos decidido reivindicar nuestras raíces. Hemos hecho una revolución...».

Y su revolución es, realmente, muchas revoluciones. Su primera revolución fue tener siete hijos. Siete, porque son los colores del arcoíris. Siete, porque es su número sagrado.

Su segunda revolución fue ponerles nombres que siente suyos. Me explica que toda una generación, la de sus padres, siguió la 'moda' de usar «esos nombres occidentales». Que por eso él se llama Jorge y su hermano se llamaba Raúl, aunque ahora es Túpac.

—Yo no me cambié solo porque tengo que hacer muchos trámites como líder de la comunidad y se me hubiera complicado.

Y hay algo —mucho— de magia en la elección de los nombres de sus hijos. Y en sus significados:

Jachag Amauta, 18 años, el 'Sabio guía'.

Samya Ñusta, 16 años, la 'Princesa de la eternidad'.

Yuki Awtachi, 15 años, el 'Último heredero de la dinastía Shyri'.

Shiri Pachakutik, 14 años, el 'Rey de los reyes'.

Kapak Inka, 13 años, 'El rey príncipe'.

Nisa Mayumi, 10 años, 'Espíritu del bosque'.

Irpa Apumayta, 8 años, 'Bondadoso señor'.

—¿Cuándo elige los nombres? ¿Cuándo sabe que un niño se convertirá en un sabio guía?

—A los cuatro días. Nosotros nos manejamos por los cuatro horizontes.

(Me explica que se refiere a la «integridad cósmica», los cuatro puntos cardinales y los cuatro espíritus de la vida: agua, aire, fuego y tierra).

—Jachag, por ejemplo, ¿qué hacía a los cuatro días?

—Chillaba, daba orientaciones.

Su última revolución es la música. Hay dos cosas que sellan la vida de todos en Guaranda: el Chimborazo y la música.

—La música es alma. Todo ser humano necesita de un sonido que le haga emocionar.

Tú tocas la viola, Samya,
y por eso conociste
Bélgica. Te causó angustia
que no hubiera montañas
ni pájaros cantando en
las mañanas; pero te
gustaron las casas, que
eran como esos castillos
que veías en la tele de tu
tío, porque en tu casa no
hay tele, ni Internet.
Solo radio.

Jorge toca el violín, el charango, la guitarra, el bandolín, «algo de vientos». Con sus dos hermanos tenían un grupo. Luego, uno murió y siguieron los dos.

—Hemos sido autodidactas, aprendimos observando.

Con ese grupo crearon 12 canciones y tienen un sueño: que sus hijos las traduzcan a partituras. En los pocos tiempos libres que les quedan, los 'guaguas' van haciendo la tarea. Se puede

ser más romántico: los padres enseñaron la música a sus hijos y ahora los niños les enseñan a sus padres cómo leer partituras.



En las faldas del Chimborazo el viento suena en la madrugada como cincuenta leones rugiendo al mismo tiempo. Y el frío.

Es tarde y, aunque sus papás les sirven el desayuno, es Samya la que trenza el cabello de sus hermanos. Como todos en Larcalama, los Chacha Caiza viven de la agricultura, y cuando Hilda Caiza, la madre, tiene que ausentarse, empieza el turno de Samya.

—Les cocino, les arreglo. Cuidaba a mis hermanos desde los 6 años. A los 7 comencé a cocinar. Con amor de madre les cuidaba.

Son las seis y cuarto. Los niños inician la caminata a la escuela. Yuki me dice que hay algo raro, que el sol sale siempre por la derecha del Chimborazo, pero hoy está a la izquierda. Vamos junto al río donde suelen pescar truchas en época de vacaciones.

El sendero se aferra a la memoria. Inicia con un descenso que permite una vista profunda de las montañas. Hay que atravesar zonas lodosas, árboles espinosos, cruzar un riachuelo a través de una tubería y escalar. Los niños lo hacen ver tan fácil, pero, en realidad, las piernas se entumecen, los zapatos se enlodan, las manos se lastiman, la respiración se vuelve un silbido.

—¿Qué es lo que más te gusta del campo, Samya?



—Que es libre, hay como hacer bulla. A veces, gritamos jugando y no hay nadie que nos moleste. En la ciudad la gente se queja.

—¿Cuáles son tus juegos favoritos?

—A las cogidas, ‘bola al aire’, a veces un poco de voly.

—¿Cómo es ‘bola al aire’?

—Lanzar la pelota y el que coge tiene que esconderla y meter goles.

Mi

Son las fiestas de Guanajuato. Guanajuato es una parroquia de Guaranda. Pueblito pequeño como son

los pueblitos pequeños en la Sierra: una plaza central, cuadrada, con su iglesia y las casas dispuestas alrededor. Es el concierto por los cuatro años de la orquesta.

Las luces de colores, la pantalla en el fondo, el brillo de los instrumentos. Luz. Los violines suben y bajan el arco, las trompetas rectas inflando los cachetes con cada bocanada, la percusión marcando la respiración de la música.

Ya interpretaron a Adele, a Michael Jackson, los ‘Piratas del Caribe’. Y todo termina en fiesta cuando, pasadas las diez de la noche, Juanita Burbano se quita el abrigo y empieza a cantar:

25 limones/
tiene una rama/
y amanecen 50/
por la mañana.

Y la gente zapateando, y pidiendo otra, y el ‘Carnaval de Guaranda’, y el ‘canelazo’, pese a todas las veces que dijeron por los micrófonos que no se podía vender alcohol. El director de la orquesta toma el micrófono para explicar que esa había sido la última canción. «No me pidan otra, por favor». Y les cuenta que hay niños que viven lejos, en las montañas, que el ‘ferri’ que los llevará hasta allá los está esperando. Las luces se apagan.

Fa

Esta es la historia también de una pareja de músicos que se enamoraron. Kléver Gallegos él, María Victoria Valdiviezo ella. Que toca el saxo él, que toca la viola ella. De Riobamba él, de Riobamba ella.

Vivían en Quito y llevaban un año juntos cuando comenzaron a dar clases esporádicas a niños en Guaranda y Riobamba («o donde hiciera falta»). Luego, les llamaron de la Casa de la Cultura y les propusieron que dirigieran una orquesta infantil.

—Al principio lo veían como una estudiantina. Pero en una estudiantina tocas ‘El cóndor pasa’ y de ahí no pasas (ríe Kléver). Mi idea nunca fue esa.

Ambos me lo cuentan con una lluvia de estrellas en los ojos. Dicen orquesta pero hablan, en realidad, sobre todas sus luchas.

Cuando vino esa primera audición, seguían viviendo en Quito. Llamaron a la profe Gladys Calderón, amiga de toda la vida de Vicky, y a un par de maestros más. Al principio, ellos dirigían los talleres desde Quito, por un tiempo alquilaban un hotel entre semana.

—Poco a poco, fuimos perdiendo esa costumbre de ir a Quito —dice Kléver—.

Y ahora ya tienen un hijo guarandeño.

El primer año, el Ministerio de Cultura cubrió los gastos. Pero en la vida real, como en la ficción, no hay historia sin un nudo. El Ministerio les dijo que todo proyecto tiene un fin. Y que el fin había llegado.

A veces, sin embargo, la suerte también juega. El Municipio de Guaranda decidió hacerse cargo de la orquesta y aprobó

una ordenanza para que nunca falte lo básico. La Casa de la Cultura ahora solo pone el edificio y los instrumentos.

—Hemos tenido hasta que barrer las iglesias para los conciertos. Un rato estamos barriendo y enseguida vistiéndonos para tocar.

Pero aun así han ido lejos. Un día a Kléver se le ocurrió que deberían tocar en Quito. Otro día que en Colombia. Su mente es traviesa. Un día pensó que deberían ir a Europa. «El profe siempre se las ingenia para conseguir lo que quiere», me dirá después uno los niños.

Sol

La imagen de San Lorenzo es una melodía distinta: muy arriba, entre montañas alargadas, con sus copas redondas. San Lorenzo es la ‘cuna de la música’. Eso dice el letrero que está a la entrada del pueblo y eso dicen todos en Guaranda.

Corre el mito de que hay un músico en cada casa. De un señor, César Guamán, que fue el primero. Que enseñó la música a sus hijos y que crearon el Colegio San Lorenzo, el único que existe hasta ahora en el lugar.

No es un colegio normal. La puerta negra de entrada, el patio, un edificio de dos pisos, más aulas alrededor y un par de canchas. Desde una de las aulas suena ‘El chulla quiteño’: un piano en son festivo, rápido. Desde otra suenan las trompetas: sonidos chillones, entrecortados. Tres jóvenes: uno en las congas, otro en el órgano y otro cantando, asisten a la clase de orquesta. Las guitarras suenan

El sendero se aferra a la memoria. Inicia con un descenso que permite una vista profunda de las montañas. Hay que atravesar zonas lodosas, árboles espinosos, cruzar un riachuelo a través de una tubería y escalar. Los niños lo hacen ver tan fácil, pero, en realidad, las piernas se entumescen, los zapatos se enlodan, las manos se lastiman, la respiración se vuelve un silbido.

en un salón que tiene un mapa gigante de Ecuador.

—Aquí los niños vienen a estudiar música. Para poder estudiar música, tienen que estudiar matemáticas.

Me dice Esteban Flores, el profe de clarinete, nacido en este pueblo hace 18 años, graduado de este colegio, un joven alto, robusto, el pelo negro y ondulado. Fue de los fundadores de la orquesta, a los 14. El profe 'Kléver' le preguntó si quería intentar con el clarinete. Y ahí encontró su vocación.

Su familia también se dedica a la agricultura y hubo veces en que faltaba la comida. Ahora enseña su instrumento en un trabajo a medio tiempo por el que cobra 800 dólares al mes.

—En mi casa ya no falta nada. Mi papá trabaja en el campo, tiene sus animalitos y, a veces, la plata no da como para comprarles un morochito a los pollos, un quintalito de balanceado. Le pregunto: Papá, ¿qué necesita? Tenga, vaya compre.

—**¿Qué significa la música para ti?**

—Es mi vida. Moriré con esa profesión, no pienso cambiarla por nada. Así de simple.

—**¿Y la orquesta?**

—Mi segunda familia, personas que quiero y respeto. Es donde entré en confianza. Por la cuestión de ser gordito, aquí en el colegio siempre sufrí, siempre me molestaban. Pasaba agachando las orejas, no tenía amigos.

—**¿Y cómo te cambió la orquesta?**

—Hice amigos. ¡Verdaderos! Siento que nadie me maltrata.

—**¿Qué sientes cuando tocas?**

—Libertad.

La

Las sillas están dispuestas en filas para la conferencia. Al frente, junto al piano de cola, está José Agustín Sánchez, un músico venezolano que en dos días tocará junto a los niños en pleno Chimborazo. Un pianista que se ha dedicado a viajar para descubrir lo que le inspira.

«Yo no llego a sentarme en el piano y escribir. Me gusta primero vivir la experiencia», les dice. Y en la pantalla se proyectan fotos suyas en un templo budista, o en una montaña, o frente al mar. Sitios donde se dedicó a mirar a la gente, a oír el sonido de las olas, o los murmullos fantasmagóricos cuando pasó la noche acampando en la muralla china.

—Quienes quieren ser creadores deben sensibilizarse hacia las experiencias. Que esas experiencias sean las creadoras. ¿Qué sienten? ¿Qué escuchan las personas? Hay ciclos que se van repitiendo, no importa el lugar.

Los niños miran atentos, con cierta fascinación. Sánchez repite palabras: ¿qué quieren decir con la música? ¿qué les inspira?

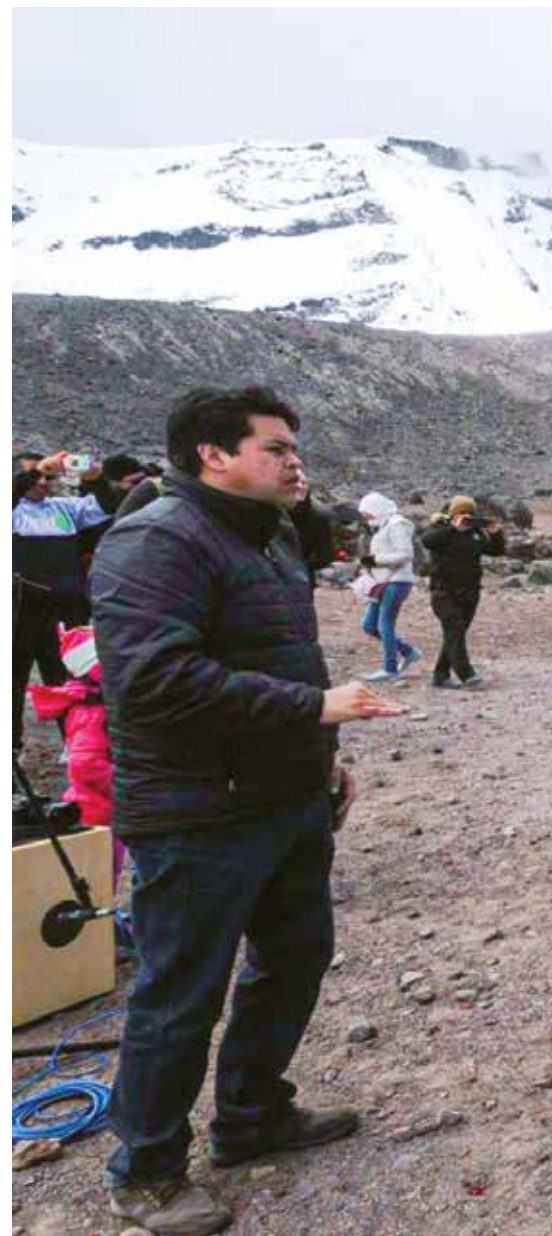
—A mí me inspira llegar a una ciudad como Guaranda y ver que existe una orquesta infanto-juvenil, me inspira ver los rostros de muchos de ustedes.

Durante el ensayo, el pianista ha tomado un esfero como batuta y los dirige sin contemplaciones por su edad.

—La percusión son muchos colores. Ese 'crescendo' que les estoy pidiendo es un color.

No hace mucho que les entregó las partituras, pero los niños leen ese tejido de signos y pentagramas como un cuento.

—Están haciendo el ataque muy fuerte. Ahora vamos a tra-



bajar los acentos. El violín canta mucho más. Cuidado con la voz de los instrumentos.

Todo va quedando listo para el concierto.

Si

En una orquesta sinfónica el primer violín siempre es el concertino (léase 'conchertino'). Una especie de asistente del director, su persona de más confianza. Siempre se sienta a su izquierda.



Solo que en esta orquesta no es el 'concertino', sino la 'concertino'. Se llama Eimy Alejandra Olalla, una niña de 15 años, blanca, delgada, con la cara tan tierna, con el pelo tan lacio.

La primera vez que la vi fue antes del ensayo para el concierto con Juanita Burbano. Pensé: «Es una niñita enseñando a otros niñitos». Ella estaba frente a sus compañeros, los brazos extendidos, su voz de mando, sus gestos rígidos. Los demás obedecían. Pedía silencio, se hacía

silencio; pedía que tocaran, ellos tocaban.

Pregunté sobre Eimy a muchas personas y las respuestas se parecían: «Es como hablar con un adulto», «es muy madura», «es tremenda». Y ella misma se reconoce en esas respuestas.

—Las cosas como tienen que ser. Hay que cumplir las reglas; si dijo algo el Director o una maestra, hay que cumplirlo, la palabra de ellos es la que vale.

Su casa 'clasemediera' está al final de una de las cuestas de

la ciudad, a la que llegamos en la camioneta doble cabina de su padre. La niña dice que su carácter lo debe a dos personas: a su mamá y a la profe Gladys, encargada de los violines en la orquesta.

Describe a su mamá como una mujer muy recta. Y lo es. Para hablar, para sentarse, para reír, para llorar. Es distinta a su esposo: movedizo, bromista, buen narrador.

Sobre la profe Gladys, en cambio, Eimy dice que esa fama

La primera vez que la vi fue antes del ensayo para el concierto con Juanita Burbano. Pensé: «Es una niñita enseñando a otros niñitos». Ella estaba frente a sus compañeros, los brazos extendidos, su voz de mando, sus gestos rígidos. Los demás obedecían. Pedía silencio, se hacía silencio; pedía que tocaran, ellos tocaban.

de ser la más estricta, la tiene bien ganada.

—Yo no soy nada, comparada con lo que era la profe Gladys. Soy una réplica barata. No es que gritaba siempre pero, cuando nos gritaba, queríamos salir corriendo. Nos regresaba a ver con esos tremendos ojazos.

Pero pronuncia enseñada una frase que cualquier maestro quisiera escuchar de su pupilo: «Le debo mi vida ‘violínica’».

La concertino se levanta cada día a las seis de la mañana. Va al colegio hasta la una de la tarde, almuerza en casa siempre al apuro y sale al ensayo de la orquesta. A las cinco y media va a clases de inglés. Llega a la casa, cena con su familia a las ocho de la noche y recién entonces vienen los deberes.

—Mi vida cambió con la orquesta. Tengo muchas cosas para contar cuando tenga hijos.

—**No tienes las mismas necesidades que los otros niños ¿Qué ha representado compartir con la familia Chacha?**

—No son nada diferentes. Hay cosas diferentes, costumbres y cosas así. Pero nos llevamos superbien. Les respeto demasiado. ¡Wow!, hacen tanto por ir a la orquesta, me han dado tantas lecciones de vida. El chiquito, Irpa, tiene una chispa. De la emoción me ha hecho llorar.

Otra vez Do. Un final, o el inicio de una escala más alta.

¿Por qué no es una orquesta cualquiera? Porque les dio a estos niños algo que la vida les negaba. Una oportunidad.

Como a Samya y a sus hermanos, que al principio solo hablaban entre ellos y ahora son amigos de todos y pueden enseñarles a jugar a las ‘cogidas’ o participar juntos en un concurso de reguetón.

Como a Esteban, a quien ya nadie molesta por ser ‘gordito’ y ahora, cuando empieza a hablar, es difícil que pare. Que ahora tiene para comprarle a su padre lo que quiera, mucho más que el maíz para los pollos.

Como a Eimy, que pudo componer su primera canción en Bélgica, le encantó caminar los pasillos de esa escuela y quiere regresar pronto.



¿Qué es una segunda familia?

Lo entendí cuando uno de los profes me contó que un día llegó a los ensayos y encontró a los niños Chacha comiendo panes y plátanos y que cuando se enteró de que era su almuerzo, compró un pollo entero y se los regaló. Y me dijo que ese había sido su dinero mejor gastado.

Lo entendí cuando Eimy me confesó llorando que su mamá se enfermó de cáncer y tuvo que viajar semanas enteras a Guayaquil por su quimioterapia. Que ella no se quedó con ningún tío, sino en la casa de los profes Kléver y Vicky. Que ambos se quedaban hasta la medianoche, acompañándole a hacer deberes.

Y que ahora a ellos también les dice papás.

Lo entendí en el Chimborazo, en el concierto con el pianista venezolano, cuando por el frío, la falta de oxígeno y porque no habían desayunado, algunos niños comenzaron a sentirse mal. Y los profes dejaron sus instrumentos en la tierra para acurrucarlos como la gallina a los pollitos en la canción.

Lo entendí, muchos días después de conocerlos, cuando la profe 'Vicky' me dijo por teléfono: «ya soy abuela», porque se encontró con una exalumna de la orquesta y le contó que tuvo a su primer bebé.



¿Qué es el futuro?

Para Samya, el futuro es ser maestra de viola. «No hay maestras especializadas en viola», me dijo. Aunque también le gusta la jastrofísica!

—Lo que más me está llevando es la música. Pero me gusta

también eso de las estrellas. (Es, tal vez, porque las tiene tan cerca).

Para Eimy, el futuro es viajar por el mundo con su música. Volver a Bélgica, aprender a componer, tal vez a dirigir. Pero le 'pesa' un apodo que le pusieron de pequeña: 'la abogada'.

—Mi objetivo es que nos conozcan en todo el mundo. Tengo pensadas dos carreras: Música y Derecho. Las leyes me gustan, pero, por otro lado, está la música. Solo que suene algo, me llega al alma...

Y ese es el mejor legado de los profes para estos niños: haberles regalado un futuro y haber puesto la música en ese futuro. Al final, hay demasiados futuros posibles aquí.

—La pregunta ahora es a dónde proyectarnos —dice Vicky—. Ya están grandes los chicos. A muchos hemos avanzado a ponerles en la Banda Municipal. Pero, ¿qué hacemos con el resto?

Pero Kléver siempre tiene una idea: «Llega un punto en el que queremos más. Mi loca idea es hacer una filarmónica», me



dice, aunque ninguno de los dos sabe bien qué carajos es eso.

Publicado originalmente en diario *La Hora*.

Fotografías: Fidel Delgado, publicadas originalmente en diario *La Hora*.

(Esta crónica forma parte del libro *Horror en el sexto y otras crónicas*, publicado por Dinediciones, 2020).



Alexis Serrano Carmona

Quito

Periodista por la Universidad San Francisco de Quito, actualmente cursa una maestría en Literatura y Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar. Durante 13 años trabajó en diario *La Hora*, donde fue: pasante, reportero, editor de dos secciones, jefe de información y editor general. Fue colaborador y miembro del Consejo Editorial de la revista *SoHo Ecuador* hasta su desaparición. Sus textos se publican también en *Mundo Diners* y la revista digital *Scopio*. Ha ganado dos veces el premio nacional Eugenio Espejo, de la Unión Nacional de Periodistas y ocupó el tercer lugar en el premio Jorge Mantilla Ortega, cuando lo entregaba diario *El Comercio*.

La postal de una mujer inclinada hacia la quebrada

■ Esteban Mayorga

Ahora que ya no estoy con ella tengo ganas de llamar a su madre, no a su padre porque ya murió, y decirle: «¡Qué más, vea!», y al mismo tiempo abrazar a dos flacas lelas por los lados. Que vivan en fondas y que sean, como ya dije, zonzas.

Ahora que ya no estoy con ella releo sus correos y muerdo de la pena y de la angustia y me la imagino, este mismo momento, abrazada a un hombre grande y joven de piel rosada mientras escuchan música y Jofre les ronronea, y les hace torito con la cabeza. Se me extingue la lumbré completamente.

Ahora que ya no estoy con ella y veo a mi hijo no puedo dejar de imaginármelo hijo de ella también. Seguro hay algo de ella en él y de ella en mí hasta ahora, como por ejemplo la fascinación de nosotros tres por el estofado o por los chistes malos.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si mi hijo, cuando se entere de que estuve casado con una madrileña, me pregunte: ¿Qué es el Guarro de Vallecas? Y cuando él me lo pregunte yo le responda algo así como: es lo que hay, o le responda con un verso que le escribiera a ella: Vibran en la luna fragmentos de piel asustada.

Ahora que ya no estoy con ella pienso en el *blog* del gato Jofre. El *blog* era gracioso porque tenía, además, fotos y comentarios en burbuja como de novela gráfica. Estaba bien hecho, como todo lo que ella hacía menos el amor, y tenía cierta estructura episódica pero también estaba permeado por una suerte de ironía o cinismo. Hay seres que viven así todo el tiempo, no solo el invierno, creando belleza para otros sin esperar nada.

Ahora que ya no estoy con ella asumo que sus hermanas y su madre —porque su padre murió justo un mes antes de que la dejara, con aquella enfermedad horrible llamada esclerosis lateral amiotrófica— estarán chismeando sobre algo sin importancia. Era su costumbre. Pensar en un vecino y criticarlo, en un sudaca o exnovio, hablando mal de la gente siempre, tanto que el aire se llenaba de un verdor podrido.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si es que sigue desayunando avena media seca con miel pero sin pasas, porque la avena líquida y diluida, y las pasas, no le gustaban nada. También desayunaba tos-



tadas con mantequilla porque la mantequilla era una de las cosas que más le gustaban, le ponía feliz no solo por las mañanas sino, y sobre todo, por las tardes, para poder sobrevivir al tedio invisible e incesante de siempre.

Ahora que ya no estoy con ella quisiera saber si es que sigue yendo, en Madrid, a Viena Capellanes a pedir una napolitana de chocolate y a tomar un café con leche, en vaso, y quedarse viendo a la gente. Quejándose mientras ve a la gente, uno de sus pasatiempos favoritos, además de pensar en la tristeza de nuestra relación, similar a aquella de, por dar un ejemplo, ventanas abiertas sin asegurar por las cuales entran parches de luz en invierno.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto cómo aprendió a manejar porque nunca quiso hacerlo al estar conmigo, y luego

supe que lo había hecho y que se había comprado un carro. ¡Un carro! ¡Ella manejando! ¿Y si le diera un ataque de pánico al volante? ¿Uno de rabia cuando se le cruzara una persona en una camioneta doble cabina, cuatro por cuatro, con transmisión CVT? Un tipo pitándole sin parar por no señalar el cambio de carril mientras a ella, por la noche mientras maneja, le baña la luz de las estrellas de Maine hasta la muerte. Patea el volante cuando se cabrea, eso es seguro.

Ahora que ya no estoy con ella me da curiosidad por saber qué carro se compró (ojalá un 504 o un 505) y de qué color; de paso si es que es cuatro puertas; si es que es un sedán o un jeep cuatro por cuatro con transmisión CVT; y si lo compró nuevo (error) o usado. Si fue usado me da curiosidad saber de quién era antes y

cómo lo trató, y si al pegarle el sol o la luna la pintura le brilla como el agua del mar entre las rocas.

Ahora que ya no estoy con ella me muero por saber si es que va a publicar su libro sobre pintura y poesía del siglo XVII, un tema tan bacán como difícil, es decir como lo era ella y como tal vez, por un momento lo pienso, sea mi esposa actual o lo sea yo, pero sin la hermosura sino solo con la dificultad de oruga oxidada. Les pregunto a ustedes si es que les interesaría leer semejante libro, que era su tesis doctoral y por la cual lloró por años, sufrió y sintió morir con ataques de pánico y de rabia. Verla hacer la tesis para mí era difícil. Era bonito también. Era sedimentos de agosto, era el vicioso Ramírez conchabado al adolescente.

Ahora que ya no estoy con ella tengo ganas de saber si es que sigue leyendo esas novelas gordas en inglés de autores como Sheridan Le Fanu.

Ahora que ya no estoy con ella, y pensando en Le Fanu, me pregunto si es que sigue con su proyecto de lectura de Dickens porque quería leer su obra completa y poco a poco lo iba logrando. Qué pereza. El último que leyó, lo recuerdo, fue *The Posthumous Papers of the Pickwick Club*, la primera novela de este autor. Tenía leídos unos diez libros de él, fácil, pero no recuerdo los títulos. Qué aburrición, repito.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber si es que se puso frenillos porque era una de sus ambiciones desde que la conocí, pero no tenía el dinero. Sus dientes delanteros estaban superchuecos y creo que se beneficiaría harto de hacerlo porque su autoestima era minúscula, y ahora que tiene trabajo de profesora a tiempo completo, con derecho a nombramiento en una buena institución, es probable que si no lo ha hecho ya, lo haga a futuro. Liarse con alguien, una noche tenebregosa, es lo que sigue.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto, todos los días, si es que me odia realmente o si es que me culpa por dejarla, o si es que me entiende y sabe por lo que pasé, ¿o si no lo sabe por lo menos lo intuye y se dice cómo soportarme?, o algo así. Tanto los talones como el corazón, al pensar esto, se me ponen como yeso cristalizado.

Ahora que ya no estoy con ella me muero por saber con quién está y qué hace todos los días. Me la imagino en la cocina picando la cebolla sola; sola en su cuarto leyendo con una lámpara de Ikea; en el carro yendo a hacer la compra sola. Todas estas for-

Sus dientes delanteros
estaban superchuecos y
creo que se beneficiaría
harto de hacerlo porque
su autoestima era
minúscula, y ahora que
tiene trabajo de profesora
a tiempo completo, con
derecho a nombramiento
en una buena institución,
es probable que si no lo
ha hecho ya, lo haga a
futuro. Liarse con alguien,
una noche tenebregosa,
es lo que sigue.

mas de imaginarla sola me rompen. Tengo un tío solitario cuyo apodo, por ser bajo, es el Uva y ahora pienso en él y en el hecho de que mi tío Uva nunca se va a enterar cómo estos pensamientos me hacen pensar en él.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber si sigue con la boca seca por las mañanas, con

las manos cuarteadas al atardecer, por fregar tanto, y tomando gin y comiendo estofado por las noches antes de ver la serie.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber cómo llevó la muerte de su padre porque yo la dejé justo cuando pasó. Este proceder es un ejemplo de cómo fracasó la superestructura de nuestra relación.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto miles de veces si es que sigue sin hablarle a su hermana mayor, la cual, según recuerdo, quería apropiarse de la herencia del padre (cuadros mediocres porque era pintor, pero más que nada otros bienes materiales y costosos como un Mercedes viejo que lo tenía en el garaje herrumbándose y empolvándose a una sola y misma vez). Gordos tenía los nudillos, tibios de tanto fumar, a ratos desopilantes carcajadas: eso recuerdo de él la única vez que lo conocí.

Ahora que ya no estoy con ella tengo muchas ganas de saber si es que muere de miedo todavía al volar en avión. Esto me lo pregunto porque sé que desde que no está conmigo es aventurera y hace todo sola, y parece que no tiene miedo de nada, aunque lo dudo realmente porque vivía aterrada por todo, así como yo. Sentir miedo es la ocupación más cansada de todas.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber si es que sigue haciendo chistes sobre cualquier cosa, principalmente aquellos chistes conceptistas y finos sobre cualquier estupidez como imitar

la voz de alguien o soltar elegantes ironías, o poner apodos ciertos basados en la pinta de hombres y mujeres: lluchos, viejos, tullidos, espalda barrosa, con o sin lentes, daba igual.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber también si es que sigue haciendo chistes cerdos, que también eran su especialidad. La verdad es que hacía buenos chistes todo el tiempo, era de mente ágil y perversa, negra, negra, lo cual contrastaba con sus remilgos frente a cualquier ser que no fuera de confianza.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si se le perdió el acento quiteño que yo le pegué (esto según sus amigos y familiares españoles), como a mí se me pegó, según algunos amigos y familiares ecuatorianos, el acento madrileño con el que ella hablaba. Que hablo como chileno me dicen ahora, a veces, y a veces me dicen que hablo como guayasense. Su lengua era un tamarindo persa que soltaba bramidos pidiendo que la quieran.

Ahora que ya no estoy con ella me meo de risa al recordarla en ese pijama de gato, entero, de color blanco con forro. También me pregunto dónde lo compró y cómo se le ocurrió hacerlo y ponérselo un día que yo no estaba y mandarme una foto de ella con el mentado pijama puesto. Era para mearse de risa. Dulce también, como lo eran sus uñas en forma de lenteja y sus largas pestañas alemanas.

Ahora que ya no estoy con ella me armo un relato sobre ella que no es nada trágico pero que me mata de iras, pena e impotencia. Este relato es lo único que cuenta. Este relato bien podría ser

este libro, cuyo significado se me escapa como pericote asustado.

Ahora que ya no estoy con ella soy feliz; antes no lo era. Digo esto a pesar de que no puedo comparar el antes y el después, no funciona así, así como tampoco se puede comparar esposas o esposos, ni peñas rugosas con asfaltos en cuesta, no se diga chales con bufandas. La verdad es que tengo intermitencias de felicidad, nomás, no creo que sea feliz.

Ahora que ya no estoy con ella amo a otras mujeres maravillosas, tan bacanes, guapas e inteligentes como el llanto de los gallos en Patate, la tierra de mi familia y a la cual nunca espero volver. Esta salida aldeana y patética, ahora que tengo más de cuarenta, me parece adecuada.

Ahora que ya no estoy con ella pienso en ir con mi esposa, mi hijo y mi hija a Flandes y comer lonchas de jamón con pan y beber cerveza Leffe, la mejor de todas.

Ahora que ya no estoy con ella creo que mis dos gatos actuales no se llevarían con Jofre porque él era un gato tranquilo, dulce y frágil, y mis gatos de ahora son duros, fuertes y dominantes. Además, que son más de mi esposa actual que míos. Les tengo como miedo a estos gatos en ese sentido, en el sentido en que le podrían hacer daño a Jofre Torbay, el cual me hace llorar con relativa frecuencia. Igual cosa con la perra, que es de mi esposa actual, pero eso es otro cuento introspectivo que no merezco contarle a nadie: ¿cómo estará mi gato? Cómo se lo pasará cuando a ella le dé ataque de pánico o rabia y quiera destruir todo, incluido a él. ¡Pobre felino sésil, sujeto a ella!

Ahora que ya no estoy con ella pienso en la edad de la madera que quemamos al prender la chimenea de nuestro departamento en Búfalo tantas veces (serían unas treinta veces) en el invierno. ¿Qué edad tendría esa madera? Mínimo unos treinta años, tal vez más. ¡Quemar árboles de treinta años es una monstruosidad y debería estar prohibido!

Ahora que ya no estoy con ella me imagino que el último verano se fue a España a ver a su familia para pasarlo pésimo porque con su familia solo había como pelear o hacerse el simpático de modo hipócrita, y esa hipocresía se ejecutaba al comer bien mientras se discutía y se bebía un roncito, dos roncitos, cinco roncitos. ¡Duro como el fierro!

Ahora que ya no estoy con ella sueño que estoy en un estanque lleno de ranas rojas y que tanto ella como yo somos también ranas, pero de color gris, o de color negro (trillado), y que el resto del mundo son ranas rojas paradas en troncos flotantes. Esa imagen la tengo congelada dentro de mí pero no es una imagen fija sino una que cambia elegantemente a pesar de estar congelada. Por ejemplo, en vez de ranas somos tortugas, un sueño, iguanas otro, pímbalo huilli-huilli otro: la piel negreada de estos renacuajos haciéndose gris o negra como la helada prematura de la muerte.

Ahora que ya no estoy con ella pienso en Patate, pero también pienso en el pueblo andaluz llamado La Higuera, que es de donde era la familia de su padre, tan enigmática como perversa. Las historias que contaba de su abuela paterna me ponían la piel



de gallina, igual cosa con aquellas que contaba de su abuela materna. La helada prematura de la muerte.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si sigue siendo tan tacaña como para no pagar un plan de celular y seguir con prepago. Le salía más caro, pero no había cómo hacerle entender. ¡Había que hacerle entender mordiéndole las peras, las nalgas, los labios! ¡Aquellos labios horizontales y subterráneos!

Ahora que ya no estoy con ella me vuelvo a preguntar si es

que por tacaña dejó de contratar servicio de internet porque cuando la dejé instalada en su departamento, al separarnos, me dijo que no quería contratarlo porque era caro y no iba a pasar en casa.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si algún alumno o alumna suya de las clases de máster que ella dictaba, en Boston, se enamoró de ella de modo fugaz y se le fue el amor al conocerla, o tal vez se le llenó el amor más, al conocerla, y fueron felices.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si algún profesor se enamoró de ella. Esto es probable porque es encantadora pero el problema está cuando tanteas a fondo y todo empieza a corroerse por la mente que le funciona mal y por las incoherencias impredecibles de su accionar. Pero mi lectura es limitada, porque ahora pienso que todo este accionar puede ser también una suerte de añagaza para atraer, mediante la ilusión, a cualquier ser, como yo, que le haga falta sazón en su vida.

Ahora que ya no estoy con ella me vuelvo a preguntar si es que el que tiene problemas mentales no soy yo. Pura estampida de calipsos en el rostro, siento al hacerme esta pregunta; profunda en las muñecas, en las venas, la verdad, y es que seguro tengo problemas mentales.

Ahora que ya no estoy con ella no puedo evitar pensar que todo el mundo es arrogante salvo algunas excepciones, entre las cuales están sin duda ella, mi amigo Ji., mi amigo Jo. y mi pana Se., cuya navaja siempre está afilada.

Ahora que ya no estoy con ella estoy convencido de que lo que me pasa es un chiste, como ser escritor, y especialmente chistosa se me hace la gente que piensa que no es chistoso serlo. Al mismo tiempo no es un chiste, sino que es real, cruel, simple y feo, como ser policía de migración.

Ahora que ya no estoy con ella creo que no sé nada de inglés, especialmente no sé escribir en este idioma. Y cuando hablo me oigo un acento terrible, un acento que no oía cuando estaba con ella, o que sí lo oía pero que no me importaba, no estaba

consciente de él. Igual cosa con el español, guango o guayasense mediante.

Ahora que ya no estoy con ella quiero, a ratos, estar con ella y abrazarle y decirle que ya no la amo, son memorias adyacentes a la mordida del tiempo. Y es que ya no la amo, pero al mismo tiempo pienso en ella más de lo que debería.

Ahora que ya no estoy con ella todo el tiempo alguien me interrumpe; que mi hijo; que mi hija; que la niñera; que la esposa; que la compra; que mis padres; que un gato; que la perra; que el mamey. No puedo escribir ni leer. Me cabrea, me frustra. Antes solo ella me interrumpía y ya sabía más o menos cómo apañarme con semejante ser, ahora el agobio me hace querer irme, irme lejos, o en su defecto, porque no puedo irme, desmayarme encima de flores espinosas.

Ahora que ya no estoy con ella no tengo trabajo porque al dejarla me mudé de país y perdí mi trabajo. Por eso necesito ganarme un premio literario.

Ahora que ya no estoy con ella no consigo trabajo y esto me está sacando de quicio porque tengo la mente deportiva y competitiva. Este es mi objetivo, por lo cual puedo decir que es el primer acontecimiento que espero se dé. Sé que puedo dar clases de lo que sea, incluso de tiro, con escopeta de chispa, mi segunda especialidad, porque la primera es en ciencias mortuorias. Este es el segundo acontecimiento importante que espero se dé en mi vida: dar clases de tiro con la escopeta de chispa de mi abuela. No soy modesto desde que estoy buscando trabajo y desde que vivo en Quito, quiero ser inmor-

tal como Mumm-Ra. ¿Qué tercer acontecimiento importante develará mi inmortalidad?

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si es que sigue siendo hincha del Atlético o si se cambió a algún equipo trillado. Esta pregunta es estúpida como escribir aquí ciruelas pasas, o chin pum pan tortillas papas.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber si es que le sirvió la residencia estadounidense que le tramité y que conseguimos gracias a mi trabajo como profesor. Por años fue un papeleo carísimo y tonto, no se diga inservible, y por eso quiero saberlo, así como quiero saber cómo el viento se apura libre en la oscuridad al verla pasar.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber en qué se halla su único sobrino, Álex, el cual vivió con nosotros por dos meses durante el verano, en Boston, en nuestra suite de estudiantes, tan pequeña e incómoda. Me acuerdo que quería ser policía y que estaba entrenando para el examen físico y que era un examen jodidísimo porque exigía un montón de cosas, entre ellas hacer caballito en moto, saltar no sé cuantos metros, correr no sé cuanta distancia en no sé cuantos segundos, etcétera. Quería ser policía porque su padre, que no vivía con él desde hacía años porque su madre lo había divorciado dado que era bipolar, es policía. Ser policía en Albacete, ese era su sueño. ¡Gente del mundo relájense y aprendan de Álex!

Ahora que ya no estoy con ella tengo curiosidad por saber si sigue tomando tanto té y nada de café. Su preferido era el *Earl gray* y el *English breakfast*. Libre en la

oscuridad quiero que apure su té con mi leche dentro.

Ahora que ya no estoy con ella quiero saber si es que le sigue encantando la pizza de pollo en salsa de búfalo a pesar de ser la pizza más horrible que haya, más horrible incluso que las voces que me llaman desde lo oscuro para hacerme escribir esto.

Ahora que ya no estoy con ella todo el tiempo alguien me interrumpe; que mi hijo; que mi hija; que la niñera; que la esposa; que la compra; que mis padres; que un gato; que la perra; que el mamey. No puedo escribir ni leer. Me cabrea, me frustra. Antes solo ella me interrumpía y ya sabía más o menos cómo apañarme con semejante ser, ahora el agobio me hace querer irme, irme lejos, o en su defecto, porque no puedo irme, desmayarme encima de flores espinosas.

Ahora que ya no estoy con ella me urge saber si es que leyó algún libro de ficción de un ecuatoriano o ecuatoriana en su vida. Creo que un libro mío, sobre ciencia mortuoria en la morgue de Collaquí, sí lo leyó, pero no estoy seguro. Era algo que no le

interesaba para nada y es más o menos normal: ¿qué libro te interesa de Nigeria? ¿Qué autor o autora has leído de Andorra?

Ahora que ya no estoy con ella constato que solo tengo un álbum de fotos que ella me regaló de nuestro viaje a Sevilla. Vigor gritón me da preguntarme si lo pasó bien la última vez que fue a Sevilla al Congreso de especialistas en Barroco y Renacimiento, porque cuando este Congreso tuvo lugar ya no estábamos juntos.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si es que puede pagar el alquiler sola o si es que su madre le ayuda. O si es que vive con alguien más, un compañero de piso, una compañera de piso. Si es así, ¿quién es? ¿De dónde salió? ¿Cómo es la convivencia con esta persona y con Jofre? ¿Se dividen la comida también y los servicios o se los pagan cada uno aparte? ¿Quién lava, aspira, barre? ¿Quién cocina el lenguado?

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si es que se compró una computadora decente porque tenía una vieja y mala, y lenta como una vaca. La compró barata, eso sí, a un bereber marroquí.

Ahora que ya no estoy con ella me la imagino comiéndose la cabeza por cualquier cosa, entre esas cosas por mí, por mi familia, haciendo búsquedas en internet. Este pensamiento es arrogante, pero me parece real, del mismo modo como yo la he buscado en internet. Igual, me duele pensar que se ha enterado de que tengo dos hijos y de que me he vuelto a casar, lo cual no es difícil de enterarse si es que uno quiere enterarse.

Ahora que ya no estoy con ella siento más que nunca sus codos blancos punzarme el estérnion al dormir.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto si terminó de ver la última temporada de *Downton Abbey* porque terminamos nuestra relación antes de que saliera al aire y habíamos visto juntos las primeras cinco. La serie era lo que era, un drama inglés de los que le encantaban, pero también una cosa tan lejana para los sudacas como yo: vale verga algo tan lejano, esté bien hecho o no.

Ahora que ya no estoy con ella pienso que debo dejar de preguntarme lo que pasa, o lo que deja de pasar al no estar con ella, porque seguimos estando y nunca dejaremos de estar. Debo dejar de escribir sobre ella. Les prometo que este es el último intento, no hay más, y también les confieso que esto me ha costado muchísimo, y que por eso me merezco una crepe de Nutella, o Nocilla como dicen los cursis. O Choquilla como dicen los viejos sudacas como yo.

Ahora que ya no estoy con ella me la imagino comiendo salmón, o ya de plano me la imagino comiendo un sánduche de jamón serrano o espagueti, además del pisto que solía hacer con salmón. De las cosas más ricas que le salían era el estofado con papas y un poco de picante. Receta de su madre. También le salía bien el pollo frito, algo que yo no podía hacer bien, porque el pollo gringo suelta un montón de agua al cocinarse o freírse, y nunca es rico. ¡Sorpresa!

Ahora que ya no estoy con ella ya no hago asquerosidades como mostrar el culo en son de

chiste, y las luces de las lámparas ya no empalidecen mi piel como solían hacerlo. Tantas imágenes, sonidos y olores se han ido ya para siempre, como los númeridos, que eran los naturales del antiguo Reino de Numidia, constituido tras la segunda guerra púnica y cuyo idioma oficial era el púnico bereber septentrional.

Ahora que ya no estoy con ella ya no puedo hablar con acento y tener licencia de decir cosas españolas, aunque bien pensado esto es estúpido, cada uno puede hablar como le dé la gana, con el acento que se le antoje, estúpido resentido cara de culo aquel que critica el acento de la persona y no lo que dice.

Ahora que ya no estoy con ella no tengo a quien hacer preguntas sobre lengua inglesa o castellana, y otras personas me las hacen a mí, y yo respondo lo que puedo, pero no creo tener razón. Ella lo sabía todo y bien, con argumentos. No ser filólogo, todo un impedimento. Conocimiento, ilumíname, vamos singlando hacia la verdad.

Ahora que ya no estoy con ella ya no tengo que pensar en el futuro necesariamente del mismo modo: es decir ya no imagino un futuro mejor porque mi presente es lo mejor que me ha pasado. Hijos y esposa. Gatos y perros. Moto. Peugeot 505. Casa en Collaquí.

Ahora que ya no estoy con ella siento alivio y siento que el suelo me sostiene y que las paredes, que acá son o bien de cemento o bien de ladrillo, máximo adobe, no me empujan, sino que me cubren de algo no menor. Esto es importante para mí porque antes sentía que el suelo era un hueco lleno de sufrimiento y

las paredes tenazas que apretaban y aflojaban a su antojo. Así de ardua era la empresa doméstica, llena de relámpagos putrefactos.

Ahora que ya no estoy con ella sé lo que es el dolor lento y la poca comprensión ante él de gente que no ha sufrido casi nada pero que piensa que su vida es una mierda: la relativización es engañosa, pero ayuda un montón, hay que escuchar cosas y darles motivo con perspectiva. Mi alumna violada, por ejemplo.

Ahora que ya no estoy con ella no tengo que aspirar, cocinar, limpiar, barrer, ni lavar la ropa. Por suerte tenemos a alguien que nos ayuda con esas cosas. Y yo sin trabajo. Digo esto porque nos dividíamos las tareas y eran arduas empresas de todos modos, me espesaba el pulmón el aliento entrecortado, y en ese esfuerzo había una verdad, como habrá, me supongo, una verdad al mear con blenorragia.

Ahora que ya no estoy con ella no pienso lo peor, a priori, de cada persona como era su costumbre y luego se volvió la mía. Desconfiar. Eso era desde la mañana hasta la noche, pensar lo peor de cada persona y estar siempre previendo que te van a cagar. Qué desgaste de energía pensar lo peor de la gente. Siempre citaba aquel refrán: Piensa mal, y acertarás. Como ya no estoy con ella y no tengo a quien preguntar sobre el origen de este refrán, lo busco en el CVC y pone lo siguiente:

Tipo: Refrán

Idioma: Español

Enunciado: Piensa mal, y acertarás

Ideas clave: Crítica

Significado: Si uno no quiere

equivocarse, debe tener mala opinión de los demás.

Marcador de uso: De uso actual

Fuentes: Fuente oral

Ahora que ya no estoy con ella puedo decir que la religión no vale nada, aunque no siento ni pienso esto *realmente*. Como relato me parece fascinante y como pensamiento me parece que se sostiene, en el aire, de forma individual. De todos modos, es algo valioso desde dentro de uno porque rompe, o debería romper, con la razón de un modo misterioso, y a veces bello en su introspección e intimidad.

Ahora que ya no estoy con ella puedo decir que la política es importante y que la entien-

do pero que no me interesa. Esto es un error, lo sé, pero es lo que realmente siento. Sé que es un error porque acabo de enterarme de que secuestraron a la hermana de una exnovia del colegio. Estuvimos juntos dos semanas porque teníamos doce años, o algo así. Yo le cogí la teta en el recreo, con ropa, obvio, y en casa me hice la paja varias veces: su teta era voluminosa y dura como una teja. Lo del secuestro fue por motivos políticos porque su padre era un político famoso. Esmerándote en las flamas, malcriado, me dijo mi madre cuando me pilló.

Ahora que ya no estoy con ella puedo hablar de drogas, decir que pueden dar experiencias



increíbles a quien las consume. Digo esto a pesar de que he probado pocas drogas en mi vida. Serán unas mil veces marihuana, unas mil veces coca, unas cien gomitas de ácido y una funda de ziplock pequeña de pepas de éxtasis. Mi exesposa no había probado ninguna droga nunca en su vida y ante eso me saco el sombrero, porque hay tanta presión cursí por pasarlo bien, y esa presión es tan predecible que le quita cualquier interés a eso de «pasarlo bien»; era tan inestable que era preferible que no probara nada de nada, además.

Ahora que ya no estoy con ella siento que ya no tengo dos tanques de gas, llenos, atados a mi espalda y siento también que cada uno, en las relaciones de pareja, puede y debe preocuparse por sus propios tanques de gas. Me refiero a las cosas del día a día, pero no necesariamente a las enfermedades, alegrías o decepciones, a menos que esa persona esté enferma de modo crónico como era su caso.

Ahora que ya no estoy con ella ya no vivo alquilando departamento si no que vivo en el departamento de mi esposa actual, que lo tiene en propiedad. Aunque nos queda pequeño porque somos cuatro más dos gatos, más la persona que nos ayuda con la casa y más la niña, está superbien. Tiene jardín grande, yo me adueñé del estudio y puse mis libros y mi computadora, y tengo donde parquear la moto y el 505. Quiero un temblor que lo destruya todo para anhelar algo más.

Ahora que ya no estoy con ella puedo decir a todos que ya no estoy con ella y estar calmado. Antes me sentía mal por decir

que ya no estaba con ella, cuando la separación era reciente. De ahí que me apeticiera un temblor de intensidad mínima cinco.

Ahora que ya no estoy con ella ya no tengo deudas porque al estar con ella tenía que afrontar todo lo económico yo solo. Todo bien hasta que se graduara, pero al mismo tiempo no estaba nada bien, todo bien es un decir tonto y simple. Tengo más canas y me han crecido las entradas, que son como la línea del mar cuando la ola se regresa a su origen, cuando baja la marea, por repetir y repetir aquel apotegma tonto del todo bien. Mi pelo tiene tantas canas y se hacen más visibles porque lo tengo más largo, aunque, al mismo tiempo, tengo menos de él por las entradas ya descritas. Igual se compensa, ¿no? Curiosamente, a ella le gustaba que llevara el pelo corto y a mi esposa actual le gusta que me lo deje lo más largo posible. ¿Qué me gusta a mí? Me gustan las cuevas oscuras, me gusta dejar de lado aquello que ya he empezado y volverlo a retomar, me gusta hacer el amor en posición cuchara y pasar con el mangrullo en carne viva.

Ahora que ya no estoy con ella nadie me pregunta por ella excepto mis amigas Ceci Proaño y Gaby Cárdenas, con las cuales tenemos un grupo de chat y con las cuales a veces salimos a tomar una cerveza. Con la Gaby Cárdenas hice el amor cuando ambos teníamos veinte años y nos fuimos de paseo a la selva. Con la Ceci Proaño nada de nada. A ratos, tengo ganas de hacer el amor con la Gaby Cárdenas nuevamente, aunque no me guste. ¿Será porque soy calenturiento y creo que es algo posible?

A ratos digo: ¿cómo pudo ella fijarse en mí y yo en ella? ¿Qué cosas tuvieron que cuadrar en la muesca del destino para que esto ocurra? A ratos digo: lo fraguado en el pasado puede ser venenoso y no bonito.

Ahora que ya no estoy con ella, y porque me mudé de país y cambié de vida, me doy cuenta de que nadie que realmente me importe la conocía y de que es imposible que me encuentre con ella por la calle, en las fiestas o en los lanzamientos de libros. El tonto soy yo e intento justificarme. Me duele pensar que no la voy a volver a ver nunca más. Fue tan importante en mi vida. Es aún importante en mi vida. Es algo re triste si uno lo piensa bien. Cuando se muera, por ejemplo, ¿cómo me voy a enterar? Quisiera, si esto ocurre antes de que yo muera, ir a despedirme de ella. Llorar. Escribirle algo. Ahora mismo lloro al pensar esto. Duro como aceptar ir solo, solo, por la pendiente del tiempo que todos tenemos que trepar. ¿Qué sombra tengo aún detrás de mí! ¿Se me irá algún día?

Ahora que ya no estoy con ella pienso en las dos veces que vino al Ecuador y que no le gustó nada. Fuimos a Patate y también fuimos a un karaoke en la zona de Quito porque un amigo nos invitó. Mi amigo se casaba al siguiente día y yo era su padrino de bodas, y por eso vinimos. Lo pasamos bien hasta que al siguiente día le dio un ataque de pánico. Pienso que no estábamos tan mal y que su depresión era manejable cuando estaba en tratamiento. Pastillas, porque el analista no sirve de nada. Como ya no estoy con ella pienso que va a tener una vida bonita, aun-

que en ese pueblo infame de Maine en el que vive solo haya langosta, frío y parálisis.

Ahora que ya no estoy con ella no tengo que estar pensando en que no le gustan las motos y

traje de lluvia, por si acaso, tengo radio en el casco para oír la suite de chelo de Bach o hacer llamadas de celular, y tengo una cajuela por si hubiera que llevar cargamento, frágil o no. En esa moto me fui al Quilotoa pasando por Sigchos y por Toacazo, un pueblo pequeño e infame que tiene, en el centro, un edificio moderno con escaleras eléctricas.

Ahora que ya no estoy con ella no recuerdo bien muchas de las cosas que vivimos, entre otras cosas porque cuando algo te duele, el cuerpo y el seso hacen un esfuerzo por olvidarlo o dejarlo de lado. Es evidente que este es el caso y por ello, por no recordar, en el vacío que deja el olvido, me armo relatos horribles, pesadillas, procesos de sanación inconclusos. Es feo, verán, es como estar ubicado entre las almas suspendidas y que nunca te brillen las pupilas, duele como que te estreguen el mangrullo con viruta.

Ahora que ya no estoy con ella juego al fútbol y voy al gimnasio. Ahora recuerdo que esto también lo

hacía cuando estaba con ella, así que ahí no hay cambio alguno. ¿Tal vez juegue mejor al fútbol? ¿Tal vez en el gimnasio alce más peso? Yo en la cancha no hago mucho, faltas, pases malos y poco más. En el gimnasio soy lo que soy, solo allí me brillan las pupilas y la frente, se me salen

Me duele pensar que no la voy a volver a ver nunca más. Fue tan importante en mi vida. Es aún importante en mi vida. Es algo re triste si uno lo piensa bien. Cuando se muera, por ejemplo, ¿cómo me voy a enterar? Quisiera, si esto ocurre antes de que yo muera, ir a despedirme de ella. Llorar. Escribirle algo. Ahora mismo lloro al pensar esto. Duro como aceptar ir solo, solo, por la pendiente del tiempo que todos tenemos que trepar. ¡Qué sombra tengo aún detrás de mí!
¿Se me irá algún día?

puedo comprarme otra moto. Es que ya tengo dos y no tengo trabajo. Tengo mi 505 y es un gasto enorme, lo cual no ocurre con la moto. Por ejemplo, en mi moto pequeña lleno el tanque con dos galones de súper. Y con eso ando ciento cincuenta kilómetros, o sea un montón. Tengo

los músculos por la manga de la camiseta del mismo modo como se me sale la guata.

Ahora que ya no estoy con ella como sano. Quinua, amaran- to, almendras, nada de carnes ro- jas, aunque sí como pollo y hue- vos de campo, y a veces pescado (tilapia o trucha porque el sal- món está carísimo), ghee. Como poquísimos dulces y sí me hace falta más. ¡Un Tango! ¡Un Bíos!

Ahora que ya no estoy con ella duermo pésimo. ¿Será por- que duermo con mi hijo bebé, mi esposa, los dos gatos, la perra tuerta y la cama, a pesar de ser grande, no llega a abastecer?

Ahora que ya no estoy con ella me arrepiento de no haber intentado tener un romance con Dolores, la argentina, del congre- so de Washington DC. O sea, no intenté realmente, y de eso me arrepiento es lo que quiero decir. Ya nada. También me arrepiento de no haber iniciado un romance con una chica, amiga de un ami- go, que quería besarme las tur- mas y llenarse de leche de man- grullo. No me lo dijo así, sino de otro modo, menos soez.

Ahora que ya no estoy con ella no tengo las tardes libres sino puro obstáculo que me cues- ta hartito sortear. Mi mujer actual es guapísima y disfruta del sexo hartito, es buenísimo, aunque no tan bueno como con Sonia la chi- cana. Lo malo es que yo quiero tir- rar dos veces al día y ella una vez por mes. Es uno de los obstáculos que me cuesta hartito sortear.

Ahora que ya no estoy con ella puedo ver el fútbol todo el día. No me interesa más que el mundial, aunque a veces me ol- vido de los horarios de los par- tidos. Ya ven, en realidad no me interesa tanto ver el fútbol, pre-

fiero jugar. Para ello, y a pesar de no tener trabajo, me compré unos pupillos, canilleras y un short especial para el sudor.

Ahora que ya no estoy con ella tengo quien me ilustre so- bre filosofía, y aunque su soli- dez es buena, la dispersión o el desorden de sus conocimientos son evidentes. Eso es típico y me gusta: que el conocimiento sea desordenado, lecturas erráticas y por eso mismo bellas. Pero hay que cachar que es así. Temo, al mismo tiempo, que tal vez yo sea el que se encuentre perdido.

Ahora que ya no estoy con ella ya no tengo quien me traiga libros de España, específicamen- te los de Visor y algunos de Acan- tilado, pero cualquier cosa que no se consigue fácil. Por ejemplo la edición de Gredos de *El asno de oro*. De este libro recuerdo un bu- rro empalmado, hermoso, negro como la luna desnuda cuando no se la ve, como negros son los emprendimientos. Tampoco ten- go quien me traiga Conguitos ni turrón Suchard.

Ahora que ya no estoy con ella sigo con mi cuenta de feis la cual, por hartos años, tuve cerra- da. Un editor me dijo que la abrie- ra nuevamente para promocionar mis textos. Qué pereza. Ya están los inútiles que se pasan promo- cionando, qué risa, cómo se abren y muestran las pecas, y gritan a los cuatro vientos sus secretos. Pero es linda la militancia. Algo ocurre. No se marchita el futuro, como dicen, al contrario. Es lindo repartir machete, también, en el feis, contra los caras de culo.

Ahora que ya no estoy con ella no creo que ella tenga feis y eso me alivia porque seguro todo lo que leía o veía ahí le dolía y le ponía mal. Si tenía celos de todo

lo que veía, y envidia de las per- sonas que ponían sus fotos de viajes y estupideces que comían, es evidente que cualquier cosa tocante a mí y a mi familia le do- lería muchísimo. La gente cara de culo.

Ahora que ya no estoy con ella sigo pensando que mucha gente se merece unos cuantos latigazos, especialmente los ca- ras de culo. Los ingenuos que creen que al excederse causan conmoción, como una llama de jengibre salida del sobaco, son los más idiotas, especialmente los de ahora. Los menos idiotas son los que nunca escribieron o publicaron un carajo y escri- ben columnas de opinión. Pero siguen siendo idiotas *de toute façon*.

Ahora que ya no estoy con ella pienso que he publicado muchos libros. ¿Cómo llegué yo a hacer esto? Ojalá que me sirva para conseguir trabajo, aunque al ritmo que voy le veo imposible. De hecho, veo más posible que me salgan llamas de jengibre del sobaco; calle, calle y beba vino, me dice mi conciencia.

Ahora que ya no estoy con ella y vivo en Ecuador siento que pierdo energía hablando hartito de otros; he empezado, también, a practicar este deporte con tesón y me gusta, aunque como en muchos juegos sea evidente que haya tongo, o crin de caballo aleteando porque va soplado al viento. Puedo hablar bonito del paisaje, en general, que ella odia- ba. Nada más falto de raciocinio que odiar los paisajes para un purista o tradicionalista porque todos ellos, sin excepción, termi- nan por reafirmar lo clásico de algún modo: si odias el paisaje, el problema eres tú.

Ahora que ya no estoy con ella me hago la paja de igual forma que cuando estaba con ella. Tal vez más porque no tengo trabajo. Veo a mujeres que son madres y me riego. Esto no me pasaba cuando estaba con ella y está relacionado con otra cosa, creo, no con ella, con olores y pliegues, por ejemplo, o cosas similares. Y va un saludo especial a Paty Álvarez, la madre de la que estuve enamorado en la universidad.

Ahora que ya no estoy con ella veo a niños pequeños y se me derrite el pecho como lava rica y a presión. Este sentimiento paternal no lo tenía cuando estaba con ella, cuando estaba con ella sentía otras cosas y ahora mismo siento capas de ranas que me soban el pecho.

Ahora que ya no estoy con ella me pregunto qué seguro de salud tiene porque si es que está con pastillas debe tener uno bueno. Esas pastillas son carísimas en EE.UU., cada una como treinta dólares y el seguro tiene que cubrir las porque si no serían novecientos dólares al mes solo en pastillas. El tema es que para que las receten el siquiatra tiene que asegurarse que el paciente esté asistiendo a terapia, una putada todo el sistema. Nada noble sino puro tongo.

Ahora que ya no estoy con ella no puedo ver mucha pornografía porque tengo tantas interrupciones, hay tanta gente a mi alrededor, es tan mala la conexión. Me brilla el glande de la frustración.

Ahora que ya no estoy con ella como más fruta porque a ella no le gustaba tanto la fruta, y por eso no comprábamos mucha y a mi esposa actual le encanta y compramos harta fruta. Además

que la fruta en Ecuador es fresca y barata, los trozos de piña a gritos piden comerse y sus pedacitos de fibra no te gruñen como las frutas del Trader Joe's.

Ahora que ya no estoy con ella me ha dejado de doler la lesión que tenía en la ingle, la cual me había dado por correr diez kilómetros diarios por la noche, cuando hacía dos o tres grados bajo cero. Qué risa yo, corriendo a esa temperatura. Era una época de mi vida en la cual no tenía más responsabilidades que hacer la tesis doctoral. No tenía deudas, pero tampoco dinero, no tenía amigos, no tenía hijo. Solo a ella, que sí me alentaba, la verdad sea dicha. Pero el salir a correr se volvió una obsesión hasta que me lesioné horrible y estuve en rehabilitación por tres meses, curándome de la ingle y meando sangre un día sí, otro no. Ahora tengo otra relación con mi ingle y con el dinero, y no sé definirla, pero la idea marxista de que todo, desde el inicio, está permeado por lo transaccional, no deja de venir a mi cabeza, del mismo modo como donde vivo ahora mucho está regido por la escasez: no existen librerías decentes, nada es barato excepto tal vez los jugos en los semáforos y los encebollados en las denominadas huecas. Pero hay carreteras. La ingle ya no me duele.

Ahora que ya no estoy con ella quiero adoptar un perro, además de la perra tuerta, para que mi hijo chiquito, y mi hija, sean más felices. Este no es el motivo, pero ustedes entienden lo que quiero decir. Hablando de animales: no hablo tanto de cagar o de mear. Con ella hablábamos de cagar, de las tusas o carozos,

de los olores, de todo lo escatológico imaginable; ventajas de estar con una española, supongo. Igual siento menos el peso de la cultura occidental. Cosas como oír *Carmen* de Bizet acá a nadie le importan, con justa razón. Con ella, cualquier referencia cultural occidental salía de una a la conversación y había que estar ojo avizor por el simple hecho de que era lo que es.

Ahora que ya no estoy con ella no tengo ningún interés por los videojuegos, aunque ahora que lo pienso no lo tenía tampoco cuando estaba con ella. Mis sobrinos son fanáticos y espero que a mi hijo, porque a mi hija adolescente no le importan, no le interesen y que solo cante de nuca, o de pecho, versos altísimos.

Ahora que ya no estoy con ella como menos embutidos, lo cual es excelente para mi estado físico y mental, menos guata y menos preocupaciones, más vida angustiosa por conseguir

trabajo y pagar la pensión de mi hijo cuando vaya al colegio o a la guardería, la cual ya escogimos y es tan bonita como cascadas de aguas cadavéricas.

Ahora que ya no estoy con ella muchas cosas siguen igual y pienso y pienso en cosas que sean diferentes para ponerlas acá pero no se me ocurre nada, esto es terrible. ¿Cómo terminar el cuento? Zonzos follan en la huerta ahora mismo y yo pensando en estas pedestres situaciones. Ahora bebo más porque tengo algunos amigos con quienes hacerlo y antes no los tenía, o decidía no salir porque no salir es un gran plan para mí. Prefiero, honestamente, quedarme viendo videos sobre hormigas o abejas reina, o sobre motos dos tiempos, o leyendo a mi poeta favorito, quien hoy por hoy es un tipo que se llama Galway. La verdad prefiero salir y beber con alguien. Drogarme. Estar temporalmente en desuso o suspendido.



Esteban Mayorga

Profesor en la Universidad San Francisco de Quito y en la Universidad de Niágara, Nueva York. Es autor de varios libros, incluidos el poemario *Atar a la rata* (La caída, 2017) y la novela *Faribole* (PUCE, 2018), así como del libro de ensayo *Galápagos: Imaginarios de la evolución textual en las islas encantadas* (Purdue University Press, 2019).

García Lorca y los libros

■ Patricio Herrera Crespo

«*D*ale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada», exclamó el poeta mexicano Francisco de Icaza un día que paseaba por la Alhambra con su joven esposa, en su luna de miel, y miró a un mendigo ciego.

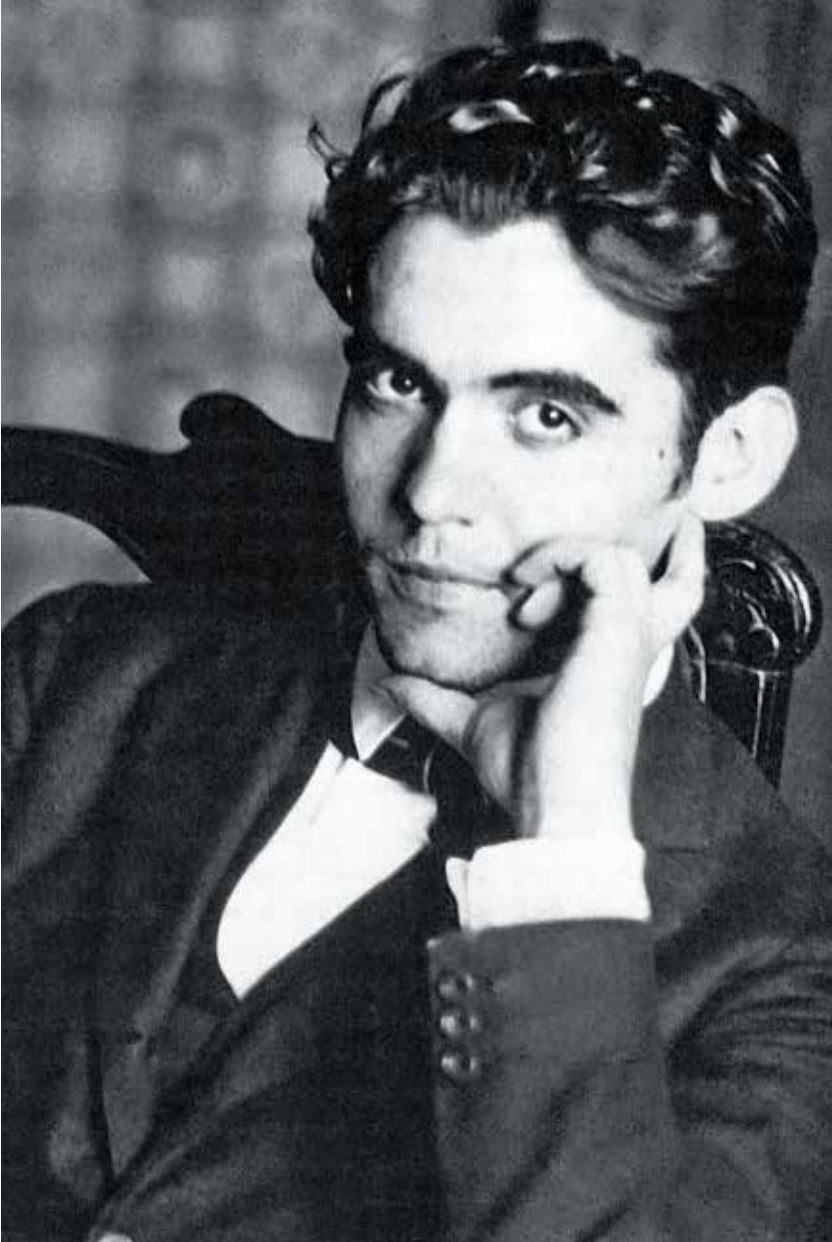
Precisamente en la parte occidental de la comarca de Granada, en la provincia del mismo nombre, hay una pequeña localidad, Fuente Vaqueros, donde nació un 5 de junio de 1898 el más grande poeta y dramaturgo español del siglo XX: Federico García Lorca, asesinado entre Víznar y Alfacar en 1936, apenas a los 38 años de edad, y desaparecido su cuerpo infructuosamente, porque él siguió viviendo en su poesía, en el teatro, en este mundo, en todo el mundo, que son como los ríos de Granada que, como dijo el poeta, «por el agua de Granada, sólo reman los suspiros».

Federico García Lorca se identificó con la música y el dibujo desde pequeño, pero es en 1919, al instalarse en la Residencia de Estudiantes, cuando empieza a encontrar su vocación por las letras. Ya antes había conocido a Manuel de Falla y a Antonio Machado, pero es aquí donde coincide con literatos e intelectuales cuyos nombres trascenderían el tiempo. Había escrito su primer libro, Impresiones y paisajes (1918), y luego El maleficio de la mariposa (1919) y Libro de poemas (1920). Fundó la revista Gallo y el grupo teatral universitario La Barraca; viajó por Europa, fue a Nueva York, que documenta en el libro Poeta en Nueva York, y a Buenos Aires, Argentina, donde estrena su obra teatral Bodas de sangre que multiplica su fama, a las que continuarían Yerma y La casa de Bernarda Alba a su retorno a España. Visitó Uruguay y Cuba. Pertenece a la mítica generación del 27.

Pero más allá del inmenso poeta y dramaturgo, el gran referente de la literatura española del siglo XX, la intención ahora es compartir un discurso que pronunció en un día de septiembre de 1931, cuando el poeta retornó a su pueblo Fuente Vaqueros para inaugurar una biblioteca y se refirió a la cultura y al libro. Lo que dijo hace 90 años se lo escucha tan actual...

Queridos paisanos y amigos:

Antes que nada yo debo decirles que no hablo sino que leo. Y no hablo, porque lo mismo que le pasaba a Galdós y en general, a todos



los poetas y escritores nos pasa, estamos acostumbrados a decir las cosas pronto y de una manera exacta, y parece que la oratoria es un género en el cual las ideas se diluyen tanto que sólo queda una música agradable, pero lo demás se lo lleva el viento.

Siempre todas mis conferencias son leídas, lo cual indica mucho más trabajo que hablar, pero al fin y al cabo, la expresión es mucho más duradera porque queda escrita y mucho más firme puesto que puede servir de ense-

ñanza a las gentes que no oyen o no están presentes aquí.

Tengo un deber de gratitud con este hermoso pueblo donde nací y donde transcurrió mi dichosa niñez por el inmerecido homenaje de que he sido objeto al dar mi nombre a la antigua calle de la iglesia. Todos podéis creer que os lo agradezco de corazón, y que yo cuando en Madrid o en otro sitio me preguntan el lugar de mi nacimiento, en encuestas periodísticas o en cualquier parte, yo digo que nací en

Fuente Vaqueros para que la gloria o la fama que haya de caer en mí caiga también sobre este simpatiquísimo, sobre este modernísimo, sobre este jugoso y liberal pueblo de la Fuente. Y sabed todos que yo inmediatamente hago su elogio como poeta y como hijo de él, porque en toda la vega de Granada, y no es pasión, no hay otro pueblo más hermoso, ni más rico, ni con más capacidad emotiva que este pueblecito. No quiero ofender a ninguno de los bellos pueblos de la vega de Granada, pero yo tengo ojos en la cara y la suficiente inteligencia para decir el elogio de mi pueblo natal.

Está edificado sobre el agua. Por todas partes cantan las acequias y crecen los altos chopos donde el viento hace sonar sus músicas suaves en el verano. En su corazón tiene una fuente que mana sin cesar y por encima de sus tejados asoman las montañas azules de la vega, pero lejanas, apartadas, como si no quisieran que sus rocas llegaran aquí donde una tierra muelle y riquísima hace florecer toda clase de frutos.

El carácter de sus habitantes es característico entre los pueblos limítrofes. Un muchacho de Fuente Vaqueros se reconoce entre mil. Allí le veréis garboso, con el sombrero echado hacia atrás, dando manotazos y ágil en la conversación y en la elegancia. Pero será el primero, en un grupo de forasteros, en admitir una idea moderna o en secundar un movimiento noble.

Una muchacha de la Fuente la conoceréis entre mil por su sentido de la gracia, por su viveza, por su afán de elegancia y superación.

Y es que los habitantes de este pueblo tienen sentimientos

artísticos nativos bien palpables en las personas que han nacido de él. Sentimiento artístico y sentido de la alegría que es tanto como decir sentido de la vida.

Muchas veces he observado, que al entrar en este pueblo hay como un clamor, un estremecimiento que mana de la parte más íntima de él. Un clamor, un ritmo, que es afán social y comprensión humana. Yo he recorrido cientos y cientos de pueblecitos como éste, y he podido estudiar en ellos una melancolía que nace no solamente de la pobreza, sino también de la desesperanza y de la incultura. Los pueblos que viven solamente apegados a la tierra tienen únicamente un sentimiento terrible de la muerte sin que haya nada que eleve hacia días claros de risa y auténtica paz social. Fuente Vaqueros tiene ganado eso. Aquí hay un anhelo de alegría o sea de progreso o sea de vida. Y por lo tanto afán artístico, amor a la belleza y a la cultura.

Yo he visto a muchos hombres de otros campos volver del trabajo a sus hogares, y llenos de cansancio, se han sentado quietos, como estatuas, a esperar otro día y otro y otro, con el mismo ritmo, sin que por su alma cruce un anhelo de saber. Hombres esclavos de la muerte sin haber vislumbrado siquiera las luces y la hermosura a que llega el espíritu humano. Porque en el mundo no hay más que vida y muerte y existen millones de hombres que hablan, viven, miran, comen, pero están muertos. Más muertos que las piedras y más muertos que los verdaderos muertos que duermen su sueño bajo la tierra, porque tienen el alma muerta. Muerta como un molino que no muele, muerta porque no tiene



amor, ni un germen de idea, ni una fe, ni un ansia de liberación, imprescindible en todos los hombres para poderse llamar así. Es este uno de los programas, queridos amigos míos, que más me preocupan en el presente momento.

Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. «Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi

padre», piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía. Ésta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión.

Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo cuantos compro, que son infinitos, y por eso estoy aquí honrado y contento de inaugurar esta biblioteca del

pueblo, la primera seguramente en toda la provincia de Granada.

No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita, ¿y dónde están esos libros?

¡Libros!, ¡libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir: «amor, amor», y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso, Fiódor Dostoyevski, padre de la Revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita, pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: «¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!». Tenía frío y no

pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua, pedía libros, es decir horizontes, es decir escaleras para subir a la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida. Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: «Cultura». Cultura, porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.

Y no olvidéis que lo primero de todo es la luz. Que es la luz obrando sobre unos cuantos individuos lo que hace los pueblos, y que los pueblos vivan y se engrandezcan a cambio de las ideas que nacen en unas cuantas cabezas privilegiadas, llenas de un amor superior hacia los demás. Por eso ¡no sabéis qué alegría tan grande me produce el poder inaugurar la biblioteca pública de Fuente Vaqueros! Una biblioteca que es una reunión de libros agrupados y seleccionados, que es una voz contra la ignorancia; una luz perenne contra la oscuridad.

Nadie se da cuenta al tener un libro en las manos, el esfuerzo, el dolor, la vigilia, la

No sólo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro... Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

sangre que ha costado. El libro es sin disputa la obra mayor de la humanidad. Muchas veces, un pueblo está dormido como el agua de un estanque en día sin viento. Ni el más leve temblor turba la ternura blanda del agua. Las ranas duermen en el fondo y los pájaros están inmóviles en las ramas que lo circundan. Pero arrojad de pronto una piedra. Veréis una explosión de círculos concéntricos, de ondas redondas que se dilatan atropellándose unas a las otras y se estrellan contra los bordes. Veréis un estremecimiento total del agua, un bullir de ranas en todas direcciones, una inquietud por todas las orillas y hasta los pájaros que dormían en las ramas umbrosas saltan disparados en bandadas por todo el aire azul. Muchas veces un pueblo duerme como el agua de un estanque un día sin viento, y un libro o unos libros pueden estremecerle e inquietarle y enseñarle nuevos horizontes de superación y concordia.

¡Y cuánto esfuerzo ha costado al hombre producir un libro! ¡Y qué influencia tan grande ejercen, han ejercido y ejercerán en el mundo! Ya lo dijo el sagacísimo Voltaire: Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros: la Biblia, el Corán, las obras de Confucio y de Zoroastro. Y el alma y el cuerpo, la salud, la libertad y la hacienda se supeditan y dependen de aquellas grandes obras. Y yo añado: todo viene de los libros. La Revolución Francesa sale de la Enciclopedia y de los libros de Rousseau, y todos los movimientos actuales societarios comunistas y socialistas arrancan de un gran libro; de *El capital*, de Carlos Marx.

Pero antes de que el hombre pudiese construir libros para difundirlos, ¡qué drama tan largo y qué lucha ha tenido que sostener! Los primeros hombres hicieron libros de piedra, es decir escribieron los signos de sus religiones sobre las montañas. No teniendo otro modo, grabaron en las rocas sus anhelos con esta ansia de inmortalidad, de sobrevivir, que es lo que diferencia al humano de la bestia. Luego emplearon los metales. Aarón, sacerdote milenario de los hebreos, hermano de Moisés, llevaba una tabla de oro sobre el pecho con inscripciones, y las obras del poeta griego primitivo Hesíodo, que vio a las nueve musas bailar sobre las cumbres del monte Helicón, se escribieron sobre láminas de plomo. Más tarde los caldeos y los asirios ya escribieron sus códices y los hechos de su historia sobre ladrillos, pasando sobre estos un punzón antes de que se secasen. Y tuvieron grandes bibliotecas de tablas de arcilla, porque ya eran pueblos adelantados, estupendos astrónomos, los primeros que hicieron altas torres y se dedicaron al estudio de la bóveda celeste.

Los egipcios, además de escribir en las puertas de sus prodigiosos templos, escribieron sobre unas largas tiras vegetales llamadas papiros, que enrollaban. Aquí empieza el libro propiamente dicho. Como el Egipto prohibiera la exportación de esta materia vegetal, y deseando las gentes de la ciudad de Pérgamo tener libros y una biblioteca, se les ocurrió utilizar las pieles secas de los animales para escribir sobre ellas, y entonces nace el pergamino, que en poco tiempo venció al papiro y se utiliza ya como única materia para hacer

libros, hasta que se descubre el papel.

Mientras cuento esto de manera tan breve, no olvidar que entre hecho y hecho hay muchos siglos; pero el hombre sigue luchando con las uñas, con los ojos, con la sangre, por eternizar, por difundir, por fijar el pensamiento y la belleza.

Cuando a Egipto se le ocurre no vender papiros porque los necesitan o porque no quieren, ¿quién pasa en Pérgamo noches y años enteros de luchas hasta que se le ocurre escribir en piel seca de animal?, ¿qué hombre o qué hombres son estos que en medio del dolor buscan una materia donde grabar los pensamientos de los grandes sabios y poetas? No es un hombre ni son cien hombres. Es la humanidad entera la que les empujaba misteriosamente por detrás. Entonces, una vez ya con pergamino, se hace la gran biblioteca de Pérgamo, verdadero foco de luz en la cultura clásica. Y se escriben los grandes códices. Diodoro de Sicilia dice que los libros sagrados de los persas ocupaban en pergaminos nada menos que mil doscientas pieles de buey.

Toda Roma escribía en pergaminos. Todas las obras de los grandes poetas latinos, modelos eternos de profundidad, perfección y hermosura, están escritas sobre pergamino. Sobre pergamino brotó el arrebatado lirismo de Virgilio y sobre la misma piel amarillenta brillan las luces densas de la espléndida palabra del español Séneca.

Pero llegamos al papel. Desde la más remota antigüedad el papel se conocía en China. Se fabricaba con arroz. La difusión del papel marca un paso gigan-



tesco en la historia del mundo. Se puede fijar el día exacto en que el papel chino penetró en Occidente para bien de la civilización. El día glorioso que llegó fue el 7 de julio del año 751 de la era cristiana. Los historiadores árabes y los chinos están conformes en esto. Ocurrió que los árabes, luchando con los chinos en Corea lograron traspasar la frontera del Celeste Imperio y consiguieron hacerles muchos prisioneros. Algunos prisioneros de estos tenían por oficio hacer papel y enseñaron su secreto a los árabes. Estos prisioneros fueron llevados a Samarkanda donde ejercieron su oficio bajo el reinado del sultán Harun al-Rachid, el prodigioso persona-

je que puebla los cuentos de *Las mil y una noches*.

El papel se hizo con algodón, pero como allí escaseaba este producto, se les ocurrió a los árabes hacerlo de trapos viejos y así cooperaron a la aparición del papel actual. Pero los libros tenían que ser manuscritos. Los escribían los amanuenses, hombres pacientísimos que copiaban página a página con gran primor y estilo, pero eran muy pocas las personas que los podían poseer.

Y así, como las colecciones de rollos de papiros o de pergaminos pertenecieron a los templos o a las colecciones reales, los manuscritos en papel ya tuvieron más difusión, aunque na-

turalmente entre las altas clases privilegiadas. De este modo se hacen multitud de libros, sin que se abandone, naturalmente, el pergamino, pues sobre esta clase de materia se pintan por artistas maravillosas miniaturas de vivos colores de tal belleza e intensidad, que muchos de estos libros los conservan las actuales grandes bibliotecas, como verdaderas joyas, más valiosas que el oro y las piedras preciosas mejor talladas. Yo he tenido con verdadera emoción varios de estos libros en mis manos. Algunos códices árabes de la biblioteca de El Escorial y la magnífica *Historia natural*, de Alberto Magno, códice del siglo XIII existente en la Universidad



de Granada, con el cual me he pasado horas enteras, sin poder apartar mis ojos de aquellas pinturas de animales, ejecutadas con pinceles más finos que el aire, donde los colores azules y rosas y verdes y amarillos se combinan sobre fondos hechos con panes de oro.

Pero el hombre pedía más. La humanidad empujaba misteriosamente a unos cuantos hombres para que abrieran con sus hachas de luz el bosque tupidísimo de la ignorancia. Los libros, que tenían que ser para todos, eran por las circunstancias objetos de lujo, y sin embargo son objetos de primera necesidad. Por las montañas y por los valles, en las ciudades y a las orillas de los ríos, morían millones de hombres sin saber qué era una letra. La gran cultura de la Antigüedad estaba olvidada y las supersticiones más terribles nublaban las conciencias populares.

Se dice que el dolor de saber abre las puertas más difíciles, y es verdad. Esta ansia confusa de los hombres movió a dos o tres a hacer sus estudios, sus ensayos, y así apareció en el siglo XV, en Maguncia de Alemania, la primera imprenta del mundo. Varios hombres se disputan la invención, pero fue Gutenberg el que la llevó a cabo. Se le ocurrió fundir en plomo las letras y estamparlas, pudiendo así reproducir infinitos ejemplares de un libro. ¡Qué cosa más sencilla! ¡Qué cosa más difícil! Han pasado siglos y siglos, y sin embargo no ha surgido esta idea en la mente del hombre. Todas las claves de los secretos están en nuestras manos, nos rodean constantemente pero sin embargo, ¡qué enorme dificultad para abrir las puertecitas donde viven ocultos!

En las materias de la naturaleza se encuentran, sin duda, los lenitivos de muchas enfermedades incurables, ¿pero qué combi-

nación es la precisa, la justa, para que el milagro se opere? Pocas veces en la historia del mundo hay un hecho más importante que éste de la invención de la imprenta. De mucho más alcance que los otros dos grandes hechos de su época: la invención de la pólvora y el descubrimiento de América. Porque si la pólvora acaba con el feudalismo y da motivo a los grandes ejércitos y a la formación de fuertes nacionalidades antes fraccionadas por la nobleza, y el nacimiento de América da lugar a un desplazamiento de la historia a una nueva vida y termina con un milenario secreto geográfico, la imprenta va a causar una revolución en las almas, tan grande que las sociedades han de temblar hasta sus cimientos. Y sin embargo, ¡con qué silencio y qué tímidamente nace! Mientras la pólvora hacía estallar sus rosas de fuego por los campos, y el Atlántico se llenaba de barcos que con las velas henchidas por el viento iban y venían cargados de oro y materiales preciosos, calladamente en la ciudad de Amberes, Cristóbal Plantino establece la imprenta y la librería más importante del mundo, y ¡por fin!, hace los primeros libros baratos. Entonces los libros antiguos, de los que quedaban uno o dos o tres ejemplares de cada uno, se agolpan en las puertas de las imprentas y en las puertas de las casas de los sabios pidiendo a gritos ser editados, ser traducidos, ser expandidos por toda la superficie de la Tierra. Éste es el gran momento del mundo. Es el Renacimiento. Es el alba gloriosa de las culturas modernas con las cuales vivimos.

Muchos siglos antes de esto que cuento, después de la caída

del imperio romano, de las invasiones bárbaras y el triunfo del cristianismo, tuvo el libro su momento más terrible de peligro. Fueron arrasadas las bibliotecas y esparcidos los libros. Toda la ciencia filosófica y la poesía de los antiguos estuvieron a punto de desaparecer. Los poemas homéricos, las obras de Platón, todo el pensamiento griego, luz de Europa, la poesía latina, el Derecho de Roma, todo, absolutamente todo. Gracias a los cuidados de los monjes no se rompió el hilo. Los monasterios antiguos salvaron a la humanidad. Toda la cultura y el saber se refugió en los claustros donde unos hombres sabios y sencillos, sin ningún fanatismo ni intransigencia (la intransigencia es mucho más moderna), custodiaron y estudiaron las grandes obras imprescindibles para el hombre. Y no solamente hacían esto, sino que estudiaron los idiomas antiguos para entenderlos y así se da el caso de que un filósofo pagano como Aristóteles influya decisivamente en la filosofía católica. Durante toda la Edad Media los benedictinos del monte Athos recogen y guardan infinidad de libros y a ellos les debemos conocer casi las más hermosas obras de la humanidad antigua.

Pero empezó a soplar el aire puro del Renacimiento italiano y las bibliotecas se levantan por todas partes. Se desentierran las estatuas de los antiguos dioses, se apuntalan los bellísimos templos de mármol, se abren academias como la que Cosme de Médicis fundó en Florencia para estudiar las obras del filósofo Platón, y en fin el gran papa Nicolás V enviaba comisionistas a todas las partes del mundo para

que adquirieran libros y pagaba espléndidamente a sus traductores. Pero con ser esto magnífico, el paso grande lo daba el editor Cristóbal Plantino en Amberes. Era de aquella casita con su patinillo cubierto de hiedras y sus

Porque contra
el libro no valen
persecuciones. Ni
los ejércitos, ni el
oro, ni las llamas
pueden contra
ellos; porque
podéis hacer
desaparecer una
obra, pero no
podéis cortar las
cabezas que han
aprendido de ella
porque son miles,
y si son pocas
ignoráis dónde
están.

ventanas de cristales emplomados, de donde salía la luz para todos con el libro barato y donde se urdía una gran ofensiva contra la ignorancia que hay que continuar con verdadero calor, porque

todavía la ignorancia es terrible y ya sabemos que donde hay ignorancia es muy fácil confundir el mal con el bien y la verdad con la mentira.

Naturalmente, los poderosos que tenían manuscritos y libros en pergamino, se sonrieron del libro impreso en papel como cosa deleznable y de mal gusto que estaba al alcance de todos. Sus libros estaban ricamente pintados con adornos de oro y los otros eran simples papeles con letras. Pero a mediados del siglo XV y gracias a los magníficos pintores flamencos, hermanos Van Eyck, que fueron también los primeros que pintaron con óleo, aparece el grabado y los libros se llenaron de reproducciones que ayudaban de modo notable al lector. En el siglo XVI, el genio de Alberto Dürero lo perfeccionó y ya los libros pudieron reproducir cuadros, paisajes, figuras, siguiéndose perfeccionando durante todo el XVII para llegar en el siglo XVIII a la maravilla de las ilustraciones y la cumbre de la belleza del libro hecho con papel.

El siglo XVIII llega a la maravilla en hacer libros bellos. Las obras se editan llenas de grabados y aguafuertes, y con un cuidado y un amor tan grandes por el libro que todavía los hombres del siglo XX, a pesar de los adelantos enormes, no hemos podido superar. El libro deja de ser un objeto de cultura de unos pocos para convertirse en un tremendo factor social. Los efectos no se dejan sentir. A pesar de persecuciones y de servir muchas veces de pasto a las llamas, surge la Revolución Francesa, primera obra social de los libros.

Porque contra el libro no valen persecuciones. Ni los ejérci-

tos, ni el oro, ni las llamas pueden contra ellos; porque podéis hacer desaparecer una obra, pero no podéis cortar las cabezas que han aprendido de ella porque son miles, y si son pocas ignoráis dónde están.

Los libros han sido perseguidos por toda clase de Estados y por toda clase de religiones, pero esto no significa nada en comparación con lo que han sido amados. Porque si un príncipe oriental fanático quema la biblioteca de Alejandría, en cambio Alejandro de Macedonia manda construir una caja riquísima de esmaltes y pedrerías para conservar *La Ilíada*, de Homero; y los árabes cordobeses fabrican la maravilla del Mirahb de su mezquita para guardar en él un Corán que había pertenecido al califa Omar. Y pese a quien pese, las bibliotecas inundan el mundo y las vemos hasta en las calles y al aire libre de los jardines de las ciudades.

Cada día que pasa las múltiples casas editoriales se esfuerzan en bajar los precios, y hoy ya está el libro al alcance de todos en ese gran libro diario que es la prensa, en ese libro abierto de dos o tres hojas que llega oloroso a inquietud y a tinta mojada, en ese oído que oye los hechos de todas las naciones con imparcialidad absoluta; en los miles de periódicos, verdaderos latidos del corazón unánime del mundo.

Por primera vez en su corta historia tiene este pueblo un principio de biblioteca. Lo importante es poner la primera piedra, porque yo y todos ayu-

daremos para que se levante el edificio. Es un hecho importante que me llena de regocijo y me honra que sea mi voz la que se levante aquí en el momento de su inauguración, porque mi familia ha cooperado extraordinariamente a la cultura vuestra. Mi madre, como todos sabéis, ha enseñado a mucha gente de este pueblo, porque vino aquí para enseñar, y yo recuerdo de niño haberla oído leer en alta voz para ser escuchada por muchos.

Porque es necesario
que sepáis todos que los
hombres no trabajamos para
nosotros sino para los que vienen
detrás, y que éste es el sentido
moral de todas las revoluciones,
y en último caso, el verdadero
sentido de la vida.

Mis abuelos sirvieron a este pueblo con verdadero espíritu y hasta muchas de las músicas y canciones que habéis cantado han sido compuestas por algún viejo poeta de mi familia. Por eso yo me siento lleno de satisfacción en este instante y me dirijo a los que tienen fortuna pidiéndoles que ayuden en esta obra, que den dinero para comprar libros como es su obligación, como es su deber. Y a los que no tienen medios, que acudan a leer, que

acudan a cultivar sus inteligencias como único medio de su liberación económica y social. Es preciso que la biblioteca se esté nutriendo de libros nuevos y lectores nuevos y que los maestros se esmeren en no enseñar a leer a los niños mecánicamente, como hacen tantos por desgracia todavía, sino que les inculquen el sentido de la lectura, es decir, lo que vale un punto y una coma en el desarrollo y forma de una idea escrita.

Y ¡libros!, ¡libros! Es preciso que a la bibliotequita de la Fuente comiencen a llegar libros. Yo he escrito a la editorial de la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde yo he estudiado tantos años, y a la Editorial Ulises, para ver si consigo que manden aquí sus colecciones completas, y desde luego, yo mandaré los libros que he escrito y los de mis amigos.

Libros de todas las tendencias y de todas las ideas. Lo mismo las obras divinas, iluminadas, de los místicos y los santos, que las obras encendidas de los revolucionarios y hombres de acción. Que se enfrenten *el Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, obra cumbre de la poesía española, con las obras de Tolstói; que se miren frente a frente *La ciudad de Dios* de san Agustín con *Zaratustra* de Nietzsche o *El capital de Marx*. Porque queridos amigos, todas estas obras están conformes en un punto de amor a la humanidad y elevación del espíritu, y al final, todas se confunden y abrazan en un ideal supremo.

Y ¡lectores!, ¡muchos lectores! Yo sé que todos no tienen igual inteligencia, como no tienen la misma cara; que hay inteligencias magníficas y que hay inteligencias pobrísimas, como hay caras feas y caras bellas, pero cada uno sacará del libro lo que pueda, que siempre le será provechoso, y para algunos será absolutamente salvador. Esta biblioteca tiene que cumplir un fin social, porque si se cuida y se alienta el número de lectores, y poco a poco se va enriqueciendo con obras, dentro de unos años ya se notará en el pueblo, y esto no lo dudéis, un mayor nivel de cultura. Y si esta generación que hoy me oye no aprovecha por falta de preparación todo lo que puedan dar los libros, ya lo aprovecharán vuestros hijos. Porque es necesario que sepáis todos que los hombres no trabajamos para nosotros sino para los que vienen detrás, y que este es el sentido moral de todas las revoluciones, y en último caso, el verdadero sentido de la vida. Los padres luchan por sus hijos y por sus nietos, y egoísmo quiere decir esterilidad. Y ahora que la humanidad tiende a que desaparezcan las clases sociales, tal como estaban instituidas, precisa un espíritu de sacrificio y abnegación en todos los sectores, para intensificar la cultura, única salvación de los pueblos.

Estoy seguro que Fuente Vaqueros, que siempre ha sido un pueblo de imaginación viva y de alma clara y risueña como el agua que fluye de su fuente, sacará mucho jugo de esta biblioteca y servirá para llevar a la conciencia de todos nuevos anhelos y alegrías por saber. Os he explicado a grandes trazos el trabajo que ha costado al hombre llegar a

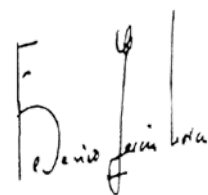
hacer libros para ponerlos en todas las manos. Que esta modesta y pequeña lección sirva para que los améis y los busquéis como amigos. Porque los hombres se mueren y ellos quedan más vivos cada día, porque los árboles se marchitan y ellos están eternamente verdes y porque en todo momento y en toda hora se abren para responder a una pregunta o prodigar un consuelo. Y sabed, desde luego, que los avances sociales y las revoluciones se hacen con libros y que los hombres que las dirigen mueren muchas veces como el gran Lenin de tanto estudiar, de tanto querer abarcar con su inteligencia. Que no valen armas ni sangre si las ideas no están bien orientadas y bien digeridas en las cabezas. Y que es preciso que los pueblos lean para que aprendan no sólo el verdadero sentido de la libertad, sino el sentido actual de la comprensión mutua y de la vida.

Y gracias a todos. Gracias al pueblo, gracias en particular a la agrupación socialista que siempre ha tenido conmigo las mayores deferencias, y gracias a vuestro alcalde, don Rafael Sánchez Roldán, hombre benemérito, verdadero y leal hijo del trabajo, que ha adquirido por su propio esfuerzo ilustración y conciencia de su época, y merced al cual es hoy un hecho esta biblioteca pública.

Y un saludo a todos. A los vivos y a los muertos, ya que vivos y muertos componen un país. A los vivos para desearles felicidad y a los muertos para recordarlos cariñosamente porque representan la tradición del pueblo y porque gracias a ellos estamos todos aquí. Que esta biblioteca sirva de paz, inquietud espiritual

y alegría en este precioso pueblo donde tengo la honra de haber nacido, y no olvidéis este precioso refrán que escribió un crítico francés del siglo XIX: «Dime qué lees y te diré quién eres».

Apenas cinco años después, Federico García Lorca fue fusilado por los fascistas durante la Guerra Civil española. Su cuerpo nunca fue encontrado pero él siguió viviendo en todos los espíritus y, seguramente, paseará por el paraíso, el que imaginaba Borges como una biblioteca llena de libros.



(Discurso tomado de: <https://algundiaenalguna parte.com/2016/06/09/medio-pan-y-un-libro-de-federico-garcia-lorca/>).

Cuatro microcuentos

DE JORGE DÁVILA VÁZQUEZ

GATOS

In memoriam R.P.

Roger Planchon, el director de *Luis, el rey niño*, la película que representó a Francia en Cannes 93, tenía una curiosa teoría: los gatos son agentes, espías, seres de otro planeta, cómodamente infiltrados entre nosotros.

Cuando ronronean —hilan, como dicen, tan expresivamente, por acá—, están enviando información, y cada vez que mueven una de sus orejas, como solo ellos saben hacerlo, recibiendo mensajes.

Graciosa hipótesis ¿No? ¡Qué risa!... Hablar así de unas inofensivas bestezuelas de casa adentro...

¿Que no es graciosa? ¿Que no es cosa de reírse?

Bueno, no hay que tomarla tan seriamente. No tanto. No, no... En fin, no sé.

Sí, en realidad, vale la pena observar a los gatos con cuidado. Sí, lo he hecho, por supuesto. Sí, tan desdeñosos y lejanos, ellos, como perdidos en una especie de ensueño superior y distante... O como si estuviesen reportándose a remotos y desconocidos, pero poderosísimos amos. Claro. Y ¿qué decir de cuando combaten entre terribles maullidos, que parecen los infrahumanos gritos de guerra de bestias inconcebibles? ¿Quién no los ha sentido, batiéndose con una pasión insana, en medio de la



oscuridad, revolcándose furiosos, abriéndose las carnes palpitantes con sus garras? Entonces, ya nada tienen de inofensivos los animalitos que beben leche en un platillo o ronronean mansamente a nuestro lado. ¿No?

Sí, cierto que hay momentos en que parece que *monsieur* Planchon no estuviera muy equivocado. Y en ese caso, claro, su sospecha no tiene ninguna gracia.

MONEDA

Tuvo un día muy duro, lleno de idas y venidas, de altibajos, de

lágrimas, lamentaciones, y hacia la tarde, ya, también de risas.

Llegó al gran templo de piedra pulida, con la idea de ponerse a los pies de su Señor, en actitud de adoración, unos minutos. Halló todo cerrado. Ciertamente que, dada su naturaleza angélica, podía penetrar puertas y aun muros, pero prefirió quedarse en las escaleras de mármol de la entrada. Y aunque estaba sumido en su orar profundo, hablando directamente con su Dios, le asaltó el sueño.

Cuando se despertó era la medianoche. Dos sombras dormían allí cerca, respirando sua-

vemente. Sintió un cuerpo extraño en su mano: estaba apretando una moneda. Pensó que al verlo dormido, alguien pensó que era uno de esos pobres seres que duermen en la calle, y le dejó la moneda para que comprara un panecillo. Y lo pensó con tanta intensidad, que vio con claridad cómo una pobre mendiga, de las que extendían su mano en pos de algún mínimo gesto solidario, en los alrededores de la catedral, buscó entre sus harapos y encontró esa moneda que puso en su mano, y que ahora, en medio de las sombras nocturnas, destellaba en su mano.

—¡Que el buen Dios te lo pague!
—dijo desde el fondo de su transparente corazón de ángel y sintió cómo se estremecía el universo.

IMPOSSIBLE DREAM

Al despertar, siempre tienes la misma sensación: estabas en un sitio agradable, en buena compañía, sentado a la mesa; veías la comida, era toda del tipo que puedes comer, sin traicionar la dieta impuesta por colesterol, ácido úrico, estómago, venas, triglicéridos, todo ese mundo desconocido que gira en el orbe reducido de tu viejo cuerpo... Una voz femenina dice, cordialmente: «Sírvanse», y justo cuando vas a probar el primer bocado, cae algo, quizás un tenedor, un cuchillo, una copa que se triza, y abres los ojos a la gris realidad mañanera. Evocas el bello sueño, que con ligeras variantes se repite, día a día, intentas volver a dormirte, para recuperarlo, para probar alguna delicia, pero es inútil...

—Hora de levantarse —sueña cantarina la voz de la enfermera que te cuida.

FRANCISCO, EL BIENAVENTURADO

El hermano Anselmo trabaja en el jardín, sin muchas esperanzas. Es el principio de octubre y el otoño comienza a dorar las hojas, pero sus flores no se comportan como en primavera. Ha sembrado un cantero de tonos rojo y oro, y ahí sigue. De tiempo en tiempo, se detiene y ora. Sabe que Francisco agoniza en su celda. No es tan viejo como él, piensa, tendrá cuarenta años, frente a sus setenta. Lo mira alimentando a las aves que se comen todo lo que él siembra, vorazmente. Sonriéndole con bondad. «Son hijas de Dios, y hermanas nuestras. Tienen que vivir». Sí, pero por qué a costa de sus pequeñas cosechas de labriego convertido en hombre de religión, enclaustrado por decisión propia. ¿Por qué? Y Francisco, con las manos extendidas hacia el hermano viento, los hermanos árboles, las lejanas hermanas olas, le mira sonriente y se va.

De pronto, el cantero de flores rojas y amarillas se torna esplendoroso y empieza a extenderse hacia el horizonte, sin límite. Anselmo mira unos pequeños pies descalzos que van sobre la tierra florecida, vuelta ya interminable, y luego se fija en el raído hábito de Francisco. «Te has levantado a pisotear mis flores», piensa, pero se fija en que esas plantas no rozan sus coloridos sembríos, pasan a una leve altura de ellos, como el viento o los ángeles que le siguen. Baja la cabeza, conmovido. «Te vas Francisco, te has ido», dice para sí mismo, mientras escucha los cánticos en la celda, que se

extienden hacia la capilla. «Te has ido, y viniste a despedirte, Francisco, hermano angélico. ¡Adiós!». Baja la cabeza, reza suavemente, y llora.



Jorge Dávila Vázquez

Cuenca, 1947

Doctor en Filología por la Universidad de Cuenca, donde fue docente por 29 años. Crítico de literatura y arte. Primer recopilador y estudioso de la obra de César Dávila Andrade, 1984. Columnista en diario *El Mercurio* de Cuenca. Premio Nacional Eugenio Espejo al conjunto de su obra y a labor difusora cultural, 2016.

Entre sus obras destacan: *María Joaquina en la vida y en la muerte*, *Este mundo es el camino*, *Los tiempos del olvido*, *De rumores y sombras* (narrativa); *César Dávila Andrade, combate poético y suicidio* (ensayo); *Historias para volar*, *Libro de los sueños*, *Entre dos mundos* (cuentos breves) *Memoria de la poesía*, *Temblor de la palabra*, *Río de la memoria*, *Personal e intransferible* (poesía); *Espejo roto*, *El barco ebrio*, *Sombras en el amanecer* (teatro).

El diario de Hermes, de Eliécer Cárdenas

■ Carlos Pérez Agostí

«¿P ara qué escribo este diario? ¿Para fijar, o releer, uno de esos días de inesperada felicidad?». Estas frases de *Los diarios de Emilio Renzi*, la destacada obra del no menos destacado escritor argentino Ricardo Piglia, son el epígrafe con el que se inicia *El diario de Hermes* de Eliécer Cárdenas. «Uno de esos días de inesperada felicidad». Entonces, podemos preguntarnos: ¿qué es, de hecho, ser feliz? Tal vez, siguiendo la lectura de *El diario de Hermes*, tener lo que deseamos, y que además permanezca lo más posible. Lo que está claro es que toda persona quiere ser feliz, tenemos un deseo de felicidad. En palabras de Pascal: «Estando siempre dispuestos a ser felices, es inevitable que no lo seamos nunca». Ahora, creemos, cobran sentido las palabras de Woody Allen: «¡Qué feliz sería si fuese feliz!».

Ascenso y caída de Hermes Andramuño

La nueva novela de Eliécer Cárdenas, que presentamos bajo el sello editorial de Casa Tomada, es la historia (entre tonalidades dramáticas y humorísticas) del ascenso y caída del abogado Hermes Andramuño, intentando superar el penoso estado en el que le ha dejado su ex socio de un bufete de abogados. Su inicial y desafortunada situación se produce entonces, paradójicamente, en escenarios jurídicos, en un juego de desconfianzas y marrullerías mutuas donde la lealtad y la rectitud son absolutamente inexistentes:

De repente, me vi apresado y encarcelado. Vázquez me había denunciado por cargos de hurto y estafa, que yo le entregue los cinco mil dólares. Era un miserable en toda la extensión de la palabra, un ladrón. No conforme con aquel despojo, Vázquez inició en mi contra una sistemática labor de descrédito.

Inesperada y sorprendentemente, el ascenso: un antiguo compañero de estudios, el 'Ganso' Gaona, ahora autoridad principal de la ciudad, le ofrece un puesto importante: dirigir la operación de evaluación del personal, con el compromiso del despido de ciento ochenta empleados. En descarada complicidad, lo de la evaluación sería solo una manera de disfrazar la arbitrariedad burocrática.

Por su cuenta, Hermes, ya en el nuevo cargo, organiza su propia acción fraudulenta: los que desearan evitar ser despedidos deberían ir a la joyería Esmeralda —de propiedad de Genaro Pavón, con quien trama la extorsión— y adquirir joyas, y que no fueran de las baratas. La ‘viveza criolla’, esa expresión disfrazada de conducta cotidiana, pero que en el fondo encierra una especial forma de orientar la vida: sacar provecho de acciones, vamos a llamar ‘no tan lícitas’, para su propio beneficio, obtener siempre alguna ventaja, no importa cómo. La picaresca, la viveza criolla es el motor que pone en marcha los principales episodios de esta novela de Eliécer. Por eso, la obra se constituye en una lectura apropiada para estos tiempos de corruptelas, como se nos dice en la contratapa.

Denunciado y descubierto el asunto, el Ganso Gaona, con todo cinismo, le dice a Hermes: «Tienes que responder ante la justicia por los delitos de extorsión, abuso de funciones, asociación ilícita y no sé cuántas fechorías más». Al final, ya en plena caída en desgracia, le dice Hermes a fray Cosme, su pariente, el párroco: «Conserve el diario si quiere, o quémelo, o échelo a la basura, si así lo considera conveniente».

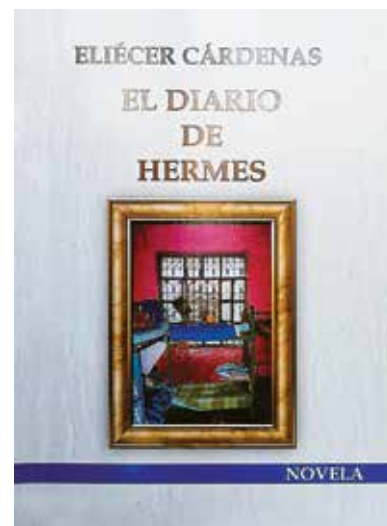
«¡Me cayó un cliente!»

La denuncia del sistema judicial ha constituido en distintos sistemas de representación una constante cultural y artística. El tema de cómo se imparte la justicia —o por contrapartida, su ausencia— igualmente ha sido

materia permanente en la ficción literaria. *El diario de Hermes*, en el ámbito ecuatoriano, está llamada a ser una de las novelas más representativas del tema, especialmente en lo que tiene que ver con el manejo del humor y la ironía. Hermes, ese dios griego protector de los mercaderes, tiene su lado oscuro: hábil en el engaño. De la misma forma, el protagonista de la novela se desenvuelve en un conjunto de valores y categorías que podríamos caracterizar como de ‘inteligencia práctica’. Veamos cómo recibe a los ingenuos clientes campesinos que llegan a su oficina en busca de ayuda, cuando en realidad van a ser despojados:

¡Me cayó un cliente! Ante la atenta y respetuosa mirada del campesino, yo fingía revisar con escrupulosidad profesional, los papeles. «Voy ahora mismo al juzgado», anuncié con el tono abogadil ahuecado, que asumo ante mis clientes en determinadas circunstancias (...).

En medio de su aparente eficacia, resulta en realidad un presuntuoso embaucador. En la mitología, Hermes también es el dios de la palabra persuasiva, con destrezas y recursos para componer falsos discursos. Ya en *Cabalgata nocturna*, así mismo en palabras de un abogado, Eliécer se expresaba así: «¿Sabe una cosa? Para mí el Derecho Penal forma parte de las artes de la representación». Ahora, en *El diario de Hermes*, con nuevos matices: «Me levanté de mi silla, pongo los índices sobre las solapas del saco ahuecando la voz a manera de los abogados efectistas».





La ironía sobre la apariencia y falsedad del abogado revelan la verdad del personaje: engaña con una imagen exterior de idoneidad y competencia que oculta sus verdaderas intenciones. Como arquetipo satírico, el abogado de alguna manera integra a toda representación de oficios y profesiones igualados en la picaresca por el afán de lucro. Algo que hoy se propaga como una auténtica epidemia. Justamente, Eliécer Cárdenas extiende esa mirada a numerosos aspectos de la trama de su novela, incluso de la vida cotidiana:

Me contó, además, que suele hacerse de la vista gorda cuando ella le tima en pequeñas cantidades en las cuentas semanales por las ganancias del parqueadero, puesto que Rosa hace ciertos ingeniosos malabares con los tiquetes. «Tampoco me llevo mucho, porque no es cosa de pasarse una de viva».

Un estilo de vida que intenta ser justificado con la idea de cómo sobrevivir en medio de una

sociedad aplastante, abrumadora y desigual. Sobre esta base, el juego de poderes desciende a veces a niveles de sometimiento y servidumbre, exactamente cuando el acceso de Hermes a su nuevo cargo le sitúa en posición de revancha: advierte entonces que entre sus nuevos empleados se encuentra un hermano de su ex socio, la relación entonces se desarrolla en un contexto de subordinación, servilismo, aunque siempre a través de una óptica humorística:

El tal Marco Vázquez, funcionario de la Sección de Cobranzas, llegó a mi despacho en menos de diez minutos. Lo tenía ante mí, como un pobre insecto atrapado en una viscosa telaraña. Me miraba empavorecido, mientras yo escrutaba implacable sus facciones, diciéndome que sí, esa mirada huidiza y zorruna, ese perfil afilado como por un esmeril, tenía semejanza con los rasgos de mi ex socio de bufete. El sujeto abandonó mi oficina haciéndome reverencias.

Es el ejercicio del poder en la concepción de Foucault, los micropoderes en la teoría del pensador: *entonces, mi labor administrativa comenzó desde que me senté en el sillón giratorio del despacho.* Hay fragmentos que llegan a niveles realmente de sarcasmo:

Tampoco puedo fiarme de este diminuto conserje. Pero finjo que confío plenamente en él, le hago pequeños obsequios, le paso algún billete a uno de los bolsillos, me agradece con genuflexiones de su corto pescuezo.

Mediante una ironía de alta calidad literaria se muestra la inútil y contradictoria complejidad del sistema legal, la multiplicación de leyes y la proliferación casi kafkiana de procesos y trámites:

Le pedí 130 dólares en calidad de anticipo para los gastos de los primeros trámites, movilización de mi persona y otras diligencias. Luego, le advertí, hablaremos de mis honorarios. Mis honorarios son los más económicos que puedan existir. Otros abogados suelen demorar los juicios para sacar más y más dinero al cliente. Yo soy un jurista honrado y como se dice ahora, transparente.

La 'transparencia' y el disfraz burocrático

En esta novela, el texto satírico o irónico —como todo texto de carácter literario— se inscribe en contextos sociales. Su función social es clara: ir 'a la contra', evi-

denciar la mentira de lo oficial o de lo convencionalmente aceptado. Corrupta, así imaginan y representan los escritores a la Justicia. Desconfianza, la primera reacción frente al actual sistema judicial. El abogado Hermes es el irónico símbolo de toda esta conflictiva situación: «Soy un jurista honrado, transparente como se dice ahora», asegura. El análisis de la transparencia es tema importante en el desarrollo de la sociedad contemporánea, pero, en realidad, la llamada 'transparencia' se queda casi siempre en un proceso entre el secreto y la información, entre la oscuridad y la claridad, en un discurso que se desdice a sí mismo constantemente:

La ruptura se consumó y fue total (pero, y esto no lo diré nunca a nadie, yo le perjudiqué más que él a mí), se negó el muy sinvergüenza a entregarme un solo mueble del consultorio, que todo era de él (lo cual era verdad, pero no lo digo, por supuesto), según el infeliz, yo le había perjudicado (ciertamente fue así, pero me callé de decirlo).

Alguien dijo: el humor hace ambiguo todo lo que toca. Es posible, pero lo cierto es que en *El diario de Hermes* es motivo importante donde el humor satírico de Eliécer Cárdenas se vuelca sobre la falsa erudición de los juristas. Las citas y referencias de abogados y jueces están destinadas a

En esta novela, el texto satírico o irónico —como todo texto de carácter literario— se inscribe en contextos sociales. Su función social es clara: ir 'a la contra', evidenciar la mentira de lo oficial o de lo convencionalmente aceptado. Corrupta, así imaginan y representan los escritores a la Justicia.

La denuncia del sistema judicial ha constituido en distintos sistemas de representación una constante cultural y artística. El tema de cómo se imparte la justicia —o por contrapartida, su ausencia— igualmente ha sido materia permanente en la ficción literaria. *El diario de Hermes*, en el ámbito ecuatoriano, está llamada a ser una de las novelas más representativas del tema, especialmente en lo que tiene que ver con el manejo del humor y la ironía.

embaucar y confundir a sus clientes. Parecería que para ser jurista, basta con asumir una máscara de hombre 'sabio', mencionar a autoridades jurídicas que correspondan a la imagen prestigiosa de la profesión:

Recuerdo la broma que le hice a mi profesor de Derecho Constitucional cuando me preguntó, el muy pedante, si había leído El Príncipe de Maquiavelo. Que todavía no, le respondí,

pero que había leído El Principito. Ojalá hubiera podido quedarme con la ternura de esta última obra, y no con la dureza de la necesidad que plantea Maquiavelo.

A veces el propio abogado, Hermes, reconoce su recusable conducta y la escritura adquiere tintes más dramáticos, más intensos. Hermes reconoce que el hecho de recibir cohecho constituye una auténtica perversión de las obligaciones de su profesión de jurista:

Cualquier tipo decente hubiera rechazado el cargo en el acto. Solo que yo no soy decente, ni finjo serlo, ni lo pretendo. Conozco lo suficiente mi propia porquería.

Lo que el Ganso me ha propuesto es una vil función, que por su propia vileza será necesariamente temporal. A veces les toca hacer el papel de verdugos, decapitar cabezas. Sus servicios pueden ser necesarios, pero no tienen perdón. Un trabajo innoble y vergonzoso a pesar de cualquier disfraz burocrático y financiero, embellecer la mierda.

El humor y la ironía, una manera de ensanchar la mirada

La ironía acertadamente manejada, como en *El diario de Hermes*, permite al lector no solo percibir una visión diferente de la vida, sus aspectos más ridículos y absurdos, sino ensanchar las interpretaciones de los conflictos que se representan. Ante todo

—en esta obra de Cárdenas— el dinero, ese nuevo dios de estos tiempos, objeto de la mirada cuestionadora de nuestro autor. La codicia, la ambición desmedida de dinero es siempre el móvil de la conducta del jurista en este tipo de narrativa. En este diario narrativo, se pone al descubierto repetidamente:

(Después de atender a un cliente campesino) *Guardo los billetes y siento una satisfacción igual a la que debe sentir un potentado al recibir jugosos dividendos de sus empresas. (...)*

(En una escena cotidiana) *Cuando dejé el dinero del consumo en la barra de la cafetería, sentí la misma lástima de alguien que tirara los billetes al excusado.*

El diario de Hermes amplía sus visiones humorísticas e irónicas a una multiplicidad de vinculaciones con la vida diaria y personal de los personajes, incluidos los aspectos más íntimos en que observamos cierto distanciamiento narcisista:

Que soy un optimista a toda prueba, solía decirme en mejores tiempos un juez que me cogió ojeriza y nunca me dejaba ganar un caso. Optimista significa, entre otras cosas, ser fuerte, y lo soy a pesar de que mis piernas son enclenques y tengo una barriga abultada que mi actual dieta no ha conseguido disminuir un milímetro (...) No soy muy atractivo con mi barriga, mis piernitas enclenques y mi nariz redonda como un rábano, pero bueno, la audacia en el amor tiene sus recompensas.

En ocasiones, son corrosivas y ásperas las continuas reflexiones sobre la conducta humana afectiva en tiempos de la posmodernidad:

Lo que ahora llaman con esa horrible palabra, «Química», como si fuéramos nada más que productos de laboratorio y probetas, abstrayendo lo auténticamente humano que hay dentro de estos sacos de carne, piel y huesos.

Sin embargo, cambia totalmente de perspectiva cuando reflexiona sobre el erotismo, invadido por el pragmatismo más descarado de nuestra época: *en mi caso siempre he creído que el erotismo, el sexo son como una caja de ahorros que no debe malgastarse ni desperdiciarse sino gastar lo necesario, nada más.*

Nos preguntamos, ¿son así, acaso, las nuevas generaciones, los jóvenes en el siglo XXI?:

*En plano de confianza, pregunté a Giovanna que, si no era una impertinencia, me gustaría saber qué había visto en Jordi, su ex novio. Ella adoptó una actitud pensativa, de duda. «No lo sé en realidad», repuso. «Quizá fue porque le gustaban las mismas canciones que son mis preferidas, y me acompañó con la batería en un par de conciertos». *Hermes asegura: creo que en la actualidad, las románticas conquistas amorosas se han vuelto una irrisión lamentable (...). La infancia invicta y pura, frente a la sordidez de la vida adulta parece un sueño imposible.**

Al concluir, en nuestra lectura de *El diario de Hermes*, resaltamos el manejo sutil y de expresiva calidad literaria de los recursos humorísticos y satíricos, y, al mismo tiempo, una estructura narrativa sorprendente, llena de hallazgos. Un texto abierto con observaciones incisivas sobre el país y sus realidades sociopolíticas, y en el que subyace la crítica a una sociedad indiferente. La ironía crítica, no ausente en anteriores obras de Eliécer Cárdenas, se traslada ahora frontalmente a los juristas, es decir, al sistema judicial, pero igualmente al comportamiento humano de nuestra época. En medio de una recreación de amplio espectro de la vida cotidiana, sobresale el mundo de las ambiciones personales y profesionales.

En un momento en que la mayoría de la gente quiere solamente verdades diluidas, verdades a medias, a través de un humor poco usual en el ámbito literario nacional, el autor se centra en aquellas verdades que nos incomodan. En suma, la última y sorprendente novela de uno de los escritores fundamentales de la literatura nacional contemporánea, una obra destinada a convertirse en referencia imprescindible en el ámbito de las letras ecuatorianas, caracterizadas hoy por el predominio de géneros híbridos y nuevas propuestas narrativas.

Formas de la pérdida

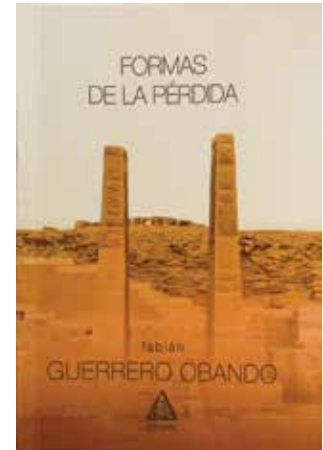
■ Fabián Guerrero Obando

«Anticipar, querer, ilusionarnos nos permite la ilusión de sobrevivirnos. La palabra poética, creación al fin, pretende en este libro denunciar anticipaciones, ansias, ilusiones. Es la experiencia acongojada de lo imposible de toda anticipación. El poeta se habla a sí mismo. A la manera de un dios, la palabra poética funda su mundo irrepetible. En otra poesía, el lenguaje despliega sus recursos; aquí, los recoge hacia un decir esencial, ¿Hay como se dice comúnmente, realidades sensibles “demasiado profundas” para las palabras? Sin duda, las hay, las habrá siempre, por eso, la poesía...». Estas palabras de Susana Cordero de Espinosa, extraídas de su comentario titulado *Lectura de ‘Las formas de la pérdida’*, en torno a la obra de Fabián Guerrero, nos permiten asomarnos a la obra creadora de este poeta.

El poeta Juan José Rodinás, en la contratapa del libro, afirma sobre el autor: «Fabián Guerrero ha ido desarrollando con los años una obra que bascula entre el susurro y el gemido visceral. En este poema-

rio encontramos el esplendor de quien se niega a la elocuencia, el bisbiseo en una habitación vacía, el fantasma de quien no ha existido, hablándonos en una lengua escueta, errante, vulnerable, apócrifa. Esa vulnerabilidad es convertida por Guerrero en unos fragmentos que se mueven entre el estupor y el abandono, entre la sequedad y el sollozo. En estos textos breves, lacónicos, el poeta se arriesga más que en su obra precedente, pues revela una espiritualidad más desolada, como un niño que llevara la cabeza de su madre por el desierto, como un monje que danzara un *rave* con el mero eco de su respiración».

A continuación, una breve muestra de su poesía:



¿El corazón?
Es una barraca negra varias veces
un crematorio que hace su trabajo
entre la ceniza que ensombrece sus orillas

No como un mecanismo
sino como algo a punto de explotar

Como si estuviéramos fuera del camino
o que todo esto ya habría pasado
o que simplemente repitiéramos ideas sobre las
mismas cosas

Pero siempre con el mismo final
en forma de derrumbe
o polvo en mitad de la noche

Como tinta impura dentro de la sangre
Gotea sobre este angosto canal de carne
Sin separarse de la herida
O escurriéndose sin que sepamos cómo

Quizá es solo un corazón
huyendo en la negrura de sus aguas.

Uno de los presentimientos más recurrentes:
la lluvia metiéndose en la noche
y los goterones cayendo
y cayendo.
Hasta hacer de toda piedra oscura
un montón de arena sucia.

Como adiós que se estira.

Siempre nombramos lo que tenemos
porque estamos seguros
que estamos a punto de perderlo todo.

Como toros desollados sobre la mesa.

Nada peor que abrir los ojos
cuando se hace la noche.
Las manchas de la pared
de arriba abajo
o la gotera en el piso.
El sinsentido de eso que creemos bulto
o la sombra de las demás cosas.
Insomnes y sin frases de socorro
estamos donde estamos
y sin poder salir. Sin sueño.
Y otra vez el negror
y otra
y otra vez.

Sin importar el tiempo
ni el lugar,
todo se repite.
Todo es un espeso vaho
y carne amontonada a lo largo del camino.

Como en un interminable matadero.

Es un día del que apenas queda rastro.
Eso que fuiste
o la tristeza contenida con la que te escribía.

Nada encarna la imagen del amor
o su amenaza,
sino tan solo lo de ese día en retirada.

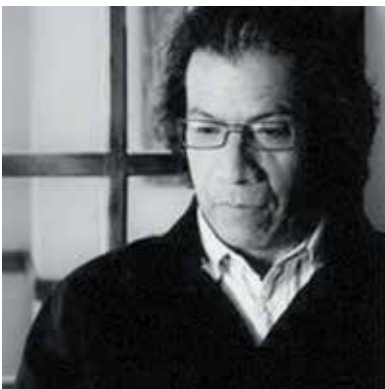
Que apenas se nombra.

Es la última vez que damos un paseo por el
vecindario.

La última vez que nos sentamos a la mesa.
O que leemos un poema.
Que sopla el viento.
Que llueve.
O que brilla el sol.

Es la última vez que dejamos correr el tiempo.
Porque ya nada es
lo que se tiene entre las manos.

Algo anda tramando el día
o quizá solo sea el piar de un pájaro
con una piedra en el cuello.



Fabián Guerrero Obando

Quito, 1959

Actualmente enseña Lingüística Textual y Escritura Creativa en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. Ensayos suyos han aparecido en diversas revistas y diarios nacionales e internacionales. Ha publicado las obras *Me separo me persigo* (1995), *Ficticio ficticio* (1998), *Nexos casuales* (2001), *El viaje* (2003), *Las partes* (2006), *Zanja* (2009), *La víspera* (2011), *Cuándo el amor* (2013), *El radiante guiño del insomne* (2014), *Ninguna cosa nacida* (2016), *Invernada* (Antología poética, 2017), *Ardid* (2018) y *Como la vida* (2019). Libros que han valido para ser considerado «un poeta que ha alcanzado un largo, nutrido y bien merecido prestigio en nuestra patria literaria... y que ha logrado vivir una de sus más grandes paradojas: conseguir que su poesía sea viva por sí misma, sin que solo sea suya sino que, de tan hermosa, sea de todos».

Ha sido invitado a varios encuentros de escritores y poetas, dentro y fuera del Ecuador. Consta en antologías nacionales y extranjeras. Parte de su poesía ha sido traducida al inglés, alemán, francés, griego e italiano.

Tadashi Maeda o el amor por la música ecuatoriana



Foto: Cortesía Teatro Nacional Sucre
www.primicias.ec

El violinista japonés-ecuatoriano Tadashi Maeda falleció el 23 de enero de 2021. Fue un destacado maestro y conocedor de la música de nuestro país: durante muchos años tocó pasillos y otros géneros nacionales en su violín y acompañó a conocidos artistas nacionales.

Nació en 1972 en Osaka, Japón, donde estudió violín desde los cinco años. A los 17 años se fue a estudiar en la Universidad de Indiana, en Estados Unidos. Más tarde trabajó dos años en Suecia, como profesor y concertista. En una de sus visitas a Indiana, aceptó la invitación de Chía Patiño, compositora ecuatoriana, para ser profesor de la Fundación Sinfónica Juvenil; llegó a Quito en 1998, también fue maestro de la Universidad de Cuenca y organizó varios festivales en Guayaquil.

En el 2005 fue nombrado productor general de la Fundación Nacional Teatro Sucre y desde 2010 ejerció el cargo de director musical de la fundación. En el 2005 lanzó el álbum *Identidades*, por encargo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural; al año siguiente el maestro y su familia volvieron a Japón, donde permanecieron cuatro años; en 2010 se establecieron definitivamente en Ecuador. También estuvieron bajo su dirección los 80 músicos del Centro Cultural Mama Cuchara.

Tadashi Maeda fue uno de los más importantes músicos radicados en el Ecuador, un gran maestro en todos los sentidos, y nos dejó un inmenso legado musical y humano.

Todas nuestras revistas digitales y algunos e-books gratuitos los encuentras en:

www.casadelacultura.gob.ec/postpublicaciones/



Librería de la Casa



CCE
BENJAMÍN
CARRIÓN

Casa de la Cultura Ecuatoriana
Benjamín Carrión
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria
Telf: 2565-808 Ext. 110

www.casadelacultura.gob.ec

Atención de lunes a viernes de 09h00 a 14h00